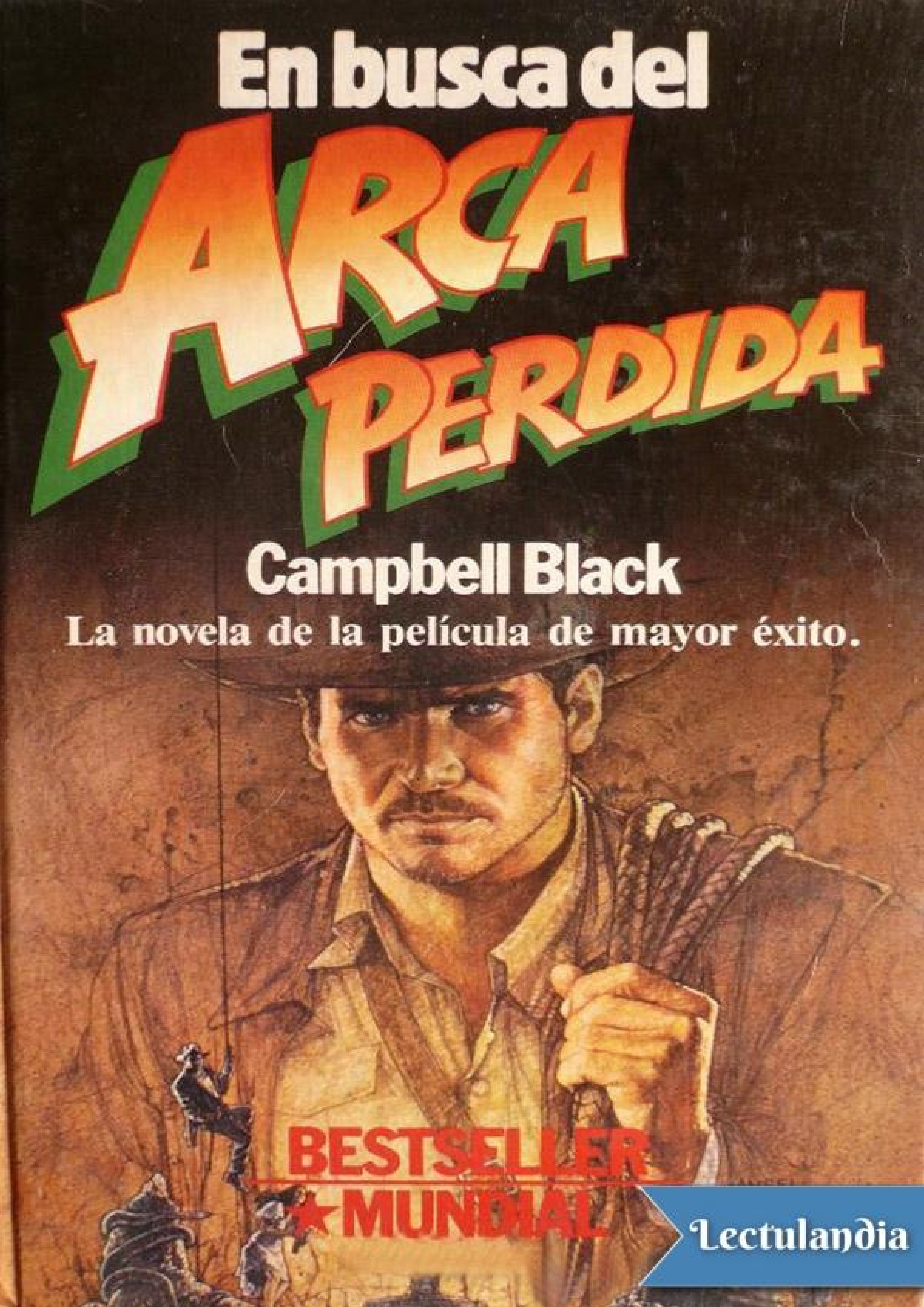

En busca del
ARCA
PERDIDA
Campbell Black
La novela de la película de mayor éxito.
BESTSELLER
MUNDIAL
Lectulandia

El Arca de la Alianza, el objeto sagrado más preciado de la humanidad, encierra un poder extraordinario que corre el peligro de ser utilizado para el mal. Indiana Jones, profesor de arqueología y aventurero intrépido, tiene que adelantarse a los nazis por cualquier medio. Armado con un látigo y acompañado por una hermosa mujer, Indiana Jones, desafiando todos los peligros y trampas que le tienden sus poderosos adversarios, viaja de Nepal a Egipto, incansable en la búsqueda de su objetivo.

La historia, en la que se combinan maravillosamente el amor, las aventuras y ciertas fuerzas sobrenaturales, tiene un desenlace sorprendente.

Campbell Black

En busca del arca perdida

ePub r1.0
Ishamael 20.08.13

Título original: *Raiders of the lost ark*
Campbell Black, 1981
Traducción: Soledad Silió Galán
Diseño de portada: Hans Romberg

Editor digital: Ishamael
ePub base r1.0

De repente, la noche se llenó de cohetes de fuego que salían silbando del Arca, columnas de fuego que dejaban aturdida la oscuridad, llamaradas que abrasaban los cielos. Un círculo blanco de luz formó un anillo deslumbrante alrededor de la isla, una luz que hizo brillar el océano y le arrancó corrientes de espuma, haciendo subir la marea en la oscuridad.

La luz, era la luz del primer día del universo, la luz de lo nuevo, de las cosas que acaban de nacer, era la luz que hizo Dios: la luz de la creación.

1

SUDAMÉRICA, 1936

La selva tenía un verdor oscuro, secreto, amenazador. La poca luz que se filtraba entre la barrera de ramas y bejucos retorcidos era pálida, de un tono lechoso. El aire, pegajoso y pesado, formaba un muro de humedad. Los pájaros chillaban aterrorizados, como si de pronto se hubieran visto atrapados en una inmensa red. Insectos de brillo metálico se escurrían entre los pies, y se oían los gritos de los animales ocultos entre el follaje. Era un sitio tan primitivo, que podría haber sido un lugar perdido, un punto que no figuraba en los mapas, y al que nadie llegaba… el fin del mundo.

Ocho hombres iban abriéndose camino despacio por un estrecho sendero, parándose de cuando en cuando para cortar los bejucos colgantes o dar un tajo a una rama. A la cabeza del grupo iba un hombre alto, con una chaqueta de cuero y un sombrero de fieltro. Detrás de él, dos peruanos, que miraban con desconfianza la selva, y cinco indios quechuas asustados, y luchando con la pareja de burros que llevaban los bultos y provisiones.

Al hombre que dirigía el grupo le llamaban Indiana Jones. Era un hombre musculoso, que hacía pensar en un atleta, todavía no muy lejos de su mejor momento. Tenía una barba de varios días, sucia y rubia, y el sudor le corría por la cara, una cara que podía haber sido guapa, pero poco expresiva, más bien fotogénica. Pero ahora, unas pequeñas rayas alrededor de los ojos y en las comisuras de la boca cambiaban algo esa belleza casi sosa, y daban a su cara más profundidad, más carácter. Era como si el entorno de su experiencia hubiera empezado, poco a poco, a definir sus rasgos.

Indy Jones no se movía con tantas precauciones como los dos peruanos; su confianza hacía que pareciera que allí el indígena era él, y no los otros. Pero ese aire tan decidido no le impedía estar alerta. Sabía lo bastante como para mirar de cuando en cuando a un lado y a otro, casi sin que se notara, en espera de que la selva descubriera en cualquier momento una amenaza, algún peligro. La rotura repentina de una rama, el crujido de las maderas podridas eran para él las señales, los puntos por los que se guiaba para medir el peligro. Algunas veces se paraba, se quitaba el sombrero, se secaba el sudor de la frente, y se preguntaba qué era lo que le fastidiaba más, la humedad o los nervios de los quechuas. Con excesiva frecuencia hablaban entre sí, como en rápidos estallidos de su extraño lenguaje, un lenguaje que a Indy le recordaba los sonidos de los pájaros de la selva, las criaturas del impenetrable follaje,

las brumas intermitentes.

Miró a los dos peruanos, Barranca y Satipo, y se dio cuenta de lo poco que confiaba en ellos y lo mucho que los necesitaba para conseguir lo que quería sacar de aquella selva.

Vaya tropa, pensó. Dos peruanos furtivos, cinco indios aterrorizados, y dos burros que no quieren andar. Y yo aquí de jefe, que más me valía llevar una pandilla de boy-scouts.

Indy se volvió hacia Barranca y, aunque estaba seguro de saber la respuesta, preguntó:

—¿De quién están hablando los indios?

Barranca pareció enfadarse:

—¿De qué están hablando siempre, señor Jones? De la maldición. Siempre la maldición.

Indy se encogió de hombros y miró a los indios. Comprendía sus supersticiones, sus creencias y, hasta cierto punto, no le molestaban nada. La maldición, la antigua maldición de los guerreros del templo de Chachapoyan. Los quechuas se habían criado entre ella; formaba parte de sus creencias.

—Diles que estén tranquilos. Barranca. Diles que no les va a pasar nada.

El ensalmo de las palabras. Se sentía como un curandero que administrara un suero que todavía no se ha probado. ¿Cómo diablos podía él saber que no iba a pasarles nada?

Barranca miró un momento a Indy, y luego habló con dureza a los indios que, de momento, quedaron en silencio, un silencio que no pasaba de ser miedo reprimido. Una vez más, Indy sintió simpatía hacia ellos: unas cuantas palabras de consuelo no podían borrar siglos de superstición. Volvió a ponerse el sombrero, y empezó a andar despacio por el sendero, mientras le asaltaban los olores de la selva, olores de cosas que crecían y de otras que estaban pudriéndose, restos de animales cuajados de gusanos, maderas y vegetación descompuesta. Podría uno pensar en sitios mejores que éste, se dijo para sus adentros, sí, sitios más agradables que éste.

Y luego empezó a acordarse de Forrestal, a imaginárselo pasando hacía algunos años por ese mismo sendero, a pensar cómo le herviría la sangre al acercarse al templo. Pero Forrestal, por muy buen arqueólogo que fuera, no había vuelto nunca de su viaje a aquel lugar, y todos los secretos que pudiera guardar el templo seguían encerrados allí. Pobre Forrestal. Ir a morir en aquel sitio dejado de la mano de Dios era un maldito epitafio. Y no era el que Indy deseaba para sí mismo.

Continuó andando por el sendero, seguido por el resto del grupo. Allí la selva formaba un cañón, y la senda corría a lo largo de la pared, como una vieja cicatriz. Del suelo subían ahora algunas brumas, vapores que él sabía se harían más espesos, más densos, a medida que avanzara el día. Ésas nieblas quedaban encajadas en el

cañón, casi como telas de araña tejidas por los árboles mismos.

Un enorme guacamayo, con tantos colores como el arco iris, soltó un chillido entre la maleza y voló hasta los árboles, asustándole. Y los indios empezaban otra vez a hablar, a gesticular como locos con las manos, a pincharse unos a otros. Barranca se volvió y los hizo callar con una orden, pero Indy sabía que cada vez iba a ser más difícil poder dominarlos. Podía notar su inquietud, igual que notaba la humedad que se le pegaba a la carne.

Aparte de eso, los indios le preocupaban menos que su desconfianza, cada vez mayor, en los dos peruanos. Sobre todo Barranca. Era como un instinto físico, algo en lo que siempre confiaba, una intuición casi constante a lo largo del viaje. Pero ahora se hacía más fuerte. Estaba seguro de que eran capaces de cortarle el cuello por unos cuantos cacahuetes salados.

Pero ya no puede estar muy lejos, se dijo.

Y al darse cuenta de lo cerca que estaba del templo, al comprender lo cerca que estaba del ídolo de los chachapoyan, volvió a sentir el mismo arrebato de siempre: la realización de un sueño, una promesa que se había hecho a sí mismo, algo a lo que se había comprometido cuando todavía era un novato en arqueología. Era como retroceder quince años, recobrar esa sensación de asombro tan familiar, la obsesión de llegar a comprender los puntos oscuros de la historia, que era lo que primero le había entusiasmado de la arqueología. Un sueño, pensó. Un sueño que toma cuerpo, que pasa de ser algo nebuloso a ser algo tangible. Y ahora podía notar la proximidad del templo, sentirla en sus mismos huesos.

Se paró para escuchar a los indios que hablaban otra vez. Ellos también lo saben. *Saben lo cerca que estamos ahora*. Y les da miedo. Echó a andar. La pared del cañón estaba cortada por los árboles. El sendero apenas se distinguía; estaba ahogado por las plantas trepadoras, por las hierbas bulbosas que se arrastraban por encima de las raíces que, a su vez, parecían más bien plantas nacidas de esporas traídas por el viento que habían ido a caer en aquel sitio. Indy empezó a dar golpes con su cuchillo de hoja ancha, moviendo el brazo a un lado y otro, y cortando todo lo que le estorbaba como si las plantas no fueran más que papeles fibrosos. Maldita selva. No se podía permitir que la naturaleza, ni aun en su estado más salvaje, le derrotara a uno. Cuando terminó, estaba empapado de sudor y le dolían los músculos. Pero se sintió a gusto al ver el desbroce de plantas y raíces que habían hecho. Y luego vio que la bruma se estaba haciendo más densa; no era una niebla fría, sino algo que nacía del mismo sudor de la selva. Respiró hondo, y avanzó por el pasillo abierto.

Tuvo que volver a tomar aliento al llegar al final del sendero.

Allí estaba.

Allí, a lo lejos, envuelto en la espesura de los árboles, *el templo*.

Por un momento, se sintió cogido en los extraños engranajes de la historia, una

sensación de permanencia, una continuidad que hacía posible que alguien llamado Indiana Jones estuviera vivo en el año 1936 y pudiera ver una construcción que otros hombres habían levantado dos mil años antes. Asombrado. Sobrecogido. Algo que te hacía sentir humilde. Pero ninguna de esas palabras podía describirlo. No había palabra adecuada para expresar esa emoción.

Durante unos momentos no pudo decir nada.

No hacía más que mirar el edificio, y pensar en la energía que había hecho falta para levantar una estructura así en el corazón de una selva despiadada. Las voces de los indios le hicieron volver a la realidad, y vio que tres de ellos echaban a correr por el sendero, y dejaban a los burros. Barranca había sacado la pistola, y se disponía a disparar sobre los indios, pero Indy le agarró por la muñeca, le bajó un poco la mano, y obligó al peruano a mirarle.

—No —dijo.

Barranca fijó sus ojos en Indy.

—Son cobardes, señor Jones.

—No los necesitamos —dijo Indy—. Y tampoco necesitamos matarlos.

El peruano bajó la pistola, miró a su compañero Satipo, y se volvió hacia Indy.

—¿Y sin los indios, señor, quién va a llevar las provisiones? Satipo y yo no nos contratamos para hacer trabajos de ésos, ¿no?

Indy contempló al peruano, la terrible frialdad que tenía en sus ojos. No podía imaginarse que aquel hombre sonriera alguna vez. No podía imaginar que la luz en algún momento se abriera paso hasta el alma de Barranca. Indy recordaba haber visto antes esos mismos ojos muertos: en un tiburón.

—Dejaremos las provisiones. En cuanto tengamos lo que hemos venido a buscar aquí, podemos volvernos al avión al anochecer. No necesitamos las provisiones.

Barranca jugaba nervioso con la pistola.

Un tío aficionado a darle al gatillo, pensó Indy. Para él, tres indios muertos no habrían significado absolutamente nada.

—Guarda el arma —dijo Indy—. No me gustan las pistolas, Barranca, a menos que sea yo el que tiene el dedo en el gatillo.

Barranca se encogió de hombros y miró a Satipo; algo se habían dicho, sin hablar, entre ellos. Indy sabía que esperarían el momento que les conviniese. Harían la jugada a su debido tiempo.

—Métela en la funda, ¿eh? —dijo Indy.

Miró a los dos indios que quedaban, que estaban acorralados por Satipo. Tenían una expresión de miedo como si estuvieran en trance; podían haber sido zombis.

Indy se volvió hacia el templo, y lo contempló, saboreando el momento. La niebla era cada vez más densa, una conspiración de la naturaleza, como si la selva se propusiera guardar sus secretos para siempre.

Satipo se inclinó y sacó una cosa de la corteza de un árbol. Levantó la mano para enseñársela a Indy. En la palma tenía un dardo diminuto.

—Hovitos —dijo Satipo—. El veneno está todavía fresco, no tendrá más de tres días, señor Jones. Deben de estar siguiéndonos.

—Si supieran que estamos aquí, ya nos habrían matado —contestó tranquilamente Indy.

Cogió el dardo. Tosco, pero efectivo. Pensó en los hovitos, en su legendaria ferocidad, su histórico amor al templo. Eran lo bastante supersticiosos para mantenerse alejados de él, pero estaban igualmente decididos a matar a cualquiera que pretendiese acercarse.

—Vamos allá —dijo—. Vamos a terminar con todo esto.

Tuvieron que volver a cortar y a dar golpes, abrirse paso entre la maraña de bejucos, arrancar las plantas trepadoras que crecían por el suelo, como cepos al acecho. Indy sudaba, se detuvo un momento, con el cuchillo colgando a un lado. Vio de reojo que uno de los indios estaba apartando una gruesa rama.

Fue el grito lo que le hizo darse la vuelta, con el cuchillo en la mano. El grito salvaje del indio lo que le hizo lanzarse sobre la rama, justo en el momento en que el quechua, dando alaridos, echaba a correr por la selva. El indio que quedaba le siguió, chocando, sin saber lo que hacía, contra las ramas llenas de espinas y las plantas. Desaparecieron los dos. Indy, sosteniendo el cuchillo, levantó la rama que tanto había aterrorizado a los indios. Estaba dispuesto a lanzarse sobre lo que pudiera haberlos asustado, dispuesto a clavarle el machete. Apartó la rama.

Allí estaba, entre los jirones de niebla.

Esculpido en piedra, intemporal, como la expresión de alguna espantosa pesadilla, era la figura de un demonio chachapoyan. Lo contempló un momento, vio la maldad de aquella cara inmutable, y comprendió que lo habían puesto allí para guardar el templo, para espantar a cualquiera que pudiera acercarse. Un obra de arte pensó, y quiénes podrían haber sido sus creadores, qué sistema de creencias tendrían, y qué clase de terror religioso capaz de inspirar una estatua tan horrible. Hizo un esfuerzo por alargar la mano y tocar al demonio en el hombro.

Luego se dio cuenta de otra cosa, algo que era aún más impresionante que aquella cara de piedra. Más misterioso.

El silencio.

El incomprensible silencio.

Nada. Ni pájaros, ni insectos. Ni una brisa que moviera los árboles y arrancara algún sonido. Un vacío absoluto, como si todo en aquel sitio estuviera muerto. Como si todo hubiera quedado inmovilizado, reducido al silencio por una mano impía y destructora. Se tocó la frente. La tenía fría, un sudor frío. Fantasmas, pensó. Éste sitio está lleno de fantasmas. Era el silencio que uno se imagina tenía que haber antes de la

creación.

Se aparto de la figura de piedra, seguido por los dos peruanos, que parecían ahora muy sumisos.

—¡Por Dios!, ¿qué puede ser eso? —preguntó Barranca.

Indy se encogió de hombros.

—Alguna chuchería. ¿Qué va a ser si no? ¿No sabías que todos los chachapoyan tenían que tener una en su casa?

Barranca parecía estar de mal humor.

—A veces se toma usted las cosas demasiado a la ligera, señor Jones.

—¿Hay otra forma de tomárselas?

La niebla se arrastraba, se enroscaba, parecía agarrarse a las cosas, como si quisiera echar a los tres hombres hacia atrás. Indy intentaba mirar entre las brumas, distinguir la entrada del templo, adornada con frisos primitivos que el tiempo había cubierto de vegetación, arbustos, hojas, enredaderas. Pero lo que más le intrigaba era la entrada misma, redonda y abierta, como la boca de un cadáver. Se acordó de Forrestal, metiéndose por aquella boca oscura, cruzando el camino hacia la muerte. Pobre hombre.

Barranca no apartaba los ojos de la entrada.

—¿Y cómo podemos fiarnos de usted, señor Jones? Nadie ha salido vivo de ahí. ¿Por qué vamos a tener tanta fe en usted?

Indy sonrió.

—¡Ay, Barranca, Barranca, ya debías haber aprendido que algunas veces hasta un miserable gringo dice la verdad! —Sacó un trozo de pergamino doblado que llevaba en el bolsillo de la camisa. Miró a los dos peruanos. Su expresión estaba bien clara, tenían cara de avaricia. Indy se preguntaba a quién le habrían cortado tan bien el cuello como para que aquellos dos villanos se hubieran quedado con la otra mitad—. Esto, Barranca, es lo que va a ocuparse de vuestra fe.

Extendió el pergamino en el suelo, y Satipo sacó del bolsillo otro trozo igual y lo colocó junto al de Indy. Los dos trozos casaban perfectamente. Por un momento, nadie dijo nada; Indy sabía que se había dado paso a la desconfianza, y esperaba, con los nervios tensos, a ver qué ocurría.

—Bueno, amigos —dijo—. Somos socios. Tenemos lo que podríamos llamar necesidades comunes. Tenemos en las manos un plano completo de la planta del templo. Hemos conseguido lo que no había conseguido nadie. Y ahora, suponiendo que este pilar señale la esquina…

Antes de poder terminar la frase vio, como en una película lenta, que Barranca cogía la pistola. Vio cómo su mano agarraba la culata del arma… y entonces se movió. Indiana Jones se movió más de prisa de lo que el peruano podía haber imaginado; fue algo tan rápido que resultó borroso, una parodia de la imagen; se

apartó de Barranca y sacó un látigo de debajo de su chaqueta de cuero. Sus movimientos se hicieron vertiginosos, un alarde de fuerza y destreza, brazo y látigo parecían ser una misma cosa, simple extensión el uno del otro. Restalló el látigo en el aire, y vio cómo se enroscaba en la muñeca de Barranca. Dio un tirón hacia abajo para apretarlo aún más, y la pistola se disparó sola contra el suelo. En el primer momento, el peruano no se movió. Miró asombrado a Indy, con una mezcla de confusión, dolor y odio, con rabia de verse humillado por otro más listo que él. El látigo empezó luego a aflojarse, y Barranca echó a correr hacia la selva, detrás de los indios.

Indy se volvió hacia Satipo. El peruano levantó las manos.

—Por favor, señor. Yo no sabía nada, no sabía nada de este plan. Estaba loco. Es un loco. Por favor, señor, créame.

Indy se quedó mirándole un momento, luego movió la cabeza y recogió los trozos del mapa.

—Puedes bajar las manos, Satipo.

El peruano pareció más tranquilo y bajó los brazos.

—Tenemos el plano de la planta —dijo Indy—. ¿Qué es lo que estamos esperando?

Y se volvió hacia la entrada del templo.

Lo que se notaba era el olor de los siglos, los olores encerrados por años de silencio y oscuridad, la humedad que penetraba de la selva, las plantas podridas. El agua goteaba del techo y resbalaba por entre los musgos que crecían allí dentro. El camino estaba lleno de los pequeños ruidos de los roedores que escapaban. Y el aire era sorprendentemente frío, el de un sitio donde nunca entraba el sol, la sombra perpetua. Indy iba delante de Satipo, escuchando el eco de sus propias pisadas. Ruidos extraños, pensó. Perturbadores de los muertos… y por un momento tuvo la sensación de estar donde no debía y en un mal momento, como si fuera un ladrón, un salteador, alguien que quiere causar daño a lo que lleva tanto tiempo en paz.

Conocía muy bien esa sensación, la de estar haciendo algo malo. Y no era la que le gustaba sentir, porque era como tener a un invitado pelmazo en una cena que por lo demás estaba muy bien. Veía moverse su sombra a la luz de la antorcha que llevaba Satipo.

El pasadizo torcía a medida que iba penetrando en el interior del templo. Indy se paraba de cuando en cuando para mirar el mapa a la luz de la antorcha, tratando de recordar todos los detalles del plano. Tenía ganas de beber, notaba la garganta seca y la lengua abrasada, pero no quería detenerse. Le parecía llevar un reloj metido en la cabeza, y que su tic-tac iba diciéndole: *No tienes tiempo, no tienes tiempo*…

Los dos hombres pasaban junto a unas repisas excavadas en los muros. Indy se

paraba en algunos momentos para examinar los objetos que estaban colocados en esas repisas. Separaba con ojos de experto los que le interesaban y los guardaba en el bolsillo. Monedas, pequeños medallones y piezas de cerámica que pudiera llevar consigo. Sabía bien lo que tenía valor y lo que no lo tenía. Pero todos ellos eran nada comparados con lo que realmente había venido a buscar: el Ídolo.

Ahora andaba más de prisa, y el peruano corría detrás de él, jadeando para no distanciarse. De repente se paró, dando un respingo.

—¿Por qué nos hemos parado? —preguntó Satipo, con una voz como si tuviera los pulmones ardiendo.

Indy no contestó, se había quedado helado, casi sin respiración. Satipo, asustado, se acercó a él, e iba a tocarle en el brazo, pero la mano se le quedó también helada a medio camino.

Una tarántula negra subía por la espalda de Indy, con una lentitud aterradora. Indy sentía las patas que iban avanzando hacia la piel desnuda del cuello. Esperó unos segundos que le parecieron interminables, hasta que el bicho se le puso en el hombro. Veía el pánico de Satipo, notaba las ganas que tenía de dar un grito y escapar de un salto. Sabía que tenía que actuar con rapidez, pero sin provocar la huida de Satipo. Con un movimiento suave, alzó la mano hasta el hombro, y de un golpe lanzó lejos a la araña. Con una sensación de alivio, empezó otra vez a andar, pero pronto oyó un grito entrecortado del peruano, y vio otras dos arañas en el brazo de Satipo. Instintivamente, Indy soltó un latigazo, lanzó a los bichos al suelo y los aplastó con las botas antes de que pudieran escabullirse en las sombras.

Satino estaba pálido, parecía que se iba a desmayar. Indy le agarró, y le sostuvo por el brazo hasta verle ya recuperado. Luego el arqueólogo señaló hacia el fondo del pasillo, hacia una cámara pequeña, alumbrada por un único rayo de luz que entraba por un agujero del techo. Las tarántulas ya estaban olvidadas; Indy sabía que le esperaban otros peligros.

—Ya basta, señor —dijo Satipo—. Vámonos.

Pero Indy no contestó. Tenía la vista fija en la cámara, y estaba dándole vueltas a una idea, tratando de meterse en la mente de quienes habían construido el templo hacía ya tantos años. Suponía que habrían querido proteger el tesoro. Habrían puesto barreras y trampas, para asegurarse de que ningún extraño pudiera nunca llegar hasta el corazón del templo.

Fue acercándose a la entrada, avanzando con la precaución instintiva del cazador que huele el peligro en el aire, que lo siente antes de haber descubierto cualquier síntoma. Se agachó, palpó el suelo a su alrededor, encontró un tronco grueso, lo arrastró, y luego, acercándose un poco más, lanzó el tronco dentro de la cámara.

Por un instante, no pasó nada. Luego se oyó un débil chirrido, un crujido más fuerte, y las paredes de la cámara parecieron abrirse como gigantescas estacas de

metal, las mandíbulas de un imposible tiburón, que fueron a cerrarse sobre el centro de la cámara. Indiana Jones sonrió, admirado ante el trabajo de los constructores del templo, el ingenio que habían necesitado para imaginar aquella horrible trampa. El peruano soltó un juramento en voz baja, y se santiguó. Indy estaba a punto de decir algo, cuando vio que había una cosa clavada en las grandes picas. No necesitó más de un momento para comprender qué era lo que había quedado atravesado por las afiladas puntas.

Forrestal.

Mitad esqueleto. Mitad carne. La cara, conservada en forma grotesca por la temperatura de la cámara, reflejaba todavía el dolor y la sorpresa, como si la hubieran dejado allí para servir de escarmiento a cualquiera que sintiese deseos de entrar en la habitación. Forrestal, empalado por el pecho y la ingle, con manchas negruzcas de sangre en su sahariana, manchas de muerte. ¡Jesús!, pensó Indy. Nadie merecería una muerte así. Nadie. Por un momento sintió tristeza.

Te equivocaste, chico. Estabas fuera de tu ambiente. Debías haberte quedado en el aula. Indy cerró un momento los ojos, entró luego en la cámara, sacó los restos del hombre de las puntas de las picas, y dejó el cadáver en el suelo.

—¿Conocía usted a esa persona? —preguntó Satipo.

—Sí, le conocía.

El peruano volvió a santiguarse.

—Señor, yo creo que sería mejor no seguir adelante.

—No vas a echarte atrás por tan poca cosa, ¿no es verdad, Satipo?

Indy permaneció un rato callado. Vio que las picas de metal empezaban a retirarse y se encajaban otra vez en las paredes de donde habían salido. Estaba asombrado ante la simplicidad del mecanismo, un mecanismo tan sencillo y tan mortal.

Indy sonrió al peruano y le dio unos golpecitos en el hombro. Sudaba a todo sudar y estaba temblando. Indy entró en la cámara, sin perder de vista las picas, que tenían otra vez las puntas clavadas en los muros. Pasado un momento, el peruano, refunfuñando y hablando en voz baja, le siguió. Atravesaron la cámara y salieron a un corredor recto, de unos quince metros de largo. Al fondo del corredor había una puerta, iluminada por el sol que entraba por arriba.

—Estamos cerca —dijo Indy—, muy cerca.

Volvió a consultar el mapa antes de doblarlo, tratando de no olvidar los detalles. Pero no echó a andar en seguida. Sus ojos recorrían el lugar en busca de más trampas, más cepos.

—Parece seguro —dijo Satipo.

—Eso es lo que me escama, amigo.

—No hay nada —dijo el peruano—. Vamos.

Satipo, que de repente tenía mucha prisa, dio unos pasos.

Y luego se paró, al ver que su pie derecho resbalaba sobre la superficie del suelo. Cayó hacia adelante, dando un grito. Indy agarró al peruano por el cinturón, y tiró de él hacia atrás. Satipo se dejó caer en el suelo, agotado.

Indy observó el suelo que había pisado el peruano. Eran telas de araña, toda una extensión de viejas telarañas, sobre las que se había depositado una capa de polvo que daba la impresión de ser el suelo. Se agachó, cogió una piedra, y la dejó caer sobre las telarañas. No se oyó nada, ningún ruido, ningún eco.

—Tiene que ser muy hondo —comentó Indy.

Satipo, que continuaba sin aliento, no contestó.

Indy contempló las telarañas y la puerta iluminada que estaba al otro lado. ¿Cómo se puede cruzar un espacio, un pozo, en el que no existe un suelo?

—Señor, yo creo que nos volvemos ya, ¿no?

—No, yo creo que seguimos adelante.

—¿Cómo? ¿Poniéndonos alas? ¿Es eso lo que está pensando?

—No hacen falta alas para volar, chico.

Sacó el látigo y miró al techo. Había varias vigas encajadas en él. Claro que podían estar podridas. Pero también podían estar lo bastantes fuertes como para soportar su peso. Merecía la pena intentarlo. Si no daba resultado, habría que decirle adiós al ídolo. Lanzó el látigo hacia arriba, vio que se enganchaba en una de las vigas, y luego tiró de él para probar si aguantaba.

Satipo movió la cabeza.

—Está usted loco.

—¿Se te ocurre otra cosa mejor?

—El látigo no puede aguantarnos. La viga se va a partir por la mitad.

—Líbreme Dios de los pesimistas —dijo Indy—. Líbreme Dios de los incrédulos. Tú confía en mí. Haz lo que yo haga, ¿estamos?

Indy se agarró con las dos manos al látigo, volvió a tirar de él para hacer otra prueba, y luego se lanzó despacio por el aire, sin olvidar en ningún momento el suelo ilusorio que tenía debajo, la oscuridad del pozo que se abría debajo del polvo y las telarañas, la posibilidad de que fallara la viga, se soltara el látigo, y entonces… pero no tuvo tiempo de pensar en cosas tan tristes. Se balanceó agarrado al látigo, sintiendo cómo cortaba el aire con el cuerpo. Siguió colgado hasta estar seguro de haber saltado hasta más allá de los bordes del pozo, y luego se dejó caer al suelo. Lanzó el látigo al peruano, que dijo algo entre dientes en español, algo que Indy estaba seguro tenía un significado religioso. Se preguntaba si en algún lugar del Vaticano podría haber un santo, patrono de los que tenían ocasión de viajar en látigo.

Vio que el peruano aterrizaba a su lado.

—¿No te lo dije? Es mejor que ir en autobús.

Satipo no dijo nada. A pesar de la poca luz que había, Indy veía que estaba pálido.

Encajó en una hendidura de la pared el puño del látigo.

—Para el viaje de vuelta. Yo siempre hago viajes de ida y vuelta.

Satipo se encogió de hombros, y los dos cruzaron la puerta, y entraron en un cuarto grande, abovedado, con varios tragaluces en el techo por donde entraba el sol que iluminaba las baldosas blancas y negras del suelo. Y luego Indy vio algo al otro lado de la cámara, algo que le dejó sin aliento, le produjo una impresión y un placer que no era capaz de describir.

El *Ídolo*.

Colocado sobre una especie de altar, con un aspecto fiero y al mismo tiempo hermoso, su cuerpo de oro brillaba a la luz de la antorcha y con los rayos del sol que entraban por el tejado, el *Ídolo*.

El *Ídolo de los guerreros chachapoyan*.

Lo que sintió entonces fue un irresistible deseo de echar a correr por la cámara y tocar aquella belleza, una belleza rodeada de obstáculos y trampas. ¿Y cuál sería la trampa sorpresa reservada para el final? ¿Qué clase de trampa sería la que rodeaba al propio ídolo?

—Voy a entrar —dijo.

El peruano, entonces, vio también el ídolo, pero no dijo nada. Se quedó mirándolo, con una expresión de avaricia que hacía comprender que ya no le importaba nada como no fuera ponerle las manos encima. Indy le observaba, diciéndose: *Ya lo ha visto. Ha visto lo bonito que es. No puedo fiarme de él.* Satipo estaba a punto de atravesar el umbral cuando Indy le detuvo.

—¿Te acuerdas de Forrestal?

—Sí que me acuerdo.

Contempló el complicado dibujo de baldosas blancas y negras, tratando de comprender por qué estarían colocadas de aquella forma. Junto a la puerta había dos viejas antorchas metidas en unos roñosos soportes de metal. Cogió una de ellas, tratando de imaginarse la cara de la última persona que la había tenido en sus manos; el paso del tiempo… algo que nunca dejaba de asombrarle era que los objetos más vulgares duraran siglos y siglos. Encendió la antorcha, miró a Satipo, se agachó, y apretó una de las baldosas blancas con el extremo que no estaba encendido. Dio unos golpes. Sólida. Ni eco ni resonancia ninguna. Muy sólida. Luego golpeó una de las baldosas negras.

Todo ocurrió antes de que pudiera retirar la mano. Un ruido, el sonido de algo que pasaba zumbando por el aire, algo que producía un silbido por la velocidad que llevaba, y un dardo pequeño se clavó en el mango de la antorcha. Apartó la mano. Satipo dio un suspiro, y señaló luego hacia el interior de la cámara.

—Venía de allí —dijo—. ¿Ve usted ese agujero? El dardo ha salido de allí.

—Veo cientos de agujeros —contestó Indy.

La cámara entera estaba agujereada como una colmena, llena de pequeñas cavidades oscuras, cada una de ellas cargada con un dardo, que se disparaba en cuanto se apretase una de las baldosas negras.

—Quédate aquí, Satipo.

El peruano volvió la cara despacio.

—Si se empeña.

Indy, con la antorcha encendida, fue avanzando con precaución, pisando sólo las baldosas blancas, y saltando por encima de las negras. Veía su sombra reflejada en las paredes a la luz de la antorcha, y no se olvidaba de los agujeros, ahora medio iluminados, que contenían los dardos. Pero lo que más le atraía era el ídolo, su extraña belleza, cada vez mayor a medida que se acercaba, su brillo que parecía hipnotizarle, la enigmática expresión de su cara. Qué raro, pensó; quince centímetros de alto, dos mil años a cuestas, un montón de oro con una cara que difícilmente podría uno decir que es bonita y, sin embargo, una cosa que hace a los hombres perder la cabeza, matarse por ella. Pero le hipnotizaba, y tuvo que apartar la vista. Tengo que concentrarme en las baldosas, se dijo. Sólo en las baldosas. No mirar más que eso. Y no permitir que me falle el instinto.

En el suelo, sobre una de las baldosas blancas, atravesado por los dardos, había un pájaro muerto. Se quedó mirándolo, sobrecogido al pensar que fuera quien fuera el que había construido el templo y había preparado las trampas, no habría sido tan tonto como para ponerlas sólo en las baldosas negras: igual que un comodín en una baraja, por lo menos una de las baldosas estaría envenenada.

Por lo menos una.

¿Y si había además otras?

Vaciló; sudaba, sentía el calor del sol que entraba por el techo, el calor que despedía la llama de la antorcha. Pasó con cuidado, sin tocar el pájaro muerto, mirando las baldosas blancas que le separaban del ídolo, como si cada una de ellas fuera un enemigo en potencia. A veces, pensó, la precaución sola no sirve para nada. A veces no te llevas el premio si andas con dudas, si no te decides a correr el último riesgo. La precaución tiene que ir acompañada de la suerte, pero entonces tienes que saber al menos con qué probabilidades cuentas. La vista del ídolo volvió a arrastrarle. Le magnetizaba. Y se daba cuenta de que tenía detrás a Satipo, mirándole desde la puerta, y pensando sin duda en traicionarle.

Hazlo, se dijo. ¡Qué demonios!, hazlo, y manda a paseo las precauciones. Empezó a moverse con la gracia de un bailarín. Se movía con la extraña elegancia de un hombre que sorteara cuchillas. Ahora cada baldosa podía ser una mina, una carga de profundidad.

Avanzó de lado, evitando las baldosas negras, y con miedo de que su peso disparara el mecanismo que haría que el aire se cuajara de dardos. Ya estaba más

cerca del altar, más cerca del ídolo. El premio. El triunfo. Y la trampa final.

Volvió a pararse. Su corazón parecía volverse loco, notaba los latidos del pulso, la sangre que le ardía en las venas. El sudor que le caía de la frente y se escurría por los párpados, le cegaba. Se lo limpió con el dorso de la mano. Unos pocos pasos más, pensó. Unos pocos pasos más.

Y unas cuantas baldosas más.

Empezó a andar otra vez, levantando y bajando las piernas despacio. Si alguna vez había necesitado guardar el equilibrio, era ahora. El ídolo parecía hacerle guiños, tentarle.

Otro paso.

Otro paso.

Alargó la pierna derecha, y tocó la última baldosa blanca que había delante del altar.

Lo había conseguido. Lo había hecho. Sacó un frasco del bolsillo, lo destapó, y echó un buen trago. Éste me lo merezco, pensó. Volvió a guardar el frasco, y miró al ídolo. La última trampa. ¿Cuál podría ser la última trampa? El riesgo final.

Estuvo un buen rato pensativo, tratando de imaginarse qué habría hecho él de haber sido uno de los que construyeron el templo, de los que inventaron sus defensas. Alguien llega aquí para llevarse el ídolo, lo que significa que tiene que levantarlo, tiene que quitarlo de encima de esa losa de piedra en que está, tiene, *materialmente*, que cogerlo.

¿Y entonces qué?

Entonces cualquier mecanismo que hay debajo del ídolo acusa la falta de peso, y dispara… ¿qué? ¿Más dardos? No, tenía que ser algo peor. Algo que resultara aún más mortal. Volvió a pensar; su mente trabajaba a toda prisa, tenía los nervios en tensión. Se inclinó para mirar de cerca la base del altar. Había trozos de piedra, polvo, tierra, todo lo que se había acumulado allí durante siglos. Tal vez, pensó. Tal vez, sea posible. Sacó del bolsillo una bolsa pequeña atada con una cuerda, la abrió, vació las monedas que había en ella y empezó a llenarla de tierra y piedras. La sostuvo en la palma de la mano para calcular su peso. Tal vez sí, volvió a pensar. Si puedes hacerlo muy de prisa. Si puedes hacerlo tan de prisa que consigas adelantarte al mecanismo. Si es que es ésa la clase de trampa que han puesto aquí.

Sí, sí, sí. Demasiadas hipótesis.

En otras circunstancias se habría marchado, habría evitado exponerse a tantas posibles sorpresas. Pero en aquel momento no, allí, no. Se quedó de pie, volvió a calcular el peso de la bolsa, con la esperanza de que fuese más o menos igual al del ídolo. Luego actuó con rapidez, levantó el ídolo y puso en su lugar la bolsa, la dejó sobre la piedra pulimentada.

No pasó nada. Hubo un largo momento en que no pasó nada.

Miró la bolsa, luego al ídolo que tenía en sus manos, y empezó a notar un ruido extraño y lejano, algo como el zumbido de una máquina que se pusiera en movimiento, el sonido de cosas que despiertan de un largo sueño, crujidos y ruidos confusos que se propagan a través del templo. De repente, el pedestal de piedra se hundió catorce o quince centímetros. Y luego el ruido fue haciéndose cada vez más fuerte, ensordecedor, y todas las cosas empezaron a moverse, a retemblar, como si los cimientos mismos se separaran, se agrietaran, se abrieran, y los ladrillos y maderas se hicieran pedazos.

Se dio la vuelta y empezó a saltar por las baldosas, corriendo todo lo que podía hacia la puerta. Y el ruido continuaba, como un trueno interminable, crecía y retumbaba por los viejos corredores, pasillos y cámaras. Fue hacia Satipo, que seguía de pie junto a la puerta, completamente aterrorizado.

Ahora retemblaba todo, todo se movía, se desprendían los ladrillos, se desplomaban las paredes. Al llegar a la puerta vio que caía una roca sobre las baldosas del suelo, mientras los dardos se disparaban en todas direcciones.

Satipo, jadeando, había ido a buscar el látigo, y estaba saltando el pozo. Al llegar al otro lado, se volvió hacia Indy.

Ya sabía que iba a venir esto, pensó Indy.

Lo sabía, lo sentía, y ahora que está a punto de ocurrir, ¿qué es lo que puedo hacer? Vio que Satipo descolgaba el látigo de la viga, y lo enrollaba en la mano.

—Un trato, señor. Un cambio. El ídolo por el látigo. Usted me tira el ídolo, y yo le tiro el látigo.

Indy miraba a Satipo, y escuchaba al mismo tiempo la destrucción que tenía detrás de él.

—¿Qué elige, señor Jones? —preguntó Satipo.

—Supón que dejo caer el ídolo en el pozo, amigo. Todo lo que habrás sacado después de tantos sudores será un látigo, ¿no es verdad?

—¿Y qué será lo que ha sacado usted, señor?

Indy se encogió de hombros. El ruido iba en aumento; notaba que temblaba todo el templo y que el suelo empezaba a moverse. Pero no podía resignarse a dejar caer el ídolo, sin más ni más.

—Venga, Satipo. El ídolo por el látigo.

Lanzó el ídolo hacia el peruano. Vio que Satipo cogía la reliquia, se la guardaba en el bolsillo, y dejaba el látigo en el suelo. Satipo sonrió.

—Lo siento mucho, señor Jones. Adiós, y buena suerte.

—No creo que lo sientas más que yo —gritó Indy al ver cómo desaparecía el peruano por el corredor. El templo entero, como una deidad vengativa de la jungla, tembló con más fuerza todavía.

Oyó el ruido de piedras que caían, de pilares que se derrumbaban. *La maldición*

del ídolo, pensó. Parecía una película, como esas que los chicos contemplan con los ojos abiertos de par en par el sábado por la tarde en la oscuridad de un cine. No se podía hacer más que una cosa, una sola, no había otra alternativa. Tengo que saltar, se dijo. Tengo que hacer la prueba y saltarme el pozo, con la esperanza de que la gravedad no me falle. El infierno entero se ha desatado por ahí detrás, y tengo un abismo espantoso justo delante de mí. Tengo que dar un salto, salir volando en la oscuridad, y esperar que todo vaya bien.

¡Salta!

Respiró hondo, tomó impulso, y saltó con todas sus fuerzas, notando el *silbido* que producía su cuerpo al cortar el aire. De haber sido de los que rezan, se habría puesto a rezar, a rezar para que no se le tragara el pozo que tenía debajo.

Y ahora ya estaba cayendo. El ímpetu de su salto se había agotado. Estaba cayendo. Y tenía la esperanza de estar cayendo del otro lado.

Pero no estaba cayendo del otro lado.

Notaba la oscuridad, el olor a humedad que subía de abajo, y extendió las manos, buscando algo a que agarrarse, algún reborde, cualquier cosa que le sostuviera. Clavó los dedos en el borde del pozo, el borde que se desmoronaba, y trató de subir, mientras oía cómo se desprendían las piedras y caían al abismo. Hizo fuerza con las piernas, clavó las manos, luchó como un pez fuera del agua por subir, salir de allí, alcanzar algo que en aquel momento pudiera parecer seguro. Gritando, golpeando con las piernas la pared interior del pozo, luchó cuanto podía por salir de allí. No podía dejar al peruano escaparse con el ídolo. Volvió a hacer fuerza con las piernas, a dar patadas, a intentar encontrar algo en que apoyarse para salir del pozo, alguna cosa, lo que fuera. Y el templo seguía derrumbándose, como una pobre choza de paja en un huracán. Dio un grito, clavó los dedos en el borde, hizo un esfuerzo tan grande que creyó que sus músculos y sus venas iban a estallar, y consiguió subir un poco, aunque notaba que se le rompían las uñas de los dedos bajo el peso de su cuerpo.

Con más fuerza, pensó.

Más fuerza.

Siguió subiendo; le cegaba el sudor, los nervios empezaban a fallarle. Algo va a reventar, va a estallar algo, pensó, y entonces sí que sabré lo que hay en el fondo del pozo. Se paró un momento, trató de recobrar las fuerzas, reunir todas sus energías, y volver a subir, centímetro a centímetro.

Por fin consiguió pasar la pierna por la boca del pozo, y deslizarse hasta el suelo, un suelo que parecía algo más seguro, aunque siguiera temblando y amenazara con abrirse en cualquier momento.

Pudo ponerse de pie y mirar hacia el corredor por donde había escapado Satipo. Había ido hacia la habitación donde estaban los restos de Forrestal. El cuarto de las picas. La cámara de tortura. Y, de repente, comprendió lo que iba a ocurrirle al

peruano, supo que estaba condenado antes de oír el terrible chirrido de las picas, y antes de que el alarido de Satipo resonara en el corredor. Escuchó, recogió el látigo, y echó a correr hacia la cámara. Satipo estaba colgado, clavado como una mariposa grotesca de la colección de algún loco.

—Adiós, Satipo —dijo Indy, que sacó el ídolo del bolsillo del peruano, se abrió paso entre las picas y echó a correr por el pasillo.

Vio la salida, la abertura por donde entraba la luz, los árboles de fuera. Y el ruido aumentó una vez más, llenándole los oídos, haciendo vibrar todo su cuerpo. Se volvió, y quedó asombrado al ver una enorme piedra que venía rodando por el pasillo, y cogía cada vez más velocidad. *La trampa final*, pensó. Querían estar seguros de que aunque uno lograra entrar en el templo, consiguiera librarse de todo lo que aquel sitio podía arrojar contra él, lo que no podría nunca era salir vivo. Echó a correr. Corrió como un loco hacia la salida, mientras la piedra rebotaba por el pasillo. Se lanzó por la abertura de luz, y fue a caer fuera sobre la hierba, justo en el momento en que la piedra se estrellaba contra la salida y dejaba el templo cerrado para siempre.

Agotado, jadeando, se tumbó en la hierba.

Demasiado cerca, pensó. Demasiado cerca para encontrarse a gusto. Tenía ganas de dormir. No deseaba más que poder cerrar los ojos, no ver nada, no pensar nada, y descansar. Comprendía que podía haber muerto cien veces allá dentro. Podía haber encontrado más ocasiones de morir que las que un hombre puede esperar encontrar en toda su vida. Y luego sonrió, se sentó, y empezó a dar vueltas al ídolo en sus manos.

Pero valía la pena. Valía la pena todo ello.

Contempló la figura de oro.

Estaba todavía mirándola cuando vio una sombra delante de él.

La sombra le sobresaltó y le hizo incorporarse. Levantó la vista. Dos guerreros hovitos estaban mirándole, con la cara pintada con los colores de guerra, y unas cerbatanas de bambú clavadas en el suelo como lanzas. Pero no era la presencia de los indios lo que le preocupaba ahora; era el hombre blanco que estaba en medio de ellos, vestido con un traje de safari y un salacot en la cabeza. Indy estuvo un rato sin decir nada, tratando de recordar. El hombre del salacot sonrió, con una sonrisa helada, letal.

—Belloq —dijo Indy.

Entre todos los hombres que hay en el mundo, Belloq.

Indy apartó un momento los ojos de la cara del francés, miró el ídolo que tenía en las manos, y luego más allá, hacia el borde de los árboles donde había unos treinta guerreros hovitos. Y junto a los indios estaba Barranca. Barranca, que miraba con una estúpida sonrisa de avaricia en la cara. La sonrisa, poco a poco, se convirtió en expresión de asombro, y luego, ya más de prisa, en una mirada vacía, que a Indy le

pareció una señal de muerte.

Los indios, que estaban a los lados del peruano, descargaron sus armas, y Barranca cayó hacia adelante. Tenía la espalda cuajada de dardos.

—Querido doctor Jones —dijo Belloq—. Tiene usted el don de escoger siempre los peores amigos.

Indy no contestó. Vio que Belloq se inclinaba para coger el ídolo de sus manos. Lo contempló durante un rato, mirándolo de un lado y de otro, y con gesto de apreciarlo mucho.

Belloq movió un poco la cabeza, en un ademán de cortesía que resultaba bastante incongruente, una muestra de educación.

—Es posible que pensara que me había dado por vencido. Pero una vez más se demuestra que no puede usted tener nada que yo no pueda quitarle.

Indy miró a los guerreros.

—¿Y los hovitos esperan que les entregue usted el ídolo?

—Por supuesto —dijo Belloq.

Indy se echó a reír.

—¡Qué ingenuos!

—Tiene razón —contestó Belloq—. Si hablara usted su lengua, podría decirles que no lo hicieran, naturalmente.

—Naturalmente.

Indy vio que Belloq se volvía hacia el grupo de indios y levantaba en sus manos el ídolo; y entonces los guerreros, todos a un tiempo, como si se tratara de un espectáculo coreográfico bien ensayado, se postraron en tierra. Un momento de quietud, de temor religioso primitivo. Indy pensó que en otras circunstancias hubiera podido sentirse lo bastante impresionado como para quedarse a contemplarlo.

En otras circunstancias, pero no en aquel momento.

Se levantó poco a poco, miró la espalda de Belloq, echó otra ojeada a los guerreros postrados, y escapó corriendo hacia los árboles, esperando el momento en que los indios se levantaran y el aire se llenara de dardos.

Se metió entre los árboles, y oyó la voz de Belloq que gritaba en una lengua que debía de ser la de los hovitos, y siguió corriendo entre el ramaje, en dirección al río y al avión anfibio. Correr. Correr, aunque no quede ya ni una maldita pizca de energía. Encontrar algo que pueda haber de reserva.

Correr.

Y luego oyó los dardos.

Los oía cortar el aire, silbar, como una melodía de muerte. Corría en zigzag, moviéndose de un lado para otro entre los árboles. Podía oír el ruido de las ramas que rompían los hovitos, las plantas que aplastaban al perseguirle. Tenía una sensación extraña de estar separado de su cuerpo; corría como si no lo sintiera, como si no

tuviera que contar con las absurdas exigencias de músculos y tendones, moviéndose de una forma automática, por puro reflejo. Oía el ruido de los dardos que se clavaban en los árboles, los pájaros que echaban a volar, los animales que huían ante la llegada de los hovitos. Correr, correr todo lo que se pueda, y luego correr todavía un poco más. No pensar. No pararse.

Belloq. Ya llegará mi hora.

Si es que salgo de ésta.

Correr… no sabía por cuánto tiempo. El día empezaba a oscurecer.

Se paró, levantó la cabeza para ver la escasa luz que se filtraba entre los árboles, y volvió a correr en dirección al río.

Lo que más deseaba del mundo era oír el ruido del agua, ver el avión que estaba esperándole.

Cambió de camino, y atravesó un claro en el que la falta de árboles hacía que quedara al descubierto. Por un momento, el claro fue una amenaza, y el silencio del anochecer inquietante.

Luego oyó las voces de los hovitos, y tuvo la sensación de que el claro se transformaba en el centro de un blanco absurdo. Cambió de dirección, vio dos figuras que se movían, y oyó pasar por el aire dos lanzas que fueron a clavarse algo más allá… y otra vez a correr, correr hacia el río. Y mientras corría, pensó: *No te enseñan técnicas de supervivencia cuando estudias arqueología, ni te dan manuales para que aprendas a sobrevivir además de hacer excavaciones*.

Y desde luego nadie te avisa de que existe un francés muy listo que se llama Belloq.

Volvió a pararse, y oyó a los indios que venían detrás de él. Y luego escuchó otro ruido, un ruido que le entusiasmó, que le llenó de alegría: el agua que corre, el movimiento de los juncos. *¡El río!* ¿A qué distancia podría estar ya? Volvió a escuchar para estar bien seguro, y echó a correr otra vez, como si le hubieran recargado la batería. Más de prisa, con más fuerza. Abriéndose paso a través del follaje, sin preocuparse de cortes o rozaduras. Cada vez más de prisa, y con más fuerza. El ruido se hacía distinto. El ruido del agua que corre.

Salió de entre los árboles.

Allí.

Allá abajo, detrás de la maleza, de la vegetación hostil, el río.

El río, y el avión anfibio, flotando y balanceándose en el agua. No podía imaginar nada más acogedor. Siguió bajando por la ladera, y se dio cuenta de que no era fácil abrirse paso hasta el avión. Y tampoco había tiempo de buscar otro camino. Era mejor subir la ladera, hasta llegar al punto en que quedaba cortada a pico sobre el río, y entonces saltar. Saltar, pensó. ¡Valiente cosa! ¿Qué me importa un salto más?

Empezó a subir, y distinguió la figura de un hombre que estaba sentado en el ala

del avión. Indy llegó a un punto que quedaba casi justo encima del aparato, miró hacia abajo un momento, y luego cerró los ojos y saltó al río desde el borde de la escarpadura.

Cayó cerca del ala del avión, se hundió mientras le arrastraba la corriente, volvió a salir a la superficie y empezó a nadar hacia el aparato. El hombre que estaba sentado en el ala se levantó al ver que Indy se agarraba a una barra y salía del agua.

—¡Ponlo en marcha, Jock! —Gritó Indy—. Ponlo en marcha.

Jock corrió por el ala y se metió en la cabina del piloto, mientras Indy se escurría hasta el compartimento de pasajeros y se dejaba caer en el asiento. Cerró los ojos, y escuchó el ruido de los motores del aparato que se deslizaba sobre el agua.

—No esperaba que cayeras así, tan de repente —dijo Jock.

—Ahórrate las bromas.

—¿No te ha ido bien, chico?

Indy sintió ganas de echarse a reír.

—Recuérdame que te lo cuente en otro momento.

Estaba tumbado de espaldas, con los ojos cerrados, esperando dormirse. Pero se dio cuenta de que el avión no se movía. Entonces se levantó y se inclinó hacia el piloto.

—No arranca —dijo Jock.

—¿Qué no arranca? ¿Por qué?

Jock sonrió.

—Si es que yo sólo sé volar con este maldito chisme. No sé por qué se empeñan en creer que todos los escoceses somos unos mecánicos estupendos.

Por la ventanilla, Indy veía que los hovitos estaban empezando a vadear el río. Quince metros, diez metros. Parecían una especie de espíritus grotescos del cauce que se levantaran para vengar alguna transgresión histórica. Sacaron los brazos del agua, y una lluvia de lanzas voló hacia el fuselaje del avión.

—Jock…

—Estoy haciendo todo lo que puedo, Indy. Todo lo que puedo.

—Pues me parece que tendrías que hacer algo más.

Las lanzas se estrellaban contra el aparato, hacían temblar las alas, y daban en el fuselaje con un ruido como de enormes piedras de granizo.

—Ya lo tengo —dijo Jock.

Los motores empezaron a cobrar vida en el mismo momento en que dos de los hovitos, que habían nadado hasta el aparato, se encaramaban a las alas.

—Se mueve —dijo Jock—. Se mueve.

El aparato se deslizó otra vez sobre el agua, y empezó a elevarse con cierta dificultad. Indy vio que los dos guerreros perdían el equilibrio y caían al agua, como dos misteriosas criaturas salidas de la selva.

El avión volaba sobre las copas de los árboles, sacudía las ramas, y espantaba a los pájaros que escapaban hacia la última luz del día. Indy se echó a reír y cerró los ojos.

—Creí que no iba a conseguirlo —dijo Jock—. Tengo que confesarlo.

—No lo he puesto en duda ni por un momento —contestó Indy, sonriendo.

—Descansa ahora, hombre. Duerme un poco. Olvídate de la maldita selva.

Por un momento, Indy se dejó llevar sin pensar en nada. Alivio. Se relajan los músculos. Qué sensación tan agradable. Podría haber estado así mucho tiempo.

Luego notó que algo se le subía por el muslo. Una cosa lenta, pesada.

Abrió los ojos y vio a una boa constrictor que se enroscaba amenazadoramente en una de sus piernas. Se levantó de un salto.

—¡Jock!

El piloto se dio la vuelta y sonrió.

—No te va a hacer nada. Es *Reggie*. No es capaz de hacer daño a nadie.

—Quítamela de encima, Jock.

El piloto se inclinó hacia atrás, dio un golpe a la serpiente y la arrastró hasta ponerla a su lado. Indy la vio deslizarse. Una sensación de asco que había sentido siempre, un inexplicable terror. Para algunas personas eran las arañas, para otras, las ratas y, para otras, los espacios cerrados. A él, lo que más le horrorizaba era ver o tocar una serpiente. Volvió a limpiarse el sudor de la frente, y empezó a tiritar al sentir de repente el frío de sus ropas caladas.

—Déjala a tu lado —dijo—. No puedo ver una serpiente.

—Voy a revelarte un pequeño secreto. La serpiente normal suele ser mucho mejor que la mayoría de los hombres.

—Te creo —contestó Indy—. Pero no dejes que se me acerque.

Cuando ya te crees seguro, pensó, una boa constrictor decide venir a buscar calor en tu cuerpo. Ni más ni menos que lo que podía esperarse.

Durante un rato estuvo mirando por la ventanilla, viendo cómo la oscuridad caía misteriosamente sobre la selva. Puedes guardar tus secretos, pensó Indy. Puedes guardártelos todos.

Antes de quedarse dormido, arrullado por el ruido de los motores, pensó con ilusión que no pasaría mucho tiempo sin que volviera a encontrarse al francés en su camino.

2

BERLÍN

En un despacho de la Wilhelmstrasse, un oficial con el uniforme negro de las SS —un hombre muy pequeñito en contra de lo que hubiera podido esperarse—, llamado Eidel, estaba sentado detrás de una mesa, mirando los montones de carpetas cuidadosamente alineados delante de él. El visitante de Eidel, que se llamaba Dietrich, comprendió en seguida que el hombre pequeñito acumulaba todos aquellos montones de carpetas a modo de compensación: le hacían sentirse grande, importante. En estos días, pasa en todas partes lo mismo, pensó Dietrich. Se calcula lo que vale un hombre por el montón de papeles que consigue amasar, y por el número de sellos que está autorizado a emplear. Dietrich, a quien le gustaba pensar en sí mismo como un hombre de acción, suspiró para sus adentros, y miró hacia la ventana, que tenía la persiana bajada. Esperaba que hablase Eidel, pero el oficial de las SS llevaba ya algún tiempo callado, como si hasta sus mismos silencios estuvieran destinados a dar a entender algo de lo que él consideraba su importancia.

Dietrich miró el retrato del Führer que colgaba de la pared. Llegado el caso, daba igual lo que uno pudiera pensar de un tipo como Eidel —blando, amarrado a su mesa de despacho, ostentoso, y encerrado en miserables oficinas— porque tenía acceso directo a Hitler. Por eso, escuchabas y sonreías, y fingías pertenecer a una categoría inferior. Después de todo, Eidel pertenecía al círculo íntimo, al cuerpo escogido de la guardia de Hitler.

Eidel se ajustó el uniforme, que parecía recién salido de la tintorería, y dijo:

—Confío en haberle hecho comprender la importancia de este asunto, coronel.

Dietrich afirmó con la cabeza. Se sentía impaciente. Odiaba las oficinas.

Eidel se levantó, se puso de puntillas, como un hombre que intenta alcanzar en el metro un agarradero que está fuera de su alcance, y luego fue hacia la ventana.

—El Führer está empeñado en obtener ese objeto. Y cuando él se empeña en una cosa…

Eidel no terminó la frase, dio media vuelta y miró a Dietrich. Hizo un gesto con las manos como para indicar que todo lo que se le pasaba por la cabeza al Führer era incomprensible para los seres inferiores.

—Ya comprendo —dijo Dietrich, tamborileando con los dedos en su valija diplomática.

—La significación religiosa es importante —añadió Eidel—. Aunque,

naturalmente, no es que el Führer tenga un interés especial por las reliquias judías en sí. —Hizo otra pausa, y soltó una risita, como si lo encontrara divertidísimo—. Lo que más le interesa es el significado *simbólico* del objeto, ya me entiende.

Dietrich tuvo la impresión de que Eidel estaba mintiendo, que ocultaba algo: era difícil imaginar que el Führer se interesara por *alguna cosa* sólo por su valor simbólico. Miró el cable que Eidel le había dado a leer unos minutos antes, y luego volvió a mirar el retrato de Hitler, que estaba serio, con cara de pocos amigos.

Eidel, con aire de profesor de pequeña ciudad universitaria, dijo:

—Y ahora nos metemos en un asunto que requiere conocimientos de experto.

—Efectivamente.

—Nos metemos en un asunto que requiere conocimientos específicamente arqueológicos.

Dietrich no contestó. Ya veía dónde iba a parar todo aquello. Comprendía para qué le necesitaban.

—Temo que eso esté fuera de mi alcance —dijo.

Eidel sonrió.

—Pero tiene usted relaciones, según creo. Conoce a las más altas autoridades que hay en ese terreno, ¿no es verdad?

—Eso es algo que podría discutirse.

—Pero no hay tiempo para discutirlo —dijo Eidel—. Yo no estoy aquí para discutir qué es lo que se entiende por autoridad, coronel. Estoy aquí, lo mismo que usted, para obedecer una orden importante.

—No necesita recordármelo.

—Ya lo sé —dijo Eidel, apoyándose en la mesa—. Y usted sabe que estoy hablando de una determinada autoridad cuya pericia en esta particular esfera de interés será inapreciable para nosotros. ¿Está claro?

—El francés —dijo Dietrich.

—Por supuesto.

Dietrich tardó un poco en contestar. No se sentía muy a gusto. Tenía la impresión de que la cara de Hitler le reñía desde su retrato por tantas vacilaciones.

—Al francés no es fácil encontrarle. Como cualquier mercenario, considera que el mundo entero es su lugar de trabajo.

—¿Cuándo ha sabido algo de él por última vez?

—Creo que fue en Sudamérica.

Eidel contempló el dorso de sus manos, delgadas y pálidas, pero no delicadas, manos de hombre que no ha podido colmar su ambición de ser pianista.

—Puede encontrarle. ¿Comprende lo que estoy diciéndole? ¿Comprende de quién viene la orden?

—Puedo encontrarle —dijo Dietrich—. Pero le prevengo…

—No *me* prevenga, coronel.

Dietrich notó que se le secaba la garganta. Aquél imbécil de oficinista. Tenía ganas de estrangularle, de embutirle de papeles hasta que se ahogase.

—Muy bien, pero le advierto que el francés tiene un precio muy alto.

—No importa —dijo Eidel.

—Y que no es precisamente lo que se dice un hombre de fiar.

—Se supone que de eso ya se encargará usted. Lo importante, coronel Dietrich, es que le encuentre y que se lo traiga al Führer. Pero hay que hacerlo en seguida. Para entendernos, habría que hacerlo *ayer*.

Dietrich miró la cortina de la ventana. Algunas veces se aterraba al ver que el Führer se rodeaba de lacayos tan estúpidos como Eidel. Indicaba escasa claridad de juicio en lo concerniente a las personas.

Eidel sonrió, como si le divirtiera ver que Dietrich no se encontraba a gusto. Luego, dijo:

—La rapidez es muy importante. Como es natural, otros grupos están también interesados. Y esos grupos no representan precisamente los intereses del Reich. ¿Está claro?

—Muy claro.

Dietrich pensó en el francés; aunque no se lo hubiera dicho a Eidel, sabía que Belloq estaba en aquel momento en el sur de Francia. La idea de tener que entrar en tratos con Belloq era lo que le reventaba. Bajo su aparente amabilidad, era un hombre cruel y egoísta, con un absoluto desprecio por cualquier tipo de filosofía, creencia o política. Mientras sirviera a los intereses de Belloq, estaba bien. Si no, no le preocupaba lo más mínimo.

—Los demás grupos ya tendrán quien se ocupe de ellos, en caso de que aparezcan. No tiene por qué preocuparse de ellos.

—Pues eso será lo que haga —dijo Dietrich.

Eidel cogió el cable en sus manos y lo miró.

—Todo lo que hemos hablado no debe salir de estas cuatro paredes. No necesito decírselo, ¿no es así, coronel?

—No necesita decírmelo —contestó de mal humor Dietrich.

Eidel volvió a sentarse a su mesa, y miró al otro hombre a través de la montaña de carpetas. Guardó silencio un momento, y luego fingió sorprenderse al ver que Dietrich seguía sentado enfrente de él.

—¿Todavía está usted aquí, coronel?

Dietrich cogió su valija y se levantó. Resultaba difícil no sentir odio hacia aquellos payasos uniformados de negro. Actuaban como si fueran los amos del mundo.

—Estaba a punto de marcharme —dijo Dietrich.

—*Heil Hitler* —gritó Eidel, levantando la mano, y con el brazo rígido. Dietrich contestó desde la puerta con las mismas palabras.

3

CONNECTICUT

Indiana Jones estaba sentado en su despacho de Marshall College.

Acababa de terminar la primera lección del año en la clase de arqueología 101, y le había ido bien. Siempre le iba bien. Le gustaba enseñar, y sabía que era capaz de comunicar a los estudiantes su entusiasmo por la asignatura. Pero ahora estaba inquieto, y esa inquietud le molestaba. Porque sabía muy bien qué era lo que quería hacer.

Indy puso los pies encima de la mesa, tiró a propósito un par de libros, y luego se levantó y empezó a andar por el despacho, un despacho que ya no *era* el lugar íntimo que solía ser, su refugio, su escondite, sino la celda de una persona completamente extraña.

Jones, se dijo.

Indiana Jones, despierta.

Por un momento, los objetos que le rodeaban parecieron desprenderse de su significado. El mapa de Sudamérica colgado en la pared se convirtió en una mancha surrealista, la creación de un pintor dada. La copia del ídolo hecha en arcilla se volvió de repente una cosa fea, sin sentido. Lo cogió en sus manos y pensó: ¿Y por una cosa como *ésta* te jugaste la vida? Tiene que faltarte algún tornillo. Tienes una tuerca fuera de su sitio.

Tenía la copia del ídolo en la mano, y la miraba casi sin verla.

Aquélla locura por las cosas antiguas le pareció de repente algo impío, antinatural. Una admiración desmedida por el sentido de la historia, y no sólo de comprenderlo, sino de alcanzarlo y palparlo, adueñarse de él a través de sus restos y utensilios, verse perseguido por las caras de los artesanos, artífices y artistas que murieron hace mucho tiempo, por el fantasma de unas manos que crearon esos objetos, de unos dedos que ya se han convertido en huesos, en polvo. Pero que no están olvidados, que nunca llegarán a olvidarse del todo, mientras quede alguien que sienta una pasión tan irracional.

Por un momento, sus viejos sentimientos parecieron volver, asaltarle, aquella primera emoción experimentada cuando era estudiante. ¿Cuándo había sido eso? ¿Hacía quince, dieciséis, veinte años? Daba igual: para él, el tiempo no significaba lo mismo que para la mayoría de las personas. El tiempo era algo que descubrías en los secretos que había ido enterrando, en templos, en ruinas, debajo de las piedras, del

polvo y de la arena. El tiempo se alargaba, se hacía elástico, y creaba esa maravillosa sensación de que todo lo que alguna vez había vivido estaba unido a todo lo que existía ahora; y la muerte carecía esencialmente de sentido, gracias a todo lo que dejabas detrás.

Carecía de sentido.

Se acordó de Champollion trabajando en la piedra de Rosetta, su asombro al descifrar por fin los viejos jeroglíficos. Pensó en Schliemann, cuando descubrió el sitio donde había estado Troya. En Flinders Petrie, excavando el cementerio predinástico de Nagada. En Woolley, cuando descubrió en Iraq el cementerio real de Ur. Y en Carter y lord Carnarvon, el día en que se toparon con la tumba de Tutankhamon.

Ahí era donde había empezado todo. En ese sentido del descubrimiento, que era como el ojo de un huracán intelectual. Te arrastraba, te llevaba, te transportaba hacia atrás en esa máquina del tiempo que los escritores de ciencia ficción no podían comprender: tu máquina del tiempo personal, tu comunicación privada con el pasado.

Examinó la copia del ídolo que tenía en la mano, y la miró como si fuera un enemigo personal. No, pensó: tú eres el peor enemigo de ti mismo, Jones. Te dejaste arrastrar porque habías encontrado la mitad de un mapa entre los papeles de Forrestal, y porque estabas empeñado en confiar a toda costa en un par de criminales que tenían la otra mitad.

Morón, pensó.

Y Belloq. Belloq, probablemente, era el listo. Tenía un ojo tan afilado como una navaja de afeitar para descubrir la ocasión. Siempre lo había tenido, igual que las serpientes que tanto detestas. El predador que se desliza, sale de debajo de una piedra, y se lleva siempre la pieza que no ha cazado él.

Todo eso le trajo a la memoria la imagen de Belloq, su cara delgada y guapa, sus ojos oscuros, y esa sonrisa que disimulaba su astucia.

Recordó otros encuentros suyos con el francés. Le recordó en la escuela, cuando Belloq se las arregló para ganar el Premio de la Sociedad Arqueológica, presentando un trabajo sobre estratigrafía, que Indy vio que estaba basado en uno que había hecho él. Y Belloq había encontrado la forma de plagiarlo, la forma de llegar hasta él. Indy no pudo probar nada, porque hubiera parecido que era un caso como el de las uvas verdes de la fábula, un ataque de envidia.

1934. Recuerda el verano de ese año, pensó.

1934. Un verano negro. Había pasado varios meses planeando una excavación en el desierto Rub al Khali de Arabia Saudí. Meses enteros de preparativos, de esfuerzos para conseguir fondos, de hacer que casaran todas las piezas, y demostrar que no se equivocaba al decir que en aquel desierto estaban los restos de una cultura nómada anterior a la era cristiana. ¿Y todo eso para qué?

Cerró los ojos.

Aún ahora, el recuerdo le llenaba de amargura.

Belloq había llegado antes.

Belloq ya había hecho las excavaciones.

Era verdad que el francés no había encontrado nada que tuviera gran significación histórica, pero no era de eso de lo que se trataba.

De lo que se trataba era que Belloq le había robado una vez más. Y una vez más no veía cómo iba a poder demostrar que lo había hecho.

Y ahora el ídolo.

Indy levantó la cabeza, un poco sobresaltado al ver que alguien abría despacio la puerta del despacho.

Apareció Marcus Brody, con una expresión de desconfianza en la cara, una desconfianza que era en parte preocupación. Indy tenía a Marcus, que era el encargado del Museo Nacional, por su mejor amigo.

—Indiana —dijo Marcus en tono cariñoso.

Indy levantó en sus manos la copia del ídolo, como si se lo ofreciera al otro hombre, y luego lo dejó caer en la papelera que había en el suelo.

—Tuve el auténtico en mis manos, Marcus. El auténtico.

Se sentó en la silla, se echó hacia atrás con los ojos cerrados, y empezó a frotarse los párpados.

—Me lo dijiste, Indiana. Ya me lo has dicho. Me lo dijiste en cuanto llegaste aquí. ¿No te acuerdas?

—Puedo recobrarlo, Marcus. Puedo recobrarlo. Ya lo he pensado. Belloq tiene que venderlo, ¿no? ¿Y dónde va a venderlo?

Brody le miró con pena.

—¿Dónde, Indiana?

—En Marrakesh, En Marrakesh es donde tiene que venderlo. —Indy se levantó y señaló las figuras que había encima de la mesa. Eran las cosas que había cogido en el templo, los trozos y piezas que había podido llevarse—. Mira, algo tienen que valer, Marcus. Tienen que valer lo bastante como para que yo pueda llegar a Marrakesh, ¿no?

Brody apenas se fijó en los objetos. Lo que hizo fue ponerle la mano en el hombro, como una señal de simpatía y cariño.

—El museo los comprará, como siempre. Y no se hacen preguntas. Pero del ídolo ya hablaremos más tarde. Ahora lo que quiero es que veas a ciertas personas. Han venido de muy lejos para verte, Indiana.

—¿Qué personas?

—Han venido de Washington, Indiana. Y sólo para verte.

—¿Quiénes son? —preguntó Indy con aire cansado.

—Servicio de Inteligencia del Ejército.

—¿Servicio *de qué*? ¿Estoy metido en algún lío?

—No. Yo diría que todo lo contrario. Parece que necesitan tu ayuda.

—Pues la única ayuda que me interesa es que me den el dinero para irme a Marrakesh, Marcus. Éstas cosas tienen que valer *algo*.

—Luego, Indiana, luego. Primero quiero que veas a esa gente.

Indy se detuvo junto al mapa de Sudamérica colgado en la pared.

—Bueno, los veré. Los veré, si es que te importa tanto.

—Están esperando en la sala de conferencias.

Salieron al corredor.

Una chica joven apareció delante de Indy. Llevaba un montón de libros, y pretendía tener un aire muy estudioso. A Indy se le iluminó la cara al verla.

—Profesor Jones —dijo la chica.

—¡Huy!

—Yo esperaba que pudiésemos hablar un poco —dijo ella con timidez, mirando a Marcus Brody.

—Sí, claro, claro, Susan. Ya me acuerdo de que te lo había dicho.

Intervino Marcus Brody:

—Pero ahora, no. Ahora no, Indiana. —Se volvió hacia la chica—. El profesor Jones tiene que asistir a una conferencia muy *importante*, señorita. ¿Por qué no viene a verle más tarde?

—Sí —dijo Indy—. Volveré a las doce.

La chica sonrió, desilusionada, y echó a andar por el corredor. Indy se quedó mirándola, contemplando sus piernas, sus pantorrillas bien torneadas, sus finos tobillos. Notó que Brody le tiraba de la manga.

—Muy mona. De las que a ti te gustan, Indiana. Pero déjalo para más tarde, ¿quieres?

—Para más tarde —dijo Indy, apartando de mala gana sus ojos de la chica.

Brody abrió la puerta de la sala de conferencias. Sentados junto al podio, había dos oficiales del Ejército de uniforme. Los dos volvieron la cara al abrirse la puerta.

—Si es el servicio de reclutamiento, yo ya lo he cumplido —dijo Indy.

Marcus condujo a Indy hasta una silla del podio.

—Indiana, querría presentarte al coronel Musgrove y al mayor Eaton. Éstos son los señores que han venido de Washington para verte.

—Me alegro de conocerle —dijo Eaton—. Hemos oído hablar mucho de usted, profesor Jones. Doctor en arqueología, experto en ciencias ocultas, y descubridor de antigüedades raras.

—Eso es una forma de decirlo —comentó Indy.

—Lo de descubridor de antigüedades raras resulta un poco intrigante —dijo el

mayor.

Indy echó una ojeada a Brody.

—Estoy seguro de que todo lo que el profesor Jones hace por nuestro museo se ajusta estrictamente a las normas del Tratado Internacional para la Protección de las Antigüedades.

—Estoy seguro —dijo el mayor Eaton.

—Es usted un hombre de múltiples talentos —comentó Musgrove.

Indy hizo un gesto con la mano, como para quitarle importancia. ¿Qué era lo que querían aquellos tipos?

El mayor Eaton dijo:

—Tengo entendido que estudió usted con el profesor Ravenwood en la Universidad de Chicago.

—Sí.

—¿Y tiene idea de dónde puede encontrarse ahora?

Ravenwood. Ése nombre le traía unos recuerdos que a Indy no le gustaban nada.

—No son más que rumores. Me parece haber oído que estaba en Asia. Pero no lo sé.

—Pues creíamos que eran ustedes muy amigos —dijo Musgrove.

—Sí —dijo Indy, frotándose la mejilla—. Éramos amigos… Pero hace muchos años que no nos vemos. Me temo que tuvimos lo que podríamos llamar un disgusto.

Un disgusto. Vaya manera más fina de decir las cosas. Un disgusto, más bien una ruptura definitiva. Y luego se acordó de Marion, un recuerdo que prefería no revivir, algo que tenía que desenterrar de lo más profundo de la memoria. Marion Ravenwood, la chica de los ojos prodigiosos.

Los oficiales se pusieron a hablar en voz baja, como si fueran a tomar una determinación. Luego Eaton se volvió, y dijo en tono solemne:

—Lo que vamos a decirle ha de permanecer secreto.

—De acuerdo.

Ravenwood, ¿qué tenía que ver el viejo con todos aquellos misterios? ¿Y cuándo iban a decidirse a ir al grano?

—Ayer, una de nuestras estaciones europeas interceptó un comunicado alemán enviado a Berlín desde El Cairo. Las noticias que daba eran sin duda muy emocionantes para los agentes alemanes de Egipto.

Musgrove miró a Eaton, esperando que continuara, como si cada uno de ellos sólo pudiera dar cierta cantidad de información de una sola vez.

Eaton añadió:

—No estoy seguro de no estar diciéndole a usted algo que ya sabe, profesor Jones, si le digo que los nazis, en los dos últimos años, han estado enviando equipos de arqueólogos a todas las partes del mundo.

—No me ha pasado inadvertido.

—Me lo imagino. Parecen haber emprendido una carrera frenética en busca de cualquier objeto religioso que puedan encontrar. Según nuestros informes, Hitler está obsesionado con las ciencias ocultas. Creemos incluso que tiene un adivino particular, por llamarlo de alguna manera. Y parece que en estos momentos se están haciendo unas excavaciones arqueológicas, absolutamente secretas, en el desierto, no lejos de El Cairo.

Indy asintió con la cabeza. Todo eso se lo sabía de memoria. Estaba enterado del sempiterno afán de Hitler por adivinar el futuro, convertir el plomo en oro, fabricar el elixir de la vida o lo que se terciara. No tienes más que decir algo y, como huela a misterio, ese loco de los bigotes seguro que se interesa por ello.

Indy vio que Musgrove sacaba una hoja de la cartera. La tuvo un momento en la mano, y luego dijo:

—Éste comunicado contiene cierta información acerca de la actividad en el desierto, pero no acabamos de entenderlo. Pensamos que quizá podría significar algo para usted.

Entregó la hoja a Indy. El mensaje decía:

CONTINÚAN TRABAJOS TANIS.

ADQUIRIR PIEZA PRINCIPAL, BÁCULO DE RA,

ABNER RAVENWOOD, NOSOTROS.

Volvió a leer las palabras y, de repente, notó que todo se aclaraba, que su cerebro estaba una vez más despierto. Se levantó, miró a Brody, y dijo sin acabar de creérselo:

—Los nazis han descubierto Tanis.

Brody estaba pálido y serio.

—Perdone —dijo Eaton—. Ahora sí que ya no entiendo nada. ¿Qué significa Tanis para usted?

Indy bajó del podio y fue hacia la ventana. Sentía una gran excitación. Abrió la ventana y respiró el aire fresco de la mañana, sintiendo con gusto el frío que le entraba hasta los pulmones. *Tanis*. *El Báculo de Ra*. *Ravenwood*. Todas las viejas leyendas, las fábulas, las historias se le venían a la memoria en tropel. Se encontraba detenido por una barrera de conocimientos, de informaciones que había ido almacenando en su cerebro durante años, y deseaba abrirse paso entre ellos, salir pronto de todo aquello. Tómalo con calma, pensó. Díselo poco a poco para que

puedan entenderlo. Se volvió a los oficiales y dijo:

—Muchas de estas cosas van a serles difíciles de entender. Tal vez sí. No lo sé. Todo depende de sus creencias personales, eso sí que ya puedo decírselo desde el principio. ¿De acuerdo? —Hizo una pausa, y contempló la cara de desconcierto de los oficiales—. La ciudad de Tanis es uno de los lugares en que puede encontrarse el arca desaparecida.

Musgrove le interrumpió:

—¿El arca? ¿La de Noé?

Indy movió la cabeza.

—No, no la de Noé. Hablo del Arca de la Alianza. Hablo del cofre que usaban los israelitas para llevar los Diez Mandamientos.

—Espere un momento —dijo Eaton—. ¿Quiere decir *los* Diez Mandamientos?

—Quiero decir las *auténticas tablas de piedra*, las que bajó Moisés del monte Horeb. Las que dicen que hizo pedazos cuando vio la degeneración de los judíos. Mientras él estaba arriba, en el monte, hablando con Dios y recibiendo la ley, su pueblo se dedicaba a armar orgías y levantar ídolos. Por eso se puso furioso, y rompió las tablas, ¿no es así?

Los militares permanecían impasibles. Indy hubiera deseado infundirles el mismo entusiasmo que él empezaba a sentir.

—Entonces los israelitas metieron los trozos en el Arca y los llevaban consigo adondequiera que fuesen. Cuando se establecieron en Canaán, depositaron el Arca en el templo de Salomón. Estuvo allí durante muchos años… y desapareció.

—¿Cómo? —preguntó Musgrove.

—Nadie sabe cómo ni cuándo se la llevaron.

Brody, que estaba mucho más tranquilo que Indy, dijo:

—Un faraón egipcio invadió Jerusalén hacia el año 926 a.C. Su nombre era Shishak. *Es posible* que se la llevara a la ciudad de Tanis…

Indy le interrumpió:

—Donde puede haber estado oculta en una cámara secreta que llaman el Pozo de las Ánimas.

Se produjo un silencio en la sala. Luego, Indy prosiguió su relato:

—En cualquier caso, ésa es la leyenda. Pero parece ser que a toda persona ajena que se mezclara en los asuntos del Arca siempre le pasaba algo malo. Poco después de que Shishak volviera a Egipto, la ciudad de Tanis quedó sepultada en el desierto por una tormenta de arena que duró un año entero.

—La inevitable maldición —dijo Eaton.

A Indy le molestó su escepticismo, pero trató de tener paciencia.

—Bueno, si quieren creerlo así… Pero en la batalla de Jericó, antes de que se derrumbaran las murallas, los sacerdotes hebreos estuvieron siete días dando vueltas

alrededor de la ciudad, llevando el Arca sobre sus hombros. Y cuando los filisteos se apoderaron del Arca, atrajeron sobre sí todas las maldiciones de lo alto, entre ellas plagas de úlceras y plagas de ratones.

—Todo eso me parece muy interesante —dijo Eaton—. ¿Pero por qué iban a mencionar a un americano en un cable nazi, si es que podemos volver al punto de partida?

—Porque es el experto en Tanis —dijo Indy—. Tanis era su obsesión. Llegó a recoger algunos restos, pero no pudo nunca encontrar la ciudad.

—¿Y por qué iba a interesarles a los nazis? —preguntó Musgrove.

Indy tardó un poco en contestar:

—A mí me parece que los nazis están buscando la pieza que coronaba el Báculo de Ra. Y creen que es Abner quien la tiene.

—El Báculo de Ra —dijo Eaton—. Todo eso parece traído por los pelos.

Musgrove, que mostraba más interés, se inclinó hacia adelante y preguntó:

—¿Qué es el Báculo de Ra, señor Jones?

—Les haré un dibujo —dijo Indy. Se acercó al tablero, cogió una tiza y, mientras iba pintándolo, explicó—: Se supone que el báculo de Ra es la pieza clave para localizar el Arca. Y una clave muy ingeniosa, por cierto. Básicamente, era una vara larga, de unos dos metros de altura, nadie lo sabe con seguridad. Lo que sí se sabe es que estaba rematada por una pieza en forma de sol, que tenía un cristal en el centro. ¿Me siguen? Había que llevar el báculo a una habitación especial de la ciudad de Tanis en la que había un mapa, un mapa en el que toda la ciudad estaba representada en miniatura. Al colocar el báculo en un determinado sitio de esa habitación, y a determinada hora del día, el sol pasaba a través del cristal del remate, y proyectaba sobre el mapa un rayo de luz que señalaba la situación del Pozo de las Ánimas…

—Donde estaba escondida el Arca —dijo Musgrove.

—Eso es. Y eso es probablemente lo que hace que los nazis quieran encontrar el remate. Lo que explica que el nombre de Ravenwood figure en el cable.

Eaton se levantó y empezó a andar de un lado a otro.

—¿Pero cómo es el Arca ésa?

—Se lo enseñaré —dijo Indy.

Fue a la parte de atrás de la sala, buscó un libro, y se puso a pasar las páginas hasta llegar a una gran reproducción en color. Se la enseñó a los dos militares. Contemplaron en silencio la lámina, que representaba una escena de batalla. El ejército israelita vencía al enemigo; y al frente de las filas israelitas iban dos hombres que llevaban el Arca de la Alianza, un cofre de oro alargado, coronado por dos querubines de oro. Los israelitas llevaban el cofre en andas, sostenido sobre unas varas que pasaban por unas anillas colocadas en los extremos. Era una cosa de una belleza extraordinaria, pero lo más impresionante eran los rayos de luz blanca y las

llamas que despedían las alas de los ángeles, un chorro que atravesaba las filas del ejército enemigo que, aterrado, huía a la desbandada.

Musgrove, impresionado, preguntó:

—¿Y qué es lo que se supone que salía de las alas?

Indy se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Rayos, fuego. El poder de Dios. Puede usted llamarlo como quiera, pero se supone que era capaz de allanar montes y devastar regiones enteras. Según Moisés, un ejército que llevara el Arca delante de él era invencible.

Indy miró la cara de Eaton y pensó: Éste tío no tiene imaginación. A éste no hay quien le inflame en toda su vida. Eaton seguía encogiéndose de hombros y mirando la lámina. Incredulidad, pensó Indy. Escepticismo militar.

Musgrove preguntó:

—¿Y usted qué piensa de los supuestos poderes del Arca, profesor?

—Como ya le he dicho, todo depende de las creencias que tengas. Depende de que admitas que la leyenda tiene algún fondo de verdad.

—Está usted eludiendo la respuesta —dijo Musgrove, sonriendo.

—Yo conservo una mente abierta —contestó Indy.

Eaton apartó los ojos de la lámina.

—Claro que un chiflado como Hitler… Podría creer de verdad en ese poder, ¿no? Sería capaz de comprarse el chisme entero.

—Probablemente —dijo Indy.

Miró un momento a Eaton, y empezó a notar una sensación de impaciencia muy familiar, una subida de la temperatura. *La ciudad perdida de Tanis*. *El Pozo de las Ánimas*. *El Arca*. Todo eso tenía una música engañosa, y tiraba de él y le seducía como el irresistible canto de una sirena.

—Puede que piense que teniendo el Arca, su máquina militar sería invencible —dijo Eaton, más para sus adentros que para que le oyeran los otros—. Comprendo que, si se traga el cuento, por lo menos va a tener una gran ventaja psicológica.

—Hay otra cosa además —dijo Indy—. De acuerdo con la leyenda, el Arca se recuperará cuando llegue el tiempo de la venida del verdadero Mesías.

—El verdadero Mesías —dijo Musgrove.

—Que es lo que Hitler debe de creer que es él —comentó Eaton.

Se produjo un nuevo silencio. Indy volvió a mirar la lámina, aquella luz cegadora que salía de las alas de los ángeles y abrasaba a los enemigos que huían. Un poder más allá de todo poder. Imposible de expresar con palabras. Cerró un momento los ojos. ¿Y si *fuera* verdad? ¿Si existiera realmente ese poder? Tratas de ser un hombre racional, tratas de hacer lo que hace Eaton, reducirlo a una vieja leyenda, algo en lo que creía un puñado de israelitas exaltados. Una táctica para atemorizar al enemigo, una especie de arma psicológica. Pero daba lo mismo, había allí algo que no podías

ignorar, algo que no podías dejar de lado.

Abrió los ojos, y oyó que Musgrove dejaba escapar un suspiro y decía:

—Ha sido usted una gran ayuda. Espero que podamos volver a llamarle en caso de que nos haga falta.

—Cuando quieran, caballeros. Cuando quieran —dijo Indy.

Hubo una serie de apretones de manos, y luego Brody acompañó a los oficiales hasta la puerta. Al quedarse solo en la sala, Indy cerró el libro. Se puso a pensar, tratando al mismo tiempo de contener la emoción que sentía. Los *nazis han encontrado Tanis… y* esas palabras no dejaban de dar vueltas y vueltas en su cabeza.

—Espero no haberte puesto en un compromiso cuando estabas con Brody —dijo Susan—. Quiero decir que… se me notó tanto.

—No se te notó nada —dijo Indy.

Estaban los dos sentados en el desordenado cuarto de estar de la casita en que vivía Indy. La habitación estaba llena de recuerdos de sus viajes y excavaciones, vasijas de arcilla restauradas, estatuillas, y fragmentos de cerámica, además de mapas y globos, tan desordenados, pensaba él a veces, como su propia vida.

La chica encogió las rodillas, las rodeó con los brazos y apoyó la cara encima de ellas. Como un gato, pensó él. Igual que un gatito contento.

—Me gusta este cuarto —dijo ella—. Me gusta toda la casa… pero este cuarto más que ninguno.

Indy se levantó, y empezó a pasear por la habitación con las manos en los bolsillos. La chica, por lo que fuera, resultaba más bien un intruso en aquel momento. A veces, cuando hablaba, no la escuchaba siquiera. Oía el sonido de su voz, pero no atendía al significado de sus palabras. Se sirvió una copa, tomó primero un sorbo, y luego se la bebió de un trago; le quemaba el pecho, pero era un calor agradable, como si tuviera un pequeño sol allí dentro.

—Estás muy distante esta noche, Indy.

—¿Distante?

—Tienes algo metido en la cabeza. No sé qué.

Él se acercó a la radio y la encendió, sin prestar apenas atención a alguien que anunciaba una cosa. La chica cambió la emisora, y entonces se escuchó música de baile. Distante, pensó. Mucho más de lo que tú puedas imaginar. A muchas millas de distancia. Con mares y continentes y siglos de por medio. Y se encontró de repente pensando en Ravenwood, en la última conversación que habían tenido, en la furia del viejo, el jaleo que había armado. Al recordar todas aquellas cosas, se sintió triste, descontento consigo mismo; había permitido que nacieran unas ilusiones para luego destrozarlas.

Marion se encaprichó contigo, y te aprovechaste de eso.

Tienes veintiocho años, se supone que eres ya un hombre, y te has aprovechado de la tontería de una chica, y la has desfigurado como te convenía, sólo porque ella cree que está enamorada de ti.

—Si quieres que me vaya, Indy, me voy —dijo Susan—. Si prefieres estar solo, no me importa.

—No, no, quédate.

Se oyó una llamada en la puerta; unos pasos en el porche de la entrada.

Indy salió del cuarto de estar, cruzó el pasillo y vio a Marcus Brody a la entrada de la casa. Estaba riéndose, como si tuviera alguna noticia que dar, pero quisiera al mismo tiempo tardar lo más posible en descubrirla.

—Marcus, no te esperaba —dijo Indy.

—Yo creía que sí —contestó Brody, abriendo la puerta.

—Vamos al estudio —dijo Indy.

—¿Qué es lo que pasa en el cuarto de estar?

—Tengo compañía.

—¡Ah! ¿Y qué más?

Entraron en el estudio.

—Lo has hecho, ¿no? —dijo Indy. Brody sonrió.

—Quieren que encuentres el Arca antes que los nazis.

Pasaron unos momentos antes de que Indy pudiera hablar. Sentía una exaltación, una impresión de triunfo. *El Arca*.

—Yo creo que he estado toda mi vida esperando oír una cosa como ésta.

Brody miró el vaso que Indy tenía en la mano.

—Hablaron con los de Washington. Luego me consultaron a mí. Te necesitan, Indiana. *Te* necesitan.

Indy se sentó detrás de la mesa, miró primero el vaso, y echó luego una ojeada a la habitación. Sentía una extraña emoción; aquello era mucho más que libros, y artículos y mapas, mucho más que especulaciones, teorías de eruditos y debates, ahora era un sentido de la realidad el que remplazaba a todas las palabras e ilustraciones.

—Ya puedes imaginarte que, dada su mentalidad militar, no se tragan todo eso del poder del Arca y demás. Ellos no quieren admitir semejantes invenciones. Después de todo, son soldados, y a los soldados siempre les gusta pensar que ellos son muy realistas. Lo que quieren es el Arca, y me atrevería a decir que a causa de su «significación histórica y cultural», y porque consideran que «un objeto tan inapreciable no debe caer en manos de un régimen fascista». Y, si no lo dicen con esas mismas palabras, lo hacen con otras muy parecidas.

—Lo que digan no importa.

—Aparte de eso, pagarán muy bien…

—Tampoco me importa el dinero, Marcus. —Indy levantó la mano, e hizo un gesto como si recorriera toda la habitación—. El Arca representa todo lo que para mí tiene de misterioso la arqueología, ya sabes, la historia que oculta sus secretos. Ésas cosas que están ahí enterradas, esperando que las descubran. Y eso no lo cambio por su dinero ni por todo lo que ellos puedan pensar.

Brody movió la cabeza, como indicando que lo comprendía.

—El museo, naturalmente, se quedará con el Arca.

—Sí, claro.

—Si es que existe… —dijo Brody, que hizo una pausa y añadió—: No debemos hacernos demasiadas ilusiones.

Indy se levantó.

—Lo primero que necesito es encontrar a Abner. Ése parece que ha de ser el primer paso. Si Abner tiene la pieza del remate, tengo que conseguirla antes de que lo haga lo oposición. ¿No estás de acuerdo? Si no hay remate, *voilá*, no hay Arca. ¿Y dónde puedo encontrar a Abner? —Calló un momento, al darse cuenta de que había ido demasiado de prisa—. Creo que sé por dónde tengo que empezar.

—Ha pasado mucho tiempo, Indiana. Las cosas cambian.

Indy se quedó mirándole un momento. Su comentario le parecía enigmático: *Las cosas cambian*. Luego comprendió que Marcus Brody estaba hablando de Marion.

—Puede que se haya suavizado algo con respecto a ti. Por otra parte, es posible que siga estando resentido. En ese caso, es de suponer que no querrá darte la pieza. Si es que la tiene.

—Esperemos lo mejor, hombre.

—Siempre optimista, ¿no?

—No, no siempre —dijo Indy—. El optimismo puede ser mortal.

Brody guardó silencio, empezó a andar por la habitación y a hojear los libros. Luego miró a Indy con aire preocupado.

—Quiero que tengas cuidado, Indiana.

—Siempre lo tengo.

—A veces eres muy insensato. Lo sabes tan bien como yo. Pero el Arca es algo muy distinto de todo lo que has andado buscando hasta ahora. Es una cosa más gorda. Más peligrosa. —Brody cerró el libro de golpe, como si quisiera dar más énfasis a lo que iba a decir—. Yo no soy escéptico, como esos militares. Yo creo que el Arca tiene sus secretos. Creo que tiene unos secretos muy peligrosos.

Indy estuvo a punto de hacer una broma, de decir algo que quitara importancia al tono melodramático de su amigo. Pero, por la expresión de su cara, comprendió que el hombre hablaba en serio.

—No quiero que te pierdas, Indiana, por grande que pueda ser el premio. ¿Comprendes?

Los dos hombres se dieron la mano.

Indy notó que la de Brody estaba húmeda de sudor.

Una vez solo, Indy tardó mucho en acostarse; se sentía incapaz de dormir, incapaz de estar tranquilo. Iba de una habitación a otra, apretando y abriendo las manos. Después de todos estos años, después de tanto tiempo, ¿estaría Ravenwood dispuesto a ayudarle? Suponiendo que tuviera la pieza, ¿acudiría en su auxilio? Y detrás de todas esas preguntas quedaba todavía otra. ¿Seguiría Marion estando con su padre?

Continuó yendo de una habitación a otra, hasta que por fin se sentó en su estudio y puso los pies encima de la mesa. Contempló todos los objetos que había allí metidos, luego cerró los ojos, tratando de ver las cosas un poco más claras, y volvió a levantarse. Cogió de uno de los estantes una copia del diario de Ravenwood, un regalo que le había hecho el viejo cuando todavía eran buenos amigos. Indy empezó a pasar las páginas y a ver que lo que había allí apuntado era una desilusión tras otra: una excavación que no había dado lo que prometía, otra que sólo había revelado mínimos y desesperantes indicios sobre cuál podría ser el paradero del Arca. Lo que se descubría en aquellas páginas era una obsesión, la busca descorazonadora de un objeto perdido de la historia. Pero el Arca era algo que podía llegar a metérsete en la sangre, a llenar el aire que respirabas. Comprendía la obsesión del viejo, su entrega a una sola cosa, esa especie de ansiedad que le había llevado de un país a otro y de una esperanza a otra. Eso era todo lo que daban de sí las páginas, pero allí no se hablaba para nada de la pieza del remate. Ni una sola vez.

Las últimas líneas del diario hablaban del Nepal, y de los planes para hacer otra excavación. Nepal, pensó Indy: el Himalaya, el terreno más áspero de la Tierra. Y muy lejos de todo lo que los alemanes pudieran estar haciendo en Egipto. Tal vez Ravenwood se había topado con alguna otra cosa allí, una nueva pista para descubrir el Arca. Tal vez todo lo que siempre se había dicho de Tanis estaba equivocado. Pero no pasaba de ser una conjetura.

Nepal. Era un sitio por donde empezar.

Era un comienzo.

Siguió mirando el diario un momento, y luego lo cerró. Le habría gustado saber cómo iba a reaccionar Ravenwood.

Y cómo iba a responder Marion.

4

BERCHTESGARDEN, ALEMANIA

Dietrich no se encontraba a gusto en compañía de Rene Belloq. Y no era tanto la falta de confianza que le inspiraba el francés, la sensación que tenía de que Belloq se mostraba igualmente cínico en cualquier momento; lo que le molestaba a Dietrich era más bien su extraño carisma, la idea de que a pesar de todo uno *quería* agradarle, que te atraía, hicieras lo que hicieras.

Estaban los dos sentados en una antesala de Berchtesgaden, el refugio de montaña del Führer, un lugar en el que Dietrich no había estado nunca, y que le inspiraba cierto terror. Pero veía que Belloq descansaba con toda comodidad, con las piernas extendidas, y sin dar muestras de ninguna preocupación. Al contrario, podría haber estado sentado en algún cafetucho francés, un café como aquel de Marsella en donde le había conocido Dietrich. No tiene respeto, pensó. No tiene noción de la importancia de las cosas. Estaba indignado ante la actitud del arqueólogo.

Escuchó el repiqueteo de un reloj, el sonido agradable de sus campanadas. Belloq dio un suspiro, cambió de posición las piernas, y miró su reloj de pulsera.

—¿Qué es lo que estamos esperando, Dietrich?

Dietrich no pudo menos de hablar en voz baja:

—El Führer nos verá cuando esté dispuesto, Belloq. Debe usted de creer que no tiene otra cosa que hacer que ponerse a hablar de una pieza de museo.

—*«Una pieza de museo»*.

Belloq dijo esas palabras con absoluto desprecio, mirando al alemán desde el otro lado de la habitación. Qué poco sabían, pensó. Qué mal entendían la historia. Ponían su fe en todo lo que no la merecía: levantaban arcos monumentales, organizaban desfiles al paso de la oca, y eran incapaces de comprender que el terror sagrado de la historia es algo que no puede crearse a voluntad. Porque es algo que ya existe, algo que no puedes aspirar a crear a fuerza de supuestas grandezas. El Arca: sólo pensar en la posibilidad de descubrir el Arca le hacía sentirse impaciente. ¿Por qué tenía que hablar con ese desgraciado alemán, pintor aficionado? ¿Por qué tenía que asistir a una reunión con ese hombre cuando ya habían empezado las excavaciones en Egipto? ¿Qué iba a enseñarle a él Hitler? Nada, pensó. Absolutamente nada. Algún sermón, una diatriba contra lo que fuera. Un discurso sobre la grandeza del Reich para demostrar que, si existía el Arca, era a Alemania a quien pertenecía.

¿Qué era lo que podía saber ninguno de ellos?

El Arca no pertenecía a nadie. Si tenía secretos, si guardaba esa clase de poder que le atribuían, quería ser él el primero que la descubriera, no era una cosa que pudiera dejarse en las manos del maniático que en ese mismo momento estaba en otra habitación del refugio de montaña, y le tenía allí esperando.

Suspiró impaciente, y cambió de postura en la silla.

Luego se levantó, fue a la ventana y miró hacia las montañas, pero casi sin verlas, sin darse apenas cuenta de que estaban allí. Estaba pensando en el momento de abrir el cofre, levantar la tapa y ver los restos de las tablas de piedra que bajó Moisés del monte Horeb. Era muy fácil imaginar su mano levantando la tapa, el sonido de su propia voz, y luego el momento de la revelación.

El momento de toda una vida: no había premio comparable al Arca de la Alianza.

Cuando se retiró de la ventana, Dietrich estaba mirándole. El alemán notó la extraña expresión de los ojos de Belloq, la débil sonrisa de su boca que parecía dirigida hacia adentro, como si estuviera divirtiéndose muchísimo con alguna broma particular, una idea que le hacía mucha gracia. Comprendió entonces hasta dónde llegaba su falta de confianza, pero eso ya era asunto del Führer, era el Führer el que había pedido lo mejor, el que había dicho que llamaran a Rene Belloq.

Dietrich oyó que el reloj daba el cuarto. Escuchó ruido de pasos en algún lugar del edificio. Belloq miró hacia la puerta. Pero los pasos se esfumaron y Belloq, en voz baja, soltó un taco en francés.

—¿Cuánto tiempo se supone que tenemos que seguir esperando? —preguntó Belloq.

Dietrich se encogió de hombros.

—No me lo diga. El Führer se rige por un reloj que no tiene nada que ver con el que usamos los simples mortales. Es posible que tenga ideas originales sobre su propio tiempo. Quizá crea tener un profundo conocimiento de lo que es la naturaleza del tiempo, ¿no? —Belloq hizo un gesto de desesperación con la mano, y luego sonrió.

Dietrich no sabía qué hacer, estaba obsesionado por la idea de que en el cuarto había micrófonos, y que Hitler estaba oyendo todas las locuras que decía aquel hombre.

—¿Pero no hay nada que le dé miedo, Belloq?

—Podría contestarle, Dietrich, pero pongo en duda que fuera usted a entender de qué estaba hablando.

Volvieron a quedar en silencio. Belloq se fue otra vez a la ventana. Cada momento que pasara allí metido, era un momento menos en Egipto, pensó. Y comprendía que el tiempo era importante, que se divulgaría la noticia de las excavaciones, que no podía mantenerse en secreto para siempre. Su única esperanza era que el servicio de seguridad alemán sería bueno.

—No me ha explicado usted con detalle, y sería muy interesante, cómo puede conseguirse la pieza del remate. Necesito saberlo.

—De eso ya nos hemos ocupado —dijo Dietrich—. Se ha enviado gente…

—¿Qué clase de gente, Dietrich? ¿Hay algún arqueólogo entre ellos?

—Bueno, no…

—¿Criminales, Dietrich? ¿Alguno de sus matones?

—Profesionales.

—Sí, pero no arqueólogos profesionales. ¿Y cómo van a saber si descubren la pieza? ¿Cómo se supone que van a saber que no es un fraude?

Dietrich sonrió.

—El secreto reside en saber *dónde* hay que buscar, Belloq. No depende *únicamente* de saber qué es lo que estás buscando.

—A un hombre como Ravenwood no es fácil forzarle —dijo Belloq.

—¿He hablado yo de coacción?

—No hacía falta que lo hiciera. Veo lo necesaria que es, y basta. En ciertos terrenos, no creo que pueda decirse que soy un hombre muy escrupuloso. En realidad, más bien diría que todo lo contrario.

Dietrich movió la cabeza. Volvieron a oírse pasos al otro lado de la puerta. Esperó. La puerta se abrió, y entró un ayudante de uniforme, con la guerrera negra que tanto le molestaba a Dietrich. No dijo nada, se limitó a hacer una inclinación de cabeza para indicar que debían seguirle.

Belloq fue hacia la puerta. La capilla íntima, pensó. El santuario del pintor casero y bajito que sueña con encarnar el espíritu de la historia, pero no acierta a comprender la verdad. La única historia que le interesaba a Belloq, la única historia que tenía sentido, estaba enterrada en los desiertos de Egipto. Con suerte, pensó Belloq. Con un poco de suerte.

Vio que Dietrich iba delante de él. Un hombre nervioso, está tan pálido como si caminara hacia el patíbulo, aunque, eso sí, con la mayor dignidad.

A Belloq le divirtió la idea.

5

NEPAL

El DC-3 volaba sobre las laderas blancas de las montañas, atravesaba de cuando en cuando barreras de niebla, grandes bancos de nubes. Los picos de la cordillera apenas se distinguían, estaban cubiertos por las nubes, nubes que parecían inmóviles y sólidas, como si ningún viento del invierno fuera a poder nunca dispersarlas.

Una ruta tortuosa, pensó Indy, que iba mirando por la ventanilla, tortuosa y larga: a través de los Estados Unidos hasta San Francisco, luego, el Clipper de la Pan Am a China, para llegar, después de muchas paradas, a Hong Kong; en otro avión desvencijado a Shanghai y, por último, en este cacharro, hasta Katmandú.

A Indy se le puso la carne de gallina al pensar en las heladas soledades del Himalaya. Los increíbles riscos, los canales y valles que no figuran en los mapas, la enorme capa de nieve cubriéndolo todo. Una región inconcebible, en la que a pesar de todo florecía la vida, donde la gente se las arreglaba para sobrevivir, trabajar y amar. Cerró el libro que había estado leyendo —el diario de Abner Ravenwood— y miró hacia el otro extremo del pasillo del avión. Puso la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y palpó el montón de dinero que llevaba allí, lo que Marcus Brody había llamado *«un anticipo de los militares USA»*. Llevaba más de cinco mil dólares, y había empezado a pensar en ellos como arma de persuasión si la actitud de Abner Ravenwood hacia él seguía siendo la misma. Un tiento para ver si podía sobornarle, *la mordida*. Era de suponer que el viejo andaría falto de dinero; Indy no sabía que desde hacía años hubiera ocupado ningún cargo en la enseñanza oficial. Habría tenido que pasar por el gran azote de toda disciplina académica: la dificultad de conseguir fondos. El platillo que tenías que estar haciendo resonar todo el tiempo. Cinco de los grandes, pensó Indy, era más dinero del que había llevado en toda su vida. Una pequeña fortuna, realmente. Y eso le hacía sentirse a disgusto. Nunca se había tomado en serio la cuestión del dinero, y todo lo que hacía era gastarlo en cuanto lo había ganado.

Cerró los ojos un rato, pensando si Marion seguiría viviendo con su padre. No, no era probable. Se habría hecho mayor, y se habría marchado, a lo mejor estaba casada y vivía en América. ¿Y si estaba todavía con su padre? Entonces, ¿qué? Y, de repente, sintió que no tenía ninguna gana de encontrarse con Ravenwood.

Claro que habían pasado muchos años. Las cosas tenían que haber cambiado.

Pero a lo mejor no, a lo mejor no habían cambiado para una persona tan obcecada

como Abner. Un resentimiento era un resentimiento y, si un colega tuyo tenía un lío con una hija tuya, con tu niña, el resentimiento podía durar mucho. Indy dejó escapar un suspiro. Una debilidad, pensó. ¿Cómo no pudiste ser más fuerte entonces? ¿Por qué te dejaste llevar de esa manera? ¿Enredarte así con una chiquilla? Pero es que no parecía una chiquilla, era más bien una niña mujer, tenía unos ojos que hacían pensar en algo más que una adolescente.

Déjalo, pensó, olvídate de ello.

Ahora tienes otras cosas en la cabeza. Y el Nepal no es más que un paso en el camino hacia Egipto.

Un paso muy largo.

Indy notó que el avión empezaba a bajar, al principio de una forma casi imperceptible, luego ya claramente, mientras se dirigía a la pista de aterrizaje. Vio que entre la inmensidad nevada aparecían las luces de una ciudad. Cerró los ojos, y esperó que llegara ese momento en que las ruedas tocan el suelo y el avión va haciendo un ruido por la pista hasta quedar frenado. Luego iba ya hacia el edificio de la terminal, poco más que un hangar que parecían haber convertido en punto de llegadas y salidas. Se levantó del asiento, recogió sus libros y papeles, sacó la bolsa que llevaba debajo del asiento, y empezó a andar por el pasillo.

Indiana Jones no se fijó en un hombre con gabardina que estaba detrás de él. Un pasajero que había subido en Shanghai, y que no había dejado de vigilarle durante la última parte del viaje.

El viento que soplaba en el aeropuerto era como un cuchillo. Indy bajó la cabeza y corrió hacia el hangar, con una mano en el sombrero para que no se le volara, y en la otra la bolsa de lona. El interior del edificio no estaba mucho más caliente; parecía que allí la única calefacción era la que pudieran proporcionar los cuerpos hacinados dentro de él. Pasó pronto todos los trámites de la aduana, y en seguida se vio asaltado por los mendigos, niños cojos, niños ciegos, un par de hombres paralíticos y unos cuantos seres tan consumidos que le era imposible distinguir su sexo. Se agarraban a él implorando una limosna, pero, como ya sabía lo que eran los mendigos en otras partes del mundo, sabía también que lo mejor era no darles nada. Se abrió paso entre ellos, asombrado de la actividad que había allí dentro. Parecía tanto un bazar como el edificio de un aeropuerto, atestado de puestos, animales y toda la frenética actividad de un mercado. Había hombres que tostaban bollos dulces encima de unos braseros, otros que jugaban a los dados entre grandes voces, y otros que parecían asistir a una subasta de burros: unos pobres animales atados unos a otros, nada más que piel y huesos, con los ojos tristes y el pelo hecho jirones. Los mendigos continuaban persiguiéndole. Él andaba ahora más de prisa, pasaba por delante de los puestos de los que cambiaban dinero, los vendedores de unas frutas y verduras que no sabía qué eran, los mercaderes de alfombras, pañuelos y ropas hechas de pelo de yak, los

primitivos tenderetes de comidas y bebidas frías, perseguido siempre por los olores, por el tufo de la grasa quemada, el olor de los perfumes y de las especias raras. Oyó que alguien gritaba su nombre, y se paró, balanceando la bolsa a un lado y a otro para espantar a los mendigos. Miró hacia donde había sonado la voz, y vio la cara de Lin-Su, que todavía le resultaba familiar después de tantos años. Se acercó al chino, y los dos se dieron un gran apretón de manos. Lin-Su, con su cara arrugada y una sonrisa que descubría una boca casi sin dientes, cogió a Indy por el codo y le acompañó hasta la calle. El viento llegaba aullando desde las montañas, un viento salvaje y loco que barría las calles como si quisiera cumplir una venganza. Se refugiaron en el quicio de una puerta, sin que el chino soltara el brazo de Indy.

—Me alegro de volver a verle —dijo Lin-Su en un inglés que era a la vez agradable y extraño, un poco torpe por la falta de uso—. Han pasado muchos años.

—Demasiados —dijo Indy—. ¿Doce, trece?

—Dice usted bien, doce… —Lin-Su hizo una pausa y miró a la calle—. Recibí su aviso, naturalmente. —Volvió a callar, atraído por alguien a quien había visto en la calle, una sombra que cruzaba una puerta—. Perdone la pregunta, ¿le está siguiendo alguien?

Indy se quedó asombrado.

—Yo no me he dado cuenta de que me siguiera nadie.

—No importa. Los ojos engañan.

Indy miró hacia la calle. Lo único que veía eran los postigos de las pequeñas tiendas y la luz de una lámpara de petróleo sobre la puerta abierta de un café.

El chino vaciló un momento y luego dijo:

—He hecho algunas averiguaciones, como me pidió.

—¿Y qué?

—En un país como éste es muy difícil obtener información en poco tiempo. Ya lo sabe usted. La falta de comunicaciones. Y el mal tiempo, claro. La maldita nieve lo dificulta todo. El sistema telefónico, donde lo hay, es muy primitivo. —Lin-Su se echó a reír—. A pesar de eso, puedo decirle que la última vez que se oyó hablar de Ravenwood estaba en la región de Patán. Eso puedo asegurárselo. Todas las otras cosas que he podido sacar no pasan de ser rumores y no vale la pena hablar de ellas.

—¿Patán? ¿Y cuánto tiempo hace de eso?

—Es difícil saberlo. Como cosa segura, hace tres años. Amigo mío, le presento mis disculpas por no haber podido hacerlo mejor.

—Lo ha hecho muy bien —dijo Indy—. ¿Y hay alguna probabilidad de que esté todavía allí?

—Puedo decirle que nadie ha tenido noticias de que haya dejado este país. Fuera de eso… —Lin-Su empezó a tiritar y se subió el cuello del abrigo.

—Ya es algo —dijo Indy.

—Habría querido que fuera algo más, naturalmente. No he olvidado la ayuda que usted me prestó la última vez que estuve en su gran país.

—Todo lo que hice fue hablar con el Servicio de Información, Lin-Su.

—Sí. Pero les dijo que yo estaba empleado en su museo, cuando la verdad era que no lo estaba.

—Una mentira sin consecuencias —dijo Indy.

—¿Y qué es la amistad sino una suma de favores?

—Tiene usted razón.

Indy no se encontraba nunca muy a gusto entre todas esas finezas orientales, esos comentarios que parecían sacados de los escritos de un Confucio de tercera clase. Pero comprendía que la actuación china de Lin-Su era algo casi profesional, que hablaba en la forma en que los occidentales esperaban que lo hiciese.

—¿Cómo puedo ir yo a Patán?

Lin-Su levantó un dedo.

—Ahí sí que puedo ayudarle. Realmente, ya me he tomado la libertad. Venga por aquí.

Indy siguió al hombrecillo calle abajo. Parado delante de un edificio había un coche negro de un aspecto muy singular. Lin-Su lo señaló con orgullo.

—Pongo mi automóvil a su disposición.

—¿Está seguro?

—Desde luego. Encontrará usted dentro el correspondiente mapa.

—Estoy abrumado.

—No tiene importancia.

Indy dio la vuelta alrededor del coche. Miró por las ventanillas, y vio el cuero de la tapicería roto, y los muelles que asomaban por ella.

—¿Qué clase de coche es? —preguntó.

—Me temo que es mestizo —dijo Lin-Su—. Lo ha montado un mecánico en China, y me lo ha enviado luego mediante cierta cantidad de dinero. Es en parte Ford y en parte Citroen. Y creo que puede tener también algunas piezas de un Morris.

—¿Y qué demonios hace usted para repararlo?

—A eso sí puedo contestarle. Espero con toda mi alma que no se estropee nunca. —El chino se echó a reír, y le entregó unas llaves a Indy—. Y hasta ahora ha resultado de fiar. Lo que no es poco, porque las carreteras son malísimas.

—Háblame de las carreteras de Patán.

—Malas. Pero, con un poco de suerte, se librará de la nieve. Siga la ruta que he señalado yo en el mapa. Por ahí irá seguro.

—No puedo agradecérselo lo bastante —dijo Indy.

—¿No va a quedarse a pasar la noche?

—Me temo que no.

Lin-Su sonrió.

—Tiene… ¿cómo dicen ustedes? ¡Ah, sí! Una fecha tope.

—Eso es. Tengo una fecha tope.

—Americanos —dijo Lin-Su—. Siempre tienen fechas tope. Y siempre tienen úlceras.

—Ulcera todavía no —contestó Indy, y abrió la puerta del coche. Crujía de mala manera.

—El embrague va duro —dijo Lin-Su—. Y el volante no vale gran cosa. Pero le llevará a su destino, y volverá a traerle.

Indy dejó su bolsa en el asiento de atrás.

—¿Qué más puede pedírsele a un coche?

—Buena suerte, In-di-an-a.

Tal como lo pronunciaba Lin-Su, sonaba a nombre chino.

Se dieron la mano, y luego Indy cerró la puerta del coche. Metió la llave, escuchó el gemido del motor, y vio que el coche arrancaba. Dijo adiós con la mano al chino, que iba ya calle abajo, radiante, como si se sintiera orgulloso de dejar su coche a un americano. Indy miró el mapa, con la esperanza de que fuera exacto, porque desde luego no podía contar con que hubiera señales de carretera en un sitio como aquél.

Llevaba varias horas conduciendo por las carreteras llenas de baches que había señalado Lin-Su en el mapa, sintiendo, cuando se hizo de noche, la presencia de las montañas que se levantaban amenazadoras como fantasmas. Se alegraba de no poder ver los precipicios que había debajo de él. En algunos momentos, cuando la carretera estaba bloqueada por la nieve, tenía que pasar muy despacio, salir a veces del coche, y retirar toda la nieve que podía para abrirse paso. Un lugar desolado. Más inhóspito que todo lo que pudiera imaginarse. Indy pensaba en lo que sería vivir allí, en medio de un invierno que parecía interminable. El techo del mundo, decían. Y no costaba trabajo creerlo, pero era un techo de lo más solitario. Lin-Su podía aguantarlo, pero es que probablemente no era mal sitio para un chino que tenía allí sus negocios, importación y exportación de mercancías, a veces de naturaleza muy dudosa. Nepal, el sitio por donde pasaba todo el contrabando del mundo, ya fueran objetos de arte robados, antigüedades o narcóticos. El sitio donde las autoridades eran oficialmente ciegas y estaban siempre con las manos extendidas, esperando que se las untaran.

Indy conducía medio dormido, bostezando, y con ganas de poder tomar un café que le ayudara a seguir tirando. Kilómetros y kilómetros oyendo crujir los muelles del coche, y el chapoteo de los neumáticos en la nieve. Y luego, de repente, antes de que pudiera consultar el mapa, se encontró en las afueras de una ciudad, una ciudad que no tenía indicación ni nombre ninguno. Apartó el coche a un lado de la carretera y abrió el mapa. Encendió la luz, y comprendió que tenía que haber llegado a Patán,

porque en el mapa de Lin-Su no figuraba ningún otro sitio que mereciera señalarse. Atravesó despacio las afueras de la ciudad, donde no había más que chozas miserables, casuchas de adobe sin ventanas. Y luego llegó a lo que parecía la calle principal, una calle estrecha, poco más que un callejón, con tiendas diminutas y pasadizos siniestros que se perdían en las sombras. Paró el coche y miró a su alrededor. Una calle bien extraña, demasiado silenciosa hasta cierto punto.

Indy se dio cuenta de que venía otro coche detrás. Pasó por su lado, hizo un viraje, como para evitarle, y volvió a coger velocidad. Al verlo desaparecer, Indy recordó que era el único coche que había visto en todo el camino.

Vaya un sitio dejado de la mano de Dios, pensó, el que ha ido a elegir Ravenwood. ¿Cómo podía parar allí nadie?

Apareció alguien en la calle, alguien que venía hacia él. Era un hombre alto, con una chaqueta de piel, que iba dando tumbos de un lado a otro, como un borracho. Indy se bajó del coche, y esperó a que el de la chaqueta de piel llegara hasta donde estaba él para hablarle. El aliento le olía tanto a vino, que Indy tuvo que apartar la cara.

El hombre, como si esperara que le atacasen, se retiró también unos pasos. Indy extendió los brazos, con las palmas de las manos hacia arriba, en un gesto claramente inofensivo. Pero el hombre no se acercó. Miraba con desconfianza a Indy. Parecía un mestizo, la forma de los ojos hacía pensar en un oriental, pero tenía unos pómulos salientes que indicaban un origen eslavo. Vamos a probar alguna lengua, pensó Indy. Empecemos por el inglés.

—Estoy buscando a Ravenwood —dijo. Y en seguida pensó: esto es absurdo, en plena noche, en un lugar desierto, y buscando a una persona en un idioma que lo más probable es que no quiera decir nada—. Un hombre que se llama Ravenwood.

El hombre se quedó mirándole, sin entender nada. Abrió la boca.

—¿Conoce. Usted. A alguien. Llamado. Ravenwood? —Bien despacio. Como si estuviera hablando con un idiota.

—¿Raven-wood? —dijo el hombre.

—Acertaste, amigo —contestó Indy.

—Raven-wood. —El hombre parecía saborear la palabra, como si fuera un dulce de sabor exótico.

—Sí, eso es. Y estoy viendo que nos vamos a pasar aquí la noche —dijo Indy, desanimado, y sintiendo un terrible cansancio.

—Ravenwood.

El hombre sonrió, dio media vuelta, y señaló un punto de la calle, Indy miró en esa dirección y vio una luz a lo lejos. El hombre cerró un poco la mano, y se la llevó a la boca, como si bebiera. *Ravenwood*, repetía una y otra vez, sin dejar de señalar. Empezó a mover la cabeza con fuerza. Indy comprendió que tenía que ir al sitio

donde estaba la luz.

—Muy agradecido —dijo.

—Ravenwood —seguía diciendo el hombre.

—Sí, muy bien, muy bien.

Indy fue hacia el coche. Siguió calle abajo, se paró delante de la luz que había señalado el hombre, y sólo entonces comprendió que era una taberna, y una taberna que contra todo lo que pudiera esperarse tenía un letrero en inglés: the rayen (El Cuervo). The Raven, pensó Indy. Aquél tío se había equivocado. Estaba borracho y no lo había entendido. Pero si era el único tugurio abierto que había en aquel pueblo, podía entrar y ver si había alguien que pudiera saber algo. Se bajó del coche, y oyó el ruido que salía de la taberna, el jolgorio que podía esperarse de un grupo de bebedores que ha dedicado varias horas a la tarea de hacerse polvo. Era un ruido que le gustaba, al que estaba acostumbrado, y nada le habría complacido más que poder unirse a los juerguistas. Huy, huy, se dijo. No has hecho un viaje tan largo para emborracharte como un turista perdido que quiere conocer los bajos fondos de la localidad. Has venido aquí para algo. Para algo que sabes muy bien.

Se acercó a la puerta. En tus buenos tiempos ya has estado en sitios bien endemoniados, se dijo. Pero éste es seguro que se lleva la palma. Lo que vio ante sí al entrar en la taberna fue una extraña colección de borrachos y una disparatada mezcolanza de razas. Era como si alguien hubiera cogido un cucharón, lo hubiera metido en una tinaja llena de los más variados tipos étnicos, y hubiera ido a derramarla en la oscuridad de aquel páramo solitario. *Realmente*, éste se lleva el premio, pensó Indy, riéndose para sus adentros. Guías sherpas, nepaleses, mongoles, chinos, indios, montañeros barbudos, que en aquella situación parecían haberse caído de una escalera, y otra serie de tipos furtivos cuyo origen no era posible establecer. Esto es el Nepal, pensó, y éstos son los que dirigen todo el tráfico internacional de narcóticos, contrabandistas, bandidos. Indy cerró la puerta, y vio un gran cuervo disecado, con las alas extendidas, colocado detrás del mostrador de la taberna. Un siniestro recordatorio, pensó. Y hubo algo más que empezó a inquietarle, la extraña semejanza entre el nombre de Abner y el nombre de la taberna. ¿Pura coincidencia? Avanzó hacia el interior del local, que olía a sudor, a alcohol y a humo de tabaco. Notó también en el aire el perfume dulce y aromático del hachís.

Algo estaban celebrando junto al mostrador, donde se había reunido la mayor parte de la clientela. Debía de ser una apuesta. Había una serie de vasos alineados, y un hombre alto, que hablaba con acento australiano, se apoyaba inseguro en el mostrador y alargaba la mano para buscar a tientas su próximo trago.

Indy se acercó. Sí, una apuesta a ver quién bebía más. Y pensó quién podría ser el que competía con el australiano. Se abrió paso, para poder verle.

Cuando le vio, cuando reconoció al competidor, sintió un mareo, algo que le

atenazaba el pecho, un dolor agudo, como una puñalada. Y por unos segundos el paso del tiempo pareció trastornarse, cambiar como en un paisaje pintado hace muchos años pero que se conserva intacto.

Una ilusión. Un espejismo. Meneó la cabeza, como si ese movimiento pudiera volverle a la realidad.

Marion.

Marion, pensó.

El pelo oscuro que le caía sobre los hombros en grandes ondas; los mismos grandes ojos castaños e inteligentes, que miraban el mundo con un ligero escepticismo, una incredulidad hacia lo que se consideraba el comportamiento humano, ojos que siempre parecían ver dentro de ti, como si te penetrasen hasta el alma; la boca, quizá la boca era lo único un poco distinto, algo más dura, y el cuerpo un poco más lleno. Pero era Marion, la Marion que él recordaba.

Y allí estaba, metida en una prueba de resistencia con un oso australiano. Se quedó mirándola, sin atreverse a avanzar, mientras la multitud hacía sus apuestas. Hasta al espectador más inocente le hubiera parecido muy difícil que una mujer, que ni siquiera era muy alta, pudiera aguantar más que el australiano. Pero estaba trasegando vasos, desafiando al hombre mano a mano.

Sintió que algo dentro de él, algo que tenía muy arraigado, se ablandaba de repente. Quería sacarla de aquel manicomio. No, se dijo. Ya no es una niña, ahora ya no es la hija de Abner, ahora es una mujer, una mujer muy guapa. Y sabe lo que está haciendo. Sabe tener cuidado de sí misma, incluso aquí, en medio de esta mezcla de degenerados, bandidos y bebedores. Marion se bebió otro vaso. La multitud rugió. Cayó más dinero sobre el mostrador, y hubo nuevos alaridos. El australiano se tambaleó, intentó alcanzar un vaso, no pudo hacerlo, y se desplomó hacia atrás como un árbol talado. Indy estaba impresionado. Vio que ella se echaba el pelo para atrás, cogía el dinero del mostrador y daba voces en nepalés a los bebedores. Aunque no conocía la lengua, por el tono de su voz se comprendía que estaba diciéndoles que la diversión había terminado. Pero quedaba todavía un vaso en el mostrador, y ellos no estaban dispuestos a moverse mientras no se lo bebiera.

Ella los miró, y luego dijo: «*¡Zánganos!*». Y se bebió el último vaso de un trago. La turba volvió a gritar, Marion levantó los brazos en alto, y los hombres empezaron a dispersarse, y a ir de mala gana hacia la puerta. El encargado de la taberna, un nepalés alto, para asegurarse de que salían, los acompañaba hasta la calle. Llevaba un hacha en la mano. En un tugurio como éste, pensó Indy, es posible que haga falta algo más que un hacha para decir que es la hora de cerrar.

Los últimos rezagados ya estaban fuera, y la taberna había quedado vacía.

Marion se metió detrás del mostrador, alzó la cabeza y miró a Indy.

—¿No me ha oído? ¿Está sordo o qué le pasa? Es hora de cerrar. ¿Comprende?

¿Bairra chuh kayho?

Se acercó a él y, al darse cuenta de quién era, se detuvo.

—Hola, Marion.

Ella no se movió.

Seguía mirándole nada más.

Él trataba de verla tal como era ahora, de no acordarse de cómo era antes, pero le resultaba difícil. Volvió a tener la misma sensación de hacía un rato, pero esta vez en la garganta, como si tuviera algo atravesado allí.

—Hola, Marion —dijo otra vez, y se sentó en un taburete.

Hubo un momento en que creyó ver cierta emoción en sus ojos, algo que aún se conservaba en su mirada, pero lo que hizo después le dejó asombrado. Cerró el puño, movió el brazo con gran rapidez y le pegó un buen puñetazo en la mandíbula. Atontado, cayó del taburete, y se quedó en el suelo, mirándola.

—Me alegro mucho de verte —dijo, frotándose la mejilla y sonriendo.

—Levántate y vete.

—Espera, Marion.

Estaba de pie delante de él.

—Puedo repetirlo con toda facilidad —dijo, y volvió a cerrar el puño.

—Me apuesto lo que quieras —dijo.

Se puso de rodillas. Le dolía la mandíbula espantosamente. ¿Dónde habrá aprendido a pegar de esa manera? Claro que si vamos a eso, ¿dónde habrá aprendido a beber tan bien? *Sorpresa, sorpresa*, pensó. *La niña se convierte en mujer, y la mujer resulta una fiera*.

—No tengo nada que decirte.

Se puso de pie, y se sacudió el polvo del traje.

—Muy bien, muy bien —dijo—. Es posible que no quieras hablar conmigo. Eso sí que puedo entenderlo.

—Eres muy listo.

Ésa amargura, pensó Indy. ¿Merecía él tanta amargura? A lo mejor sí que se la merecía.

—He venido a ver a tu padre.

—Pues llegas con dos años de retraso.

Indy no perdía de vista al nepalés, que estaba acariciando su hacha. Un temible sujeto.

—Ya está bien, Mohán. Puedo arreglármelas sola. —Señaló despectivamente a Indy, y añadió—: Vete a casa.

Mohán dejó el hacha en el mostrador. Se encogió de hombros, y se fue.

—¿Qué quieres decir con eso de que llego con dos años de retraso? ¿Qué le ha pasado a Abner?

Por primera vez. Marion se dulcificó un poco. Dio un suspiro, como si quisiera descargar alguna pena.

—¿Qué voy a querer decir? Se lo llevó un alud. ¿Qué otra cosa iba a poder con él? Era lo más apropiado, se había pasado toda su maldita vida cavando. Por lo que yo sé, debe de estar todavía en la ladera de esa montaña, conservado en la nieve.

Se apartó de él y se sirvió una copa. Indy volvió a sentarse en el taburete. *Abner muerto*. Era inconcebible. Tuvo la sensación de que le habían dado otro golpe.

—Estaba convencido de que su amada Arca se había quedado por ahí, a medio camino de alguna montaña.

Marion tomó un trago. Él veía que algo de su dureza, algo de la corteza exterior empezaba a resquebrajarse. Pero luchaba por evitarlo, luchaba porque no apareciera su debilidad.

—Cuando era una cría, me arrastró con él por medio mundo por culpa de sus dichosas excavaciones. Y luego va y desaparece, sin dejarme ni un céntimo. ¿Adivinas lo que tuve que hacer para vivir, Jones? Trabajé aquí. Y no era precisamente la dueña, ¿comprendes?

Indy la miró. Le hubiera gustado saber qué era lo que sentía en aquel momento, qué clase de extrañas sensaciones eran las que se agitaban dentro de él. Le resultaban desconocidas, ajenas. Ahora, de repente, la encontraba sumamente frágil. Y sumamente guapa.

—El tipo que tenía la taberna se volvió loco. Aquí, más pronto o más tarde, *todo el mundo* se vuelve loco. Así es que cuando se lo llevaron, ¿te figuras lo que pasó? Que me había dejado esto. Todo para mí para el resto de mis días. ¿Puedes imaginarte una maldición peor?

Era demasiado para poder absorberlo, demasiado para tragarlo de una sola vez. Indy quería decir algo que pudiera servirle de consuelo. Pero sabía que no iba a encontrar las palabras.

—Lo siento —dijo.

—Gran cosa.

—Lo siento mucho.

—Creí que estaba enamorada de ti. Y ya ves lo que hiciste con tan maravillosa idea.

—No tenía intención de herirte.

—Era una niña.

—Mira, hice lo que hice. No estoy contento de haberlo hecho, no puedo explicarlo. Y tampoco espero que tú estés contenta.

—Hiciste mal, Indiana Jones. Y sabías que hacías mal.

Indy se quedó callado, pensando cómo podía uno disculparse por cosas que ya habían pasado.

—Si pudiera dar marcha atrás diez años, si pudiera deshacer todo ese maldito asunto, créeme, Marion, que lo haría.

—Sabía que ibas a entrar por esa puerta algún día. No me preguntes por qué. Pero lo sabía.

Indy puso las manos en el mostrador.

—¿Y por qué no te volviste a América?

—Cuestión de dinero. Pura y simplemente. Quiero volver un poco bien —dijo.

—A lo mejor puedo ayudarte. A lo mejor puedo empezar a servirte de algo.

—¿*Para eso* has vuelto?

Dijo que no con la cabeza.

—Necesito una de las piezas que creo tenía tu padre.

La mano derecha de Marion volvió a dispararse, pero esta vez Indy estaba preparado y la agarró por la muñeca.

—Hijo de perra, me gustaría que dejases en paz a ese viejo loco. Bien sabe Dios que ya le hiciste bastante daño mientras estaba vivo.

—Pagaré —dijo Indy.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente para que puedas volver a América satisfecha, desde luego.

—¿Sí? La pena es que he vendido todas sus cosas. Basura. Nada más que eso. Malgastó toda su vida en basuras.

—¿Todo? ¿Lo vendiste todo?

—Pareces desilusionado. ¿Qué tal le sienta a uno *eso*, señor Jones?

Indy sonrió. Hasta cierto punto, se alegraba de que ella tuviera ese momento de triunfo. Y luego pensó si sería verdad que había vendido todas las cosas de Abner, y si realmente valdrían tan poco.

—Me gusta verte triste. Te invitaré a una copa. ¿Qué quieres?

—Agua de seltz —dijo él, dando un suspiro.

—¿Seltz? ¡Caramba!, los tiempos han cambiado, Indiana Jones. Yo prefiero el whisky. Me gustan el bourbon, y la vodka, y también la ginebra. Lo que no me atrae mucho es el coñac. Ya he pasado de eso.

—Tienes mucho aguante ahora, ¿no?

Ella sonrió.

—Chico, esto no es precisamente Schenectady.

Indy volvió a frotarse la mejilla. De repente se sentía cansado de aquel intercambio de ataques.

—¿Cuántas veces voy a tener que decirte que lo siento? ¿Crees que podrás llegar a sentirte satisfecha?

Le acercó un vaso de soda, y él se lo bebió, haciendo un gesto de desagrado. Marion apoyó los codos en el mostrador.

—Puedes pagar en efectivo, ¿no?

—Sí.

—Dime qué es eso que estás buscando. ¿Quién sabe? A lo mejor puedo encontrar al tipo a quien se lo vendí.

—Es una pieza de bronce en forma de sol. Tiene un agujero, no exactamente en el centro. Y un cristal rojo. Corresponde al remate del báculo. ¿Te suena?

—Quizá. ¿Cuánto?

—Tres mil dólares.

—No es bastante.

—Bueno. Puedo llegar hasta cinco. Y cobrarás más cuando vuelvas a América.

—Parece un asunto importante.

—Podría serlo.

—¿Me das tu palabra?

Indy asintió con la cabeza.

—Ya me la diste otra vez, Indy. La última vez que nos vimos me dijiste que volverías, ¿te acuerdas?

—He vuelto.

—Tan hijo de perra como siempre.

Estuvo un momento callada, moviéndose junto al mostrador, y luego se acercó a él.

—Dame ahora cinco de los grandes y vuelve mañana.

—¿Por qué mañana?

—Porque lo digo yo. Porque ya es hora de que empiece a tomar algunas medidas en lo que a ti se refiere.

Sacó el dinero y se lo dio.

—Bueno. Confío en ti.

—Eres un idiota.

—Sí. Ya me lo han dicho.

Se bajó del taburete. No sabía dónde iba a pasar la noche. Suponía que encima de un montón de nieve, si Marion no cambiaba de idea. Se dispuso a salir.

—Haz una cosa por mí —dijo ella.

Se volvió para mirarla.

—Bésame.

—¿Qué te bese?

—Sí, venga. Refréscame la memoria.

—¿Y si no quiero?

—Entonces no vuelvas mañana.

Indy se echó a reír. Se inclinó hacia ella, sorprendido por la ansiedad que sentía, por el inesperado apasionamiento del beso, por la forma en que ella le agarraba del

pelo, le obligaba a separar los labios con la lengua, y la introducía suavemente hasta el paladar. El beso de la niña era una cosa ya olvidada, éste era un beso distinto, el beso de una mujer que ha aprendido a hacer el amor.

Se apartó de él, sonrió, y cogió su copa.

—Ahora, sal de aquí, y vete al infierno.

Vio que se iba y que cerraba la puerta. Durante un rato, no se movió. Luego se quitó el pañuelo que llevaba al cuello. Tenía una cadena colgada sobre el pecho. Tiró de ella, y sacó un medallón de bronce en forma de sol, con un cristal en el centro.

Se puso a frotarlo, pensativa, con el índice y el pulgar.

Indy iba tiritando de frío al dirigirse al coche. Se metió en él y estuvo allí un rato. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Estar dando vueltas en aquel agujero hasta el día siguiente? No era probable que encontrase en Patán un hotel de tres estrellas, y no le hacía ninguna gracia tener que dormir en el coche. Amanecería congelado, hecho un polo. A lo mejor, pensó, si espero un poco, se suaviza y puedo volver a entrar; a lo mejor puede demostrarme algo de esa hospitalidad que se supone suelen tener los hosteleros. Se llevó las manos a la boca y sopló en ellas para calentárselas; luego puso el coche en marcha. El volante estaba tan helado que daba miedo tocarlo.

Indy arrancó despacio.

No vio la sombra que estaba junto a una puerta al otro lado de la calle, la sombra de un hombre que había subido al DC-3 en Shanghai, un hombre que se llamaba Toht, y que había sido enviado a Patán por la Colección de Antigüedades Especiales del Tercer Reich. Cruzó la calle, en compañía de sus ayudantes: un asesino alemán que tenía un parche en un ojo, un nepalés con chaqueta de piel y un mongol que llevaba un fusil automático como si cualquier cosa que se moviera delante de él fuera a convertirse inmediatamente en un blanco.

Se pararon delante de la puerta de El Cuervo, viendo cómo se alejaba el coche de Indiana Jones entre el brillo de las luces de los pilotos.

Marion estaba pensativa delante del fuego, con un atizador en la mano. Daba golpes a los carbones medio apagados y, de repente, a pesar de que no quería hacerlo, y a pesar de que lo consideraba una debilidad, se puso a llorar. Ése condenado de Jones. Diez años por ahí, diez malditos años, y ahora aparece otra vez en mi vida con más promesas de las suyas. Y luego se olvidó de esos diez años, el tiempo voló como las páginas de un libro, y empezó a acordarse de lo que había sido antes, cuando ella tenía quince años y creía que estaba enamorada del arqueólogo joven y guapo, el hombre contra quien le había prevenido su padre. «No vas a sacar más que disgustos, aunque puedas olvidarlo con el tiempo». La primera parte había resultado verdad, pero la segunda no. A lo mejor lo que sí era verdad era todo eso que decían de que nunca puedes olvidar al primer hombre, a tu primer amor. Y desde luego ella nunca había olvidado aquella delicia, aquel temblor, aquella sensación de que podía morirse

sólo de pensar en lo que iba a ser el beso, el abrazo. Nada había podido llegar a aquella exaltación de los sentidos, aquella sensación de estar flotando en el aire como si no tuviera cuerpo, como si fuera a transparentarse si la ponían a la luz.

Pensó que era una estúpida por ponerse a llorar, sólo porque el señor arqueólogo había entrado tan ufano por la puerta. Que se vaya al infierno. Lo único que tiene ahora es el dinero.

Se acercó al mostrador. Se quitó la cadena del cuello, y dejó el medallón allí encima. Recogió el dinero que había dejado Indy, buscó una caja pequeña de madera, y lo metió en ella. Estaba todavía mirando el medallón, medio oculto bajo el cuerpo del cuervo disecado, cuando oyó un ruido en la puerta. Vio que entraban cuatro hombres y comprendió en seguida que allí iba a haber jaleo, y que el jaleo, como siempre, lo había traído Indiana Jones. ¿En qué demonios de lío me habrá metido?, pensó.

—Ya hemos cerrado. Lo siento.

El de la gabardina, que tenía la cara como una navaja barbera, sonrió.

—No hemos venido a tomar nada —dijo, con un marcado acento alemán.

Miró luego a los acompañantes del de la cara de navaja, el nepalés y el mongol (Santo Dios, lleva un fusil automático), que andaban por la taberna. Se acordó del medallón, que estaba encima del mostrador. El tipo del parche en el ojo pasó muy cerca de él.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó.

—Pues la misma cosa que anda buscando su amigo Indiana Jones —dijo el alemán—. Estoy seguro de que le ha hablado de ello.

—Pues no, lo siento.

—¡Ah!, entonces es que ya lo tiene.

—Creo que no le entiendo.

El hombre se sentó, después de levantar la gabardina.

—Perdone que no me haya presentado. Toht. Arnold Toht. ¿Preguntó Jones por cierto medallón?

—A lo mejor lo ha hecho… —Estaba pensando si le daría tiempo de coger la pistola que tenía en el estante, detrás del cuervo.

—No juegue a hacer el tonto conmigo —dijo Toht.

—Muy bien. Él va a volver mañana. ¿Por qué no viene usted también y podemos organizar una subasta, si es que le interesa *tanto*?

Toht movió la cabeza.

—Me temo que no. Yo quiero tenerlo esta misma noche, *Fräulein*.

Se levantó, se inclinó sobre el fuego, y sacó el atizador de entre las brasas.

Marion intentó fingir que bostezaba.

—No lo tengo. Vuelva mañana. Estoy cansada.

—Siento que esté cansada. Pero a pesar de eso…

Hizo una señal con la cabeza. El mongol agarró a Marion por detrás, y le puso los brazos a la espalda, mientras Toht sacaba el hierro del fuego e iba hacia ella.

—Creo que ya sé lo que quiere —dijo ella—. Mire, podemos entendernos.

—Estoy seguro, estoy seguro.

Toht dejó escapar un suspiro, como si fuera un hombre cansado de la violencia, pero el suspiro era engañoso. Avanzó hacia ella, y le puso el hierro junto a la cara. Notaba el calor en la piel. Volvió la cara hacia un lado, y luchó por soltarse de las manos del mongol, pero era un hombre demasiado fuerte…

—Espere, le diré dónde está.

—Hija mía, eso ya ha tenido ocasión de hacerlo.

Un sádico de la vieja escuela, pensó. El medallón no le importa un pimiento, lo único que le importa es ver la señal del hierro en mi cara. Intentó otra vez soltarse, pero fue inútil. Bueno, ya lo he perdido todo, tampoco va a importar mucho que me estropeen la cara. Trató de morder al hombre en el brazo, pero él le dio una bofetada, un golpe con su mano abierta que olía a cera.

Ella miraba fijamente el hierro.

Demasiado cerca. A doce, diez, ocho centímetros.

El apestoso olor del hierro candente.

Y luego…

Luego todo ocurrió con tanta rapidez que apenas pudo darse cuenta, fue una sucesión de movimientos que se le antojaban borrosos, como un dibujo hecho a tinta que dejaras expuesto a la lluvia. Oyó un chasquido, un golpe fuerte, y vio que la mano del alemán se levantaba, que el atizador volaba por los aires, se estrellaba contra la ventana, y empezaba a prender fuego a las cortinas. Notó que el mongol la soltaba, y entonces se dio cuenta de que había vuelto Indiana Jones y estaba en la puerta, con su famoso látigo en una mano y una pistola en la otra. Indiana Jones, llegando igual que la caballería en el último minuto. *¿De dónde diablos has salido*?, le apetecía gritar. Pero lo que tenía que hacer era moverse, tenía que moverse, el bar era un puro estruendo, el aire estaba tan cargado como la atmósfera en un día de tormenta. Corrió hacia el mostrador, y cogió una botella, en el mismo momento en que Toht disparaba contra ella, pero no la alcanzó, y Marion rodó por el suelo, entre un estrépito de cristales rotos. Disparos, un tiroteo ensordecedor que se le clavaba en los oídos.

El mongol levantó su fusil. Está apuntando a Indy, directamente a Indy. Tengo que darle un golpe con algo, pensó. Cogió instintivamente el hacha del encargado de la taberna y, con todas sus fuerzas, le dio un golpe en la cabeza al mongol, que cayó al suelo. Pero había alguien más en el bar, alguien que había entrado haciendo pedazos la puerta, como si fuera de cartón, y ella le reconoció en seguida, era un

sherpa, uno de los de allí, un hombre gigantesco a quien cualquiera podía comprar por un par de tragos. Entró como un torbellino, agarró a Indy por detrás y le tiró al suelo.

Y entonces Toht empezó a gritar:

—¡Dispara, mátalos a los dos!

El del parche volvió a la vida al oír la orden de Toht. Tenía una pistola en la mano, y no había duda de que iba a seguir la orden al pie de la letra. Mientras ella se sentía morir de miedo, se produjo un nuevo suceso: como si se hubieran puesto de acuerdo para sobrevivir, Indy y el sherpa se lanzaron al mismo tiempo sobre la pistola que estaba en el suelo. Apuntaron al asaltante, y el arma se disparó y fue a darle en la garganta, lanzándole al otro lado del bar. Dio unos pasos hacia atrás, hasta quedar apoyado contra el mostrador, con una expresión en la cara que hacía pensar en un pirata condenado al suplicio en una gran borrachera.

Y luego la lucha volvió a empezar, la misteriosa tregua entre una reunión de fuerzas tan antinatural había llegado a su fin. La pistola había escapado de las manos de Indy y del sherpa, y los dos rodaban por el suelo, tratando de agarrar la escurridiza arma. Pero ahora Toht podía hacer blanco sobre Indiana. Marion cogió el fusil automático que se le había caído al mongol, e intentó ver cómo funcionaba. ¡Cómo va a funcionar, pensó, si no es dándole al gatillo! Abrió fuego, pero el arma rebotaba como loca. Los tiros pasaron silbando sobre la cabeza de Toht. Y entonces vio que las llamas de las cortinas se extendían al resto del bar. Ésta pelea no va a ganarla nadie. El fuego es lo único que va a terminar con ella.

Se dio cuenta de que Toht estaba agazapado junto al mostrador, mientras las llamas estallaban a su alrededor, quemándolo todo. Lo ha visto. Ha visto el medallón. Vio que alargaba la mano hacia él, la expresión de alegría en su cara, y que de repente empezaba a gritar, porque el medallón le había quemado la mano, le había dejado estampados en ella su forma y sus viejos signos. El dolor le obligó a soltarlo, y corrió hacia la puerta, tambaleándose, con la mano encogida. Indy seguía luchando con el sherpa, y el nepalés andaba alrededor de ellos, en espera de poder pegarle un tiro a Indy. Marion intentó disparar con el fusil, pero estaba ya descargado. Se acordó de la pistola. La pistola que había detrás del cuervo. Mientras las botellas estallaban como cócteles molotov, se abrió paso entre las llamas para ir a cogerla, y apuntó con ella al nepalés. Un buen tiro, pensó. Un tiro certero.

Pero aquel tipo no paraba quieto un momento.

El humo la cegaba, la ahogaba.

Indy le había dado una patada al sherpa, se había apartado de él, y el nepalés tenía a tiro su cabeza. ¡Ahora, ahora!

Apretó el gatillo.

El nepalés se levantó por los aires, cayó hacia atrás al recibir el disparo. Entre el

humo y las llamas, Indy miró a Marion, sonriente.

Recogió su látigo y su sombrero, y gritó:

—¡Salgamos de este infierno!

—Pero después de haber cogido lo que querías.

—¿Está aquí?

Marion dio una patada a una silla ardiendo. Una viga del techo, en medio de una espectacular llamarada, cayó al suelo, lanzando chispas y cenizas.

—¡Déjalo! —dijo Indy—. Lo que quiero es que salgas de aquí.

Pero Marion corrió hacia el sitio donde Toht había dejado caer el medallón. Tosía, hacía esfuerzos por no respirar, y tenía los ojos doloridos y llenos de lágrimas a causa del humo, pero se *agachó*, recogió el medallón y lo envolvió en el pañuelo que llevaba al cuello. Luego fue a buscar la caja de madera del dinero.

¡Increíble! Estaba hecha cenizas. Cinco de los grandes convertidos en humo.

Indiana Jones la agarró de la muñeca y la arrastró hacia la puerta.

—¡Vámonos, Vámonos!

Salieron al frío de la noche en el mismo momento en que la taberna empezaba a derrumbarse, mientras el humo y el fuego se elevaban en la oscuridad, como un alarde de fuerza destructivo. Cenizas, brasas y maderas ardiendo volaban del tejado en llamas hacia la luna.

Indy y Marion, desde el otro lado de la calle, estaban mirándolo.

Se dio cuenta de que la mano de Indy todavía tenía agarrada su muñeca. Ésa mano. Hacía ya tanto tiempo, habían pasado tantos años, pero al recordar el contacto, el roce de su piel contra la de ella, quiso apartar esa sensación. Retiró la mano y se alejó un poco.

Se puso otra vez a contemplar el incendio, y durante un rato no dijo nada. Las maderas chisporroteaban y crujían como un cerdo puesto a chamuscar en un espetón.

—Creo que estás en deuda conmigo —dijo por fin—. Creo que es mucho lo que me debes.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, esto —dijo Marion, y sacó el medallón—. Soy su socia, señor. Porque este aparato es todavía de mi propiedad.

—¿Socia?

—Eso es.

Los dos se quedaron un rato mirando el fuego, sin que ninguno de ellos se diera cuenta de que Arnold Toht se escabullía por las callejuelas que salían de la calle principal, como una rata que escapa por un laberinto.

Ya dentro del coche, Marion preguntó:

—¿Y ahora, qué?

Indy tardó un poco en contestar:

—Egipto.

—¿Egipto? —Marion le miró, mientras el coche corría ya en la oscuridad—. Me llevas a los lugares más exóticos.

Se distinguían ya las siluetas de las montañas; la luna asomaba entre las nubes. Indy miraba cómo se dispersaban. Y de repente tuvo un sobresalto, una sensación extraña al oír reír a Marion.

—¿De qué te ríes?

—De ti. De ti y de tu látigo.

—No te rías de él, niña. Te salvó la vida.

—Cuando te vi, no podía creerlo. Me había olvidado de tu bendito látigo. Y ahora me acuerdo de lo que practicabas con él todos los días. Aquéllas botellas puestas en la pared y tú, delante de ellas, con el látigo. —Empezó a reírse otra vez.

Toda una historia, pensó Indy. Recordó la fascinación que siempre había tenido para él el látigo desde que vio a un hombre que lo manejaba en un circo ambulante, cuando tenía siete años. Se había quedado pasmado al ver las cosas que hacía con él. Y luego todas aquellas horas de práctica, un entusiasmo que nadie, ni siquiera él mismo, podría explicar.

—¿Vas alguna vez a una sitio sin llevarlo? —preguntó Marion.

—No lo llevo nunca a clase cuando tengo que dar una lección.

—Apuesto a que duermes con él.

—Bueno, eso depende.

Marion estuvo un momento callada, mirando las montañas del Himalaya en la noche. Luego preguntó:

—¿Depende de qué?

—Adivínalo.

—Me parece que ya lo he adivinado.

Indy la miró, y luego volvió a fijar los ojos en los baches de la carretera.

6

LAS EXCAVACIONES DE TANIS, EGIPTO

Un sol que abrasaba la arena, que caía como fuego sobre el desierto, de un lado a otro del horizonte. En un sitio como éste, pensó Belloq, no es difícil imaginarse el mundo como un yermo escaldado, un planeta sin vegetación, sin edificios, sin gente. Sin *gente*. Había algo en esa idea que le agradaba. Siempre había visto que la traición era la moneda más corriente entre los seres humanos y, en vista de eso, se había dedicado a traficar con ella también. Y, si no era la traición lo que mejor entendía la gente, entonces era la violencia. Se cubrió los ojos para protegerse del sol, y se acercó a ver las excavaciones que se estaban haciendo. Una excavación bien hecha, claro que así era como les gustaba hacer las cosas a los alemanes. Una cosa bien hecha, sin adornos superfluos. Metió las manos en los bolsillos, y se puso a mirar los camiones y las excavadoras, a contemplar a los obreros árabes, y a los supervisores alemanes. Y al tonto de Dietrich, que parecía imaginarse ser el amo de todo aquello, dando órdenes, y yendo de un lado a otro, como perseguido por un torbellino.

Se paró, y siguió mirando, pero sin ver realmente, como absorto en alguna otra cosa. Se acordaba de la reunión con el Führer, y de lo inaguantable que había estado el hombre-bajito. *Entiendo que es usted el primer experto del mundo en esta materia, y yo quiero lo mejor*. Insoportable e ignorante. Falsos cumplidos que acababan en desvaríos de retórica teutónica, los mil años del Reich, todo el grandioso tinglado histórico que sólo la cabeza de un lunático podía concebir. Belloq, al cabo de un rato, había dejado de escucharle, y se había limitado a mirar con asombro al Führer, espantado de que el destino de un país pudiera ir a caer en semejantes manos. *Quiero el Arca, por supuesto. El Arca pertenece al Reich. Una cosa tan antigua, le pertenece a Alemania*.

Belloq cerró los ojos ante el implacable sol. Oía el ruido de las excavaciones, las voces de los alemanes y, de cuando en cuando, las de los árabes. El Arca, pensó. El Arca no pertenece a ningún hombre, a ningún país, a ninguna época. Pero sus secretos son míos, si es que tiene algún secreto. Abrió de nuevo los ojos, y se puso a mirar los trabajos, el gran cráter abierto en la arena, y sintió como un temblor especial, tuvo la intuición de que el gran premio andaba cerca. Lo sentía, notaba su fuerza, podía oír el susurro que pronto se convertiría en un ruido atronador. Sacó las manos de los bolsillos, y se quedó mirando el medallón que tenía en la palma de una de ellas. Y lo que sintió al contemplarlo fue una curiosa obsesión… y el miedo de que

pudiera acabar por rendirse a ella. Deseas con toda tu alma una cosa durante mucho tiempo, como él había deseado el Arca, y empiezas a sentir el filo de una locura que es casi… ¿casi qué?

Divina.

Quizá fuera ésa la locura de los santos y de los fanáticos.

Una visión tan aterradora que toda realidad palidecía ante ella.

Una sensación de poder tan imposible de expresar, tan cósmica, que la débil estructura de lo que uno supone es el mundo real se rompía, se desintegraba, y tú te quedabas con un conocimiento que, como el de Dios, sobrepasaba todas las cosas.

Tal vez. Sonrió.

Se apartó del sitio donde estaban trabajando, al otro lado de los camiones y las excavadoras. Apretaba el medallón en la mano. Y luego pensó en cómo esos asesinos enviados por Dietrich a Nepal habían echado a perder todo el asunto. Sintió rabia.

A pesar de todo, esos imbéciles se habían traído una cosa que sí le servía de algo.

Fue un Toht quejumbroso el que le mostró la palma de su mano. Belloq suponía que con la esperanza de conmoverle. Sin darse cuenta de que, grabada en su carne, traía una reproducción perfecta de lo que no había sabido conseguir.

Había resultado divertido ver a Toht sentado horas y horas, mientras él, Belloq, iba sacando la copia. Trabajaba con todo cuidado, intentando reproducir el original. Pero no era el auténtico, el *histórico*. Era lo bastante exacto como para permitirle hacer sus cálculos en la cámara del mapa y en lo referente al Pozo de las Ánimas, pero él lo que quería era el original.

Belloq guardó el medallón en el bolsillo y fue hacia donde estaba Dietrich. Durante un buen rato no dijo nada, contento de ver que su presencia molestaba hasta cierto punto al alemán. Dietrich dijo:

—Va bien, ¿no le parece?

Belloq asintió con la cabeza, y se cubrió los ojos. Estaba pensando en otra cosa, en algo que le inquietaba. Y era la noticia que uno de los esbirros de Dietrich había traído de Nepal. *Indiana Jones*.

Claro que ya tenía que haber pensado que Jones aparecería en escena más pronto o más tarde. Jones era un engorro, aunque la rivalidad entre ellos dos terminara siempre con su derrota. Belloq creía que le faltaba astucia. Instinto. Garra.

Pero ahora le habían visto en El Cairo con una chica, que era la hija de Ravenwood.

Dietrich se volvió hacia él y preguntó:

—¿Ha decidido ya algo sobre ese otro asunto que discutimos?

—Creo que sí —dijo Belloq.

—Presumo que será la decisión que yo imaginaba tomaría.

—Las suposiciones suelen ser arrogantes, amigo.

Dietrich le miró en silencio.
Belloq sonrió.
—En este caso, sin embargo, es posible que acierte.
—¿Quiere que me ocupe de ello?
—Creo que puedo confiarle los detalles —dijo Belloq moviendo la cabeza.
—Naturalmente.

7

EL CAIRO

La noche era caliente y tranquila, el aire parecía vacío. Era un aire seco, en el que se hacía difícil respirar, como si toda la humedad se hubiera evaporado con el calor del día. Indy estaba sentado con Marion en un café, sin apartar casi nunca los ojos de la puerta. Hacía ya varias horas que estaban andando por calles y callejuelas apartadas, evitando las zonas céntricas, pero en ningún momento había dejado de tener la impresión de que le vigilaban. Marion parecía cansada, exhausta, con el pelo húmedo de sudor. Indy comprendía que estaba cada vez más impaciente con él; ahora le miraba por encima del borde de la taza, como si estuviera acusándole. Él miraba a la puerta, observaba a los clientes que entraban y salían, y a veces levantaba la cara para respirar el poco aire que llegaba de un ventilador chirriante que había arriba.

—Al menos, podrías tener la decencia de decirme cuánto tiempo vamos a estar escondiéndonos así —dijo Marion.

—¿Es eso lo que estamos haciendo?

—Hasta un ciego vería que estamos huyendo de alguien, Jones. Y empiezo a preguntarme por qué me fui de Nepal. Tenía un negocio que iba viento en popa, no lo olvides. Un negocio que me quemaste tú.

La miró y sonrió al pensar en lo atractiva que resultaba cuando estaba a punto de enfadarse. Alargó el brazo por encima de la mesa y puso su mano sobre la de ella.

—Estamos escondiéndonos de tipos tan bromistas como los que encontramos en Nepal.

—Bueno. Eso lo comprendo. Pero ¿por cuánto tiempo?

—Hasta que tenga la impresión de que podemos irnos.

—¿Irnos adónde? ¿Qué es lo que estás pensando?

—No me faltan amigos.

Marion lanzó un suspiro, se bebió el café, y se reclinó en la silla, con los ojos cerrados.

—Despiértame cuando te hayas decidido, ¿quieres?

Indy se levantó, y la hizo levantarse también a ella.

—Éste es el momento. Ya podemos marcharnos.

—¡Ay!, hermano. Justo cuando iba a echarme una siestecita.

Salieron a la calleja, que estaba casi desierta.

Indy se paró, miró a un lado y a otro, luego la cogió de la mano y empezó a andar.

—¿Podrías darme una idea de adónde nos dirigimos?

—A casa de Sallah.

—¿Y quién es Sallah?

—El mejor excavador de Egipto.

Tenía la esperanza de que Sallah siguiera viviendo en el mismo sitio. Y otra esperanza aún más importante, la esperanza de que Sallah estuviera trabajando en las excavaciones de Tanis.

Se paró en una esquina, un punto del que salían dos callejuelas.

—Por aquí —dijo, sin soltar el brazo de Marion.

Detrás de ellos, algo se movió entre las sombras, algo que podía ser humano. Se movía sin hacer ruido, deslizándose sobre el pavimento; lo único que sabía era que tenía que seguir a las dos personas que iban delante.

Sallah recibió a Indy como si sólo hubieran pasado unas semanas desde la última vez que se vieron. Pero habían pasado varios años. A pesar de eso, Sallah había cambiado muy poco. Los mismos ojos inteligentes en su cara morena, la misma alegría, la misma acogida hospitalaria. Los dos se abrazaron, mientras la mujer de Sallah, que era alta y se llamaba Fayah, los invitaba a entrar en la casa.

La cordialidad de la acogida emocionó a Indy, que no tardó en encontrarse a sus anchas en aquella casa tan confortable. Cuando se sentaron a la mesa en el comedor, para tomar una cena que Fayah había preparado tan de prisa que hacía pensar en un milagro culinario, Indy miró hacia la otra mesa que había en un rincón, donde estaban sentados los hijos de Sallah.

—Algunas cosas sí que cambian —dijo. Se metió un trocito de cordero en la boca y señaló con la cabeza la mesa de los chicos.

Sallah soltó una exclamación, y su mujer sonrió orgullosa.

—La última vez no había tantos.

—Yo no recuerdo más que tres —dijo Indy.

—Pues ahora son nueve.

—¡Nueve! —Indy movió la cabeza con asombro.

Marion se levantó de la mesa y fue adonde estaban los niños. Habló con ellos, los acarició, jugó un poco, y volvió a su sitio. Indy creyó ver que una cierta mirada, algo que no estaba claro pero que sin duda tenía que ver con el amor a los niños, unía a Marion y Fayah. Él no había tenido nunca tiempo de ocuparse de los niños; constituían para él un embrollo que no echaba de menos.

—Hemos decidido pararnos en nueve —dijo Sallah.

—Me parece una medida muy sabia.

Sallah cogió un dátil, lo saboreó un momento en silencio, y luego dijo:

—Me alegro mucho de volver a verte, Indiana. Me he acordado muchas veces de

ti. Incluso pensé en escribirte pero soy poco aficionado a hacerlo. Y supuse que tú lo eras todavía menos.

—Acertaste —dijo Indy, que cogió también un dátil. Era blando y delicioso.

Sallah estaba sonriente.

—No quería preguntártelo tan pronto, pero me imagino que no has venido hasta El Cairo sólo por verme a mí. ¿Me equivoco?

—No.

Sallah tenía ahora una expresión maliciosa, como si estuviera enterado de todo.

—La verdad es que me atrevería a apostar por el motivo que te ha traído aquí.

Indy miró a su amigo, sonrió, y no dijo nada.

—Y ya sabes que no soy jugador.

—Sí, ya lo sé.

—No se habla de negocios en la mesa —dijo Fayah, con aire autoritario.

Indy miró a Marion, que estaba medio dormida.

—Ya hablaremos más tarde.

—Sí, luego, cuando todo esté tranquilo —dijo Sallah.

Hubo un momento de silencio, y luego de repente un ruido espantoso, como si acabara de producirse una explosión en la mesa de los chicos.

Fayah se volvió hacia ellos y trató de imponer silencio. Pero los chicos no hicieron caso, porque estaban entretenidos en otro asunto. Ella se levantó y dijo:

—Tenemos invitados. No os acordáis de lo que hay que hacer.

Pero seguían sin hacer caso. Y no callaron hasta que ella se acercó a la mesa y descubrió que tenían un pequeño mono, que estaba allí sentado, comiéndose un trozo de pan.

—¿Quién ha traído ese animal aquí? —preguntó Fayah—. ¿Quién ha sido?

Los niños no contestaron. Estaban divertidísimos viendo las cosas que hacía el mono, que iba de un lado para otro con el pan en la mano. Dio varios brincos, hizo una vertical perfecta, y luego saltó de la mesa y fue corriendo por el suelo hacia donde estaba Marion. Se subió encima de sus rodillas y le dio un beso en la cara. Ella se echó a reír.

—Un mono que da besos —dijo Marion—. A mí también me gustas.

Fayah preguntó:

—¿Cómo ha venido aquí?

Los niños no contestaron. Luego, uno de ellos, que Indy supuso era el mayor, dijo:

—No lo sabemos. Nos lo hemos encontrado aquí.

Fayah miró a sus retoños con desconfianza. Marion dijo:

—Si no quieren tener al animal en casa…

—Si te gusta a ti, Marion, será bien recibido en esta casa. Lo mismo que lo eres tú

—dijo Fayah.

Marion estuvo un momento acariciando al mono antes de ponerlo en el suelo. El animal la miró con tristeza, y volvió a saltar a sus rodillas.

—Debe de quererte —dijo Indy. Encontraba que los animales eran todavía un poco más molestos que los niños, y menos graciosos que ellos.

Marion cogió al mono y lo abrazó. Indy, que estaba mirándola, pensó al ver lo que hacía: ¿A quién se le puede ocurrir abrazar así a un mono? Luego se volvió hacia Sallah que en ese momento se levantaba de la mesa.

—Podemos salir al patio —dijo Sallah.

Indy le siguió. El calor estaba encerrado entre las paredes del patio; en seguida empezó a tener sueño, pero sabía que necesitaba aguantar un poco más.

Sallah le indicó una silla de paja, e Indiana se sentó.

—Quieres hablar de Tanis —dijo Sallah.

—Has acertado.

—Lo suponía…

—Entonces, ¿estás trabajando allí?

Sallah estuvo un rato callado, mirando al cielo.

—Indy, esta misma tarde he entrado en la cámara del mapa de Tanis.

La noticia, aunque hasta cierto punto la esperaba, le impresionó. Por un momento le pareció que tenía la cabeza vacía, como si todas las ideas, todos los recuerdos hubieran huido de ella. *La cámara del mapa de Tanis*. Y luego se acordó de Abner Ravenwood, un hombre que había dedicado su vida a buscar el Arca, y que había muerto loco, porque el Arca se había apoderado de él. Y luego pensó en sí mismo, en aquella extraña envidia que había empezado a sentir, casi como si hubiera tenido que ser él el primero que entrara en la cámara del mapa, como si fuera algo que le pertenecía, un legado que en cierto modo le había dejado Ravenwood. Qué idea tan descabellada, pensó.

—Están trabajando de prisa —dijo.

—Los nazis están muy bien organizados, Indy.

—Sí. Por lo menos sirven para algo, aunque sólo sea para obedecer órdenes.

—Además, tienen de encargado al francés.

—¿El francés?

—Belloq.

Indy guardó silencio. Estaba sentado derecho en la silla. *Belloq*. ¿Habría algún sitio en el mundo donde no apareciera ese tío? Al principio se puso furioso, pero luego empezó a experimentar otra sensación, un deseo de competir que le gustaba, la emoción de ver que tenía la oportunidad de tomarse la revancha. Sonrió, y dijo para sus adentros: *Ésta vez te tengo, Belloq*. Y estaba completamente decidido a llevar las

cosas adelante.

Sacó el medallón del bolsillo y se lo entregó a Sallah.

—Pueden haber descubierto la cámara del mapa, pero no van a llegar muy lejos sin *esto*, ¿no te parece?

—Supongo que éste es el remate del Báculo de Ra.

—Eso es. Los signos que hay en él no me son familiares. ¿Qué te parecen a ti?

Sallah movió la cabeza.

—Yo tampoco los entiendo. Pero conozco a uno que podría hacerlo. Podemos ir a verle mañana.

—Te lo agradecería —dijo Indy.

Volvió a coger el medallón de manos de Sallah, y se lo guardó en el bolsillo. A salvo, pensó. Sin esto, a Belloq lo mismo le daría estar ciego. Aquí tengo yo la señal del triunfo. *René, esta vez me toca a mí.* Si es que veo la manera de librarme de los nazis.

—¿Cuántos alemanes trabajan en las excavaciones? —preguntó.

—Unos cien —dijo Sallah—. Y están muy bien equipados.

—Ya lo suponía. —Cerró los ojos y se reclinó en la silla. No podía aguantar el sueño. Ya pensaré en algo, se dijo. Y pronto.

—Me preocupa, Indy —dijo Sallah.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—El Arca. Si está allí, en Tanis… —Sallah guardó silencio; tenía una expresión de angustia en la cara—. Es algo que el hombre no debería tocar. La muerte ha andado siempre alrededor de ella. Siempre. No pertenece a este mundo, si es que entiendes lo que quiero decir.

—Lo entiendo.

—Y el francés… ése está obsesionado con ella. Le miro a los ojos y veo en ellos algo que no puedo describir. A los alemanes no les gusta. Pero él no hace caso. Parece como si no se diera cuenta de nada. No piensa más que en el Arca. Y cómo lo mira todo… no se pierde una. Cuando entró en la cámara del mapa, no puedo decirte la cara que puso. Estaba como transportado a un sitio al que yo, desde luego, no desearía ir.

Sin que se supiera de dónde, como salido del calor de la noche, se levantó un viento que trajo piedrecillas y arena, un viento que dejó de soplar con la misma rapidez con que había venido.

—Ahora debes irte a dormir —dijo Sallah—. Mi casa está a tu disposición, naturalmente.

—Y yo te lo agradezco.

Los dos entraron en la casa, que estaba en silencio.

Indy pasó por delante de la habitación donde dormía Marion; se paró un momento

junto a la puerta, escuchando el sonido débil de su respiración. La respiración de un niño, pensó, y volvió a ver a la Marion de hacía años, la que era cuando tuvieron aquel lío, si es que podía llamarse así. Pero el deseo que sintió en aquel mismo momento era algo muy distinto: era el deseo de la mujer que era ahora.

Le gustó sentirlo.

Siguió andando por el pasillo, seguido de Sallah.

La niña ya no existe, pensó; ahora sólo hay una mujer.

—¿Sabes resistir la tentación, Indy? —preguntó Sallah.

—¿No te habías enterado de mi veta puritana?

Sallah se encogió de hombros y sonrió de forma misteriosa, mientras Indy cerraba la puerta del cuarto de huéspedes e iba hacia la cama. Oyó los pasos de Sallah en el pasillo, y luego la casa quedó en silencio. Cerró los ojos, creyendo que se dormiría en seguida, pero el sueño no llegaba. Era como una sombra huidiza que estaba fuera de su alcance.

Empezó a dar vueltas en la cama. ¿Por qué no podía quedarse quieto y dormir? *¿Sabes resistir la tentación, Indy*?

Se frotó los ojos con los nudillos; dio varias vueltas más, pero la imagen de Marion durmiendo tranquilamente en su cuarto no se le iba de la cabeza. Se levantó de la cama y abrió la puerta. Vuelve a la cama, Indy, se dijo. No sabes lo que haces.

Salió al pasillo, y empezó a andar despacio —como un ladrón, de puntillas, pensó— hacia el cuarto de Marion. Se paró delante de la puerta. Date la vuelta. Vuelve a tu insomnio. Movió el picaporte, entró en el cuarto, y vio a Marion dormida sobre las ropas de la cama. La luz de la luna inundaba la habitación, como si fuera el reflejo plateado de las alas de una gran mariposa nocturna. Marion no se movió. Estaba tumbada de lado, con los brazos cruzados sobre el pecho; la luz formaba sombras alrededor de su boca. Márchate, pensó. Vuélvete ahora.

Estaba muy guapa. Muy guapa y muy vulnerable, allí tumbada. Una mujer dormida y la luz de la luna: una combinación como para marear a cualquiera. Se acercó a la cama, y se encontró sentado en el borde del colchón. Contempló su cara, alzó la mano y le tocó suavemente en la mejilla con la punta de los dedos. Ella abrió los ojos.

En el primer momento no dijo nada. Sus ojos allí parecían negros. Le puso un dedo en los labios.

—Quieres saber por qué estoy aquí sentado, ¿no?

—Creo que no puedo ni empezar a adivinarlo. ¿Has venido a explicarme los misterios del *«New Deal»* del señor Roosevelt? O a lo mejor esperas que me desmaye a la luz de la luna.

—No espero nada.

Marion se echó a reír.

—Todo el mundo espera algo. Ésa es una lección que he aprendido por el camino.

Indy cogió una de sus manos, notó que temblaba un poco.

No dijo nada cuando él bajó la cabeza y la besó en la boca. El beso que recibió a cambio fue rápido, seco y sin emoción. Indy apartó la cara y se quedó mirándola. Ella se sentó, y se echó por encima una sábana. Tenía un camisón transparente y se le veían los pechos, unos pechos firmes, que ya no eran de niña.

—Me gustaría que te fueses —dijo.

—¿Por qué?

—No tengo que dar explicaciones.

—¿Es posible que me odies tanto?

Marion miró a la ventana.

—¡Qué luna tan bonita! —dijo.

—Te he hecho una pregunta.

—Es que no puedes volver a meterte en mi vida sin más ni más, Indy. No puedes pegarle una patada a todo lo que he hecho yo sola, y esperar que me ponga a recoger lo que quede del pasado. ¿No lo comprendes?

—Sí.

—Ésa es mi lección. Y ahora necesito dormir un poco. Vete.

Indy se levantó despacio. Cuando iba a llegar a la puerta, oyó que le decía:

—Yo también te quiero. ¿Crees que no? Pero dale un poco de tiempo. Vamos a ver qué pasa.

—Claro.

Indy salió al pasillo, sin conseguir acallar la impresión de desengaño que parecía retumbarle dentro de la cabeza. Se quedó un rato en el extremo del pasillo, junto a la luz que filtraba por la ventana, preguntándose —a medida que el deseo empezaba a desvanecerse— si no había hecho el idiota. No sería la primera vez, pensó.

No podía dormir después de haberse marchado él. Se sentó junto a la ventana, y se puso a contemplar la ciudad, las cúpulas, los minaretes, las azoteas de las casas. ¿Por qué tenía que intentarlo tan pronto? Era un condenado que nunca había tenido paciencia. Tenía tan poco sentido común para los asuntos del corazón como para todo lo demás. No comprendía que la gente necesitaba tiempo; podía no ser el gran remedio, pero siempre era mejor que el yodo. No podía desprenderse, sin más, del pasado, aterrizar, como si fuera una extraña criatura caída de una galaxia, y amanecer de golpe en el presente de Indiana Jones. Había que prepararlo con un poco más de cuidado.

Si es que había algo que hacer; si es que había algo que preparar.

La figura corría de un lado a otro por el ropero donde Indy y Marion habían dejado sus maletas y bultos. Se movía con un sigilo extraordinario, abriendo cajas, registrando ropas, cogiendo trozos de papel que examinaba con todo cuidado. No encontró lo que le habían enseñado a buscar. Sabía que tenía que buscar una forma determinada, un dibujo, un objeto, no importaba lo que fuera mientras tuviera esa forma. Al no encontrar nada, comprendió que su amo se iba a enfadar. Y eso significaba que iban a dejarle sin comer. Hasta podría significar un castigo. Volvió a representar en su cabeza la forma: un sol, con unas marcas alrededor y un agujero en el centro. Empezó a rebuscar otra vez.

Y una vez más no encontró nada.

El mono escapó hacia el pasillo, recogió algunos restos de comida de la mesa en que había jugado con la mujer, y saltó luego por una ventana.

8

EL CAIRO

La tarde era soleada y el cielo parecía casi blanco. Todas las cosas despedían blancura, las paredes, las ropas, los cristales, como si la luz se hubiera convertido en una capa de escarcha que lo cubría todo.

—¿Nos hacía falta el mono? —preguntó Indy.

Andaban de prisa por la calle atestada de gente, y pasaban por delante de los bazares, los comerciantes.

—No soy yo la que lo ha traído —dijo Marion—, me siguió.

—Debe de tenerte mucho cariño.

—No es a *mí* a quien tiene cariño, Indy. Es que cree que eres su padre. Desde luego, se parece un poco a ti.

—Se parece a mí, más bien a ti.

Marion no dijo nada, y luego preguntó:

—¿Por qué no te has buscado una chica para quedarte quieto en un sitio y criar nueve hijos?

—¿Quién dice que no lo he hecho?

Marion le miró. Y él se alegró al creer descubrir en su cara una expresión de pánico, de envidia.

—No podrías cargar con esa responsabilidad. Mi padre sí que te conocía bien, Indy. Decía que eras un zángano.

—Pues estuvo muy amable.

—El zángano mejor dotado que había conocido, pero zángano al fin. Te quería, ¿no lo sabes? Le costó muchísimo dejar de ser amigo tuyo.

—No quiero repetirlo, Marion.

—Yo tampoco quiero hacerlo. Pero a veces me gusta recordártelo.

—Una inyección hipodérmica, ¿no?

—Un pinchazo, sí. Lo necesitas para ponerte en tu sitio.

Indy empezó a andar más de prisa. Había momentos en los que, a pesar de las defensas que tenía, ella se las arreglaba para metérsele muy adentro. Lo mismo que el deseo que le había asaltada por la noche. No me hace falta, pensó. No lo necesito para nada en mi vida. Amor significa un cierto orden, y no es orden lo que uno quiere cuando te has acostumbrado a vivir tan contento en el caos.

—Todavía no me has dicho adonde vamos.

—Encontramos a Sallah, y ahora vamos a ver a Imam, el experto amigo de Sallah.

—Lo que más me gusta es cómo me llevas de un lado a otro. Algunas veces me recuerdas a mi padre. Me arrastró por el mundo entero como si fuera un trapo.

Llegaron a un punto en que la calle se bifurcaba. El mono se soltó de la mano de Marion y echó a correr entre la gente, dando saltos.

—¡Eh! —gritó Marion—. ¡Vuelve aquí!

Indy dijo con alivio:

—Déjalo que se vaya.

—Empezaba a acostumbrarme a él.

Indy le lanzó una mirada, la cogió de la mano y la obligó a ir a su paso.

El mono huyó, escurriéndose entre la gente que llenaba la calle, escapando de las manos de los que querían cogerlo. Luego dio la vuelta a una esquina, y se metió en una puerta. Allí saltó a los brazos del hombre que lo había amaestrado. Lo había amaestrado muy bien. Lo apretó contra su cuerpo, le metió un caramelo en la boca, y luego se asomó a la puerta. El mono era mejor que un sabueso, y mil veces más listo.

El hombre miró a un lado y otro de la calle, y luego levantó la cara hacia las azoteas. Hizo una seña con la mano.

Desde una de ellas, alguien le contestó.

Luego acarició al animal. Lo había hecho muy bien, había seguido a los dos a quien había que matar, y lo había hecho con la precisión de un predador, pero de una manera mucho más agradable.

Bien, se dijo el hombre. Muy bien.

Indy y Marion fueron a parar a una plaza pequeña, llena de puestos y de vendedores. De repente, Indy se paró. Su viejo instinto estaba una vez más en marcha, actuaba sobre sus nervios, se los ponía de punta. *Algo va a pasar aquí,* pensó.

Miró a la gente. ¿Qué era lo que iba a pasar?

—¿Por qué nos hemos parado? —preguntó Marion.

Indy no contestó.

Aquélla multitud. ¿Cómo podía él distinguir nada entre aquella masa de gente? Metió la mano debajo de la chaqueta y cogió el mango del látigo. Volvió a mirar a la masa. Había un grupo que venía hacia él, que avanzaba con un aire más decidido que el de los vendedores corrientes.

Unos pocos árabes. Un par de tipos que eran europeos.

Con su buena vista de siempre, Indy vio algo metálico que brillaba, y pensó: Un

puñal. Lo vio brillar en la mano de un árabe que se acercaba rápidamente a él. Sacó el látigo, y lo oyó silbar en el aire como una música amenazadora; se enrolló en la mano del árabe, y la daga salió volando sin herir a nadie. Pero había más hombres que avanzaban hacia ellos y tenía que darse prisa.

—Sal de aquí —dijo a Marion, dándole un empujón—. ¡Corre!

Pero Marion no estaba dispuesta a correr. Cogió una escoba de uno de los puestos, y le dio un golpe en la garganta a un árabe, que cayó al suelo.

—¡Vete! —volvió a gritar Indy—. ¡Vete!

—No pienso hacerlo.

Eran muchos, pensó Indy. Demasiados para enfrentarse a ellos, aunque fuera con su ayuda. Vio que alguien blandía un hacha, y lanzó de nuevo el látigo, esta vez al cuello del árabe. Tiró de él, y el hombre lanzó un grito antes de caer al suelo. Entonces, uno de los europeos le atacó, tratando de quitarle el látigo. Indy levantó la pierna y le dio una patada en el estómago. El hombre se agarró el pecho con las manos, y cayó hacia atrás sobre un puesto de frutas y verduras, que rodaron por el suelo como si fueran un bodegón vivo. Indy vio una puerta abierta, fue a buscar a Marion y, a pesar de sus gritos y protestas, la obligó a meterse allí, y echó el cerrojo para que no pudiera salir. Empezó otra vez a soltar latigazos a un lado y otro, espantando a los dueños de los puestos. Aquello era un caos, un verdadero caos como a él le gustaba. Un cuchillo salió volando hacia él, y se agachó justo a tiempo para oírlo pasar silbando sobre su cabeza. Lanzó el látigo al árabe que se lo había tirado, le enganchó por los tobillos y le hizo caer, entre un estrépito de cacharros rotos y los gritos del amo del negocio.

Contempló el desastre. Quería saber si aún quedaban enemigos. Estaba entusiasmado y deseaba acción.

No se movió nadie, salvo los comerciantes que habían visto sus puestos destrozados por un loco armado de un látigo. Empezó a retirarse hacia la puerta, tratando de alcanzar el cerrojo mientras lo hacía. Oía los golpes que daba Marion al otro lado. Pero, antes de que pudiera abrir la puerta, un hombre vestido con una chilaba se lanzó sobre él blandiendo un machete. Indy levantó el brazo para desviar el golpe, agarró al árabe por la muñeca, y luchó para defenderse.

Marion dejó de dar golpes en la puerta, y se puso a buscar alguna otra salida a la plaza. Maldito Indy, creerse encargado por derecho divino de protegerme a mí. Es un condenado con ideas propias de la Edad Media. Echó a andar por el estrecho pasadizo en que se encontraba, pero pronto se paró en seco: un árabe venía hacia ella, y venía de prisa, en actitud amenazadora. Se metió por la calleja más próxima, y oyó que el hombre iba detrás de ella.

Un callejón sin salida.

Una pared.

Se subió a la tapia del callejón, mientras oía gruñir al árabe que la perseguía. Saltó al otro lado, y se escondió en un hueco que había entre dos casas. El árabe pasó por delante sin darse cuenta. Marion esperó un momento, y se asomó. Volvía otra vez, y ahora acompañado por uno de los europeos. Se metió corriendo en su escondite, jadeando, aunque luchaba desesperadamente por no hacer ruido, por detener los latidos de su corazón. ¿Qué hace uno en una situación como ésta? Esconderse. No puedes hacer más que esconderte. Se había metido más adentro, buscando las sombras, los sitios oscuros, cuando descubrió un cesto de mimbre. Bueno, pensó, como uno de los cuarenta ladrones, pero hay un refrán que dice que en una tormenta no se llega a puerto. Se metió dentro del cesto, puso la tapa en su sitio, y se quedó allí agachada. Quieta, no te muevas. Por las rendijas del cesto, oía las voces de los hombres que la buscaban. Hablaban en un inglés tan desastroso, que ella pensó que haría falta entablillarlo para poder sacar algo.

Mira aquí.

Ahí ya he mirado antes.

Estaba absolutamente quieta.

Lo que no veía, ni podía ver, era que el mono estaba sentado en la tapia, encima de su escondrijo; de repente oyó el ruido que hacía, pero tardó un poco en comprender lo que era. El mono, pensó. Me ha seguido. Una traición cariñosa. Monito, por favor, vete, déjame sola. Luego notó que la levantaban, que se llevaban la cesta. Atisbo por entre las rendijas y vio que los que se la llevaban eran el árabe y el europeo, que se la cargaban a hombros, como si fuera un cubo de basura… Empezó a dar puñetazos para levantar la tapa, que ahora estaba bien cerrada.

Indy había conseguido rechazar al del machete, pero en la plaza había un jaleo espantoso, estaba rodeado de comerciantes árabes furiosos, que gesticulaban ante el loco del látigo. Fue reculando hacia la puerta, buscó a tientas el cerrojo, y vio que el del machete volvía a la carga. Ésta vez le dio una patada y lo tiró encima de los demás. Abrió la puerta y se metió por el pasadizo, mirando a un lado y a otro para ver si descubría algún rastro de Marion. Nada. Sólo, al otro extremo de la calleja, un par de tipos que llevaban un cesto a cuestas.

¿Dónde demonios se habría metido?

Y luego, sin saber de dónde salía, oyó la voz de Marion que gritaba su nombre, y sintió un escalofrío.

El cesto.

Cuando los dos hombres doblaban la esquina, vio que se movía la tapa. Luego oyó un ruido extraño, que le hizo dejar de mirar al cesto, levantó la cabeza, y vio al mono sentado en la tapia. Parecía que estuviera riéndose de él. Sintió un enorme deseo de sacar la pistola y acabar de un tiro con el bicho. Pero lo que hizo fue echar a correr detrás de los dos hombres. Tomó el mismo camino que ellos habían seguido, y

vio que corrían bastante delante de él, con el cesto balanceándose sobre sus hombros.

¿Cómo podían aquellos tíos ir tan de prisa, llevando a Marion a cuestas? Siempre iban por delante de él, siempre le llevaban unos pasos. Los siguió por calles llenas de vendedores y comerciantes, donde tenía que abrirse camino como fuera. No podía perder de vista el cesto, no podía permitir que desapareciera. Daba empujones, atropellaba a la gente, sin hacer caso de sus quejas y voces. Sigue. No lo pierdas de vista.

Y luego empezó a escuchar unos sonidos misteriosos, una especie de cánticos tristes. No comprendía de dónde venían, pero le hicieron pararse; estaba desorientado. Cuando echó a andar otra vez, vio que lo había perdido. Ya no veía el cesto.

Empezó a correr, dando empujones a la gente. Y el extraño sonido que parecía un lamento se hacía cada vez más fuerte, más penetrante.

Delante de él había dos árabes que llevaban un cesto de mimbre.

Al llegar a una esquina se paró.

Sacó el látigo y enganchó a uno de ellos, luego tiró de él y volvió a lanzarlo contra el otro. El látigo se enrolló en la pierna del árabe como si fuera una serpiente. El cesto cayó al suelo, y se precipitó hacia ella.

Allí no estaba Marion.

Asombrado, miró qué era lo que había caído del cesto.

Pistolas, rifles, municiones.

¡Se había equivocado de cesto!

Salió de la calleja, y siguió por la calle principal donde estaban las tiendas, y el extraño lamento se hacía cada vez más fuerte.

Llegó a una plaza grande, y quedó sobrecogido ante el espectáculo de miseria que le rodeaba: una plaza llena de mendigos, tullidos, ciegos, hombres que alargaban sus muñones pidiendo que les dieran algo. Olía a sudor, a orina y a excrementos, una pestilencia que llenaba el aire y se hacía tan palpable como si fuera algo sólido.

Atravesó la plaza, apartándose de los mendigos.

Luego tuvo que pararse.

Ahora ya sabía de dónde salían los lamentos.

Por el otro extremo de la plaza venía un entierro. Era una procesión grande y larga, el entierro de algún ciudadano importante. Varios caballos sin jinete arrastraban el féretro, iban después los sacerdotes, entonando cánticos del Corán, venían luego las plañideras, con las cabezas envueltas en velos, detrás de ellas los sirvientes y, por último, torpe y pesado, el búfalo del sacrificio.

Se quedó mirando la procesión un momento. ¿Y cómo voy a poder yo cruzar al otro lado?

Vio, el ataúd, rico, lleno de adornos, sostenido en alto; y luego, entre las filas de

gente, a los dos hombres que llevaban el cesto y se dirigían hacia un camión que estaba parado al otro extremo de la plaza. Era imposible estar seguro, pero le pareció que entre los gritos de las plañideras había oído los de Marion.

Se disponía ya a cruzar al otro lado y abrirse camino entre el cortejo, cuando ocurrió.

Desde el camión, alguien abrió fuego, barriendo la plaza, poniendo en fuga a los asistentes al entierro y a la tropa de mendigos. Los sacerdotes continuaron cantando hasta que las ráfagas alcanzaron el ataúd, hicieron saltar la tapa en astillas, y el cadáver momificado cayó al suelo. Las plañideras redoblaron los gritos. Indy corrió zigzagueando para esquivar los tiros, hacia un pozo que había al otro lado de la plaza. Se escondió detrás del pozo, y asomó la cabeza justo a tiempo de ver que metían el cesto en la parte trasera del camión. A lo lejos, y en ese mismo momento, un coche negro se puso en marcha, y el camión arrancó también.

Antes de que pudiera perderse de vista, Indy apuntó al camión, poniendo más cuidado en el tiro que en ninguna otra ocasión, y apretó el gatillo. El conductor cayó sobre el volante. El camión giró bruscamente, se estrelló contra una pared, y volcó.

Cuando se disponía a correr hacia él, se detuvo aterrado.

Comprendió que nunca volvería a sentir en su vida una cosa así, un dolor tan grande, una angustia, una sensación de impotencia tan absoluta.

Comprendió todo eso al ver que el camión explotaba, que ardía por todas partes, que todo salía volando por los aires; y comprendió también que habían metido el cesto en un camión de municiones.

Que Marion había muerto.

Y que era una bala disparada por él la que la había matado.

¿Cómo podía haber ocurrido?

Cerró los ojos anonadado; no oía nada, sólo sentía el peso del sol sobre los párpados.

Anduvo dando vueltas durante bastante tiempo, sin saber lo que hacía ni preocuparse de ello, recordando una y otra vez el momento en que había sacado la pistola y había matado al conductor. ¿Por qué? ¿Cómo no se le había ocurrido pensar en la posibilidad de que el camión transportase algún producto peligroso?

Arruinaste su vida cuando era una niña.

Ahora has acabado con ella cuando era una mujer.

Anduvo por las calles estrechas, por las callejuelas atestadas de gente, sin poder olvidar en ningún momento que era el culpable de la muerte de Marion.

Era un dolor más grande de lo que podía creer, más de lo que podía soportar. Y sabía cuál era el único remedio. Sabía cuál era la medicina en la que podía confiar. Y se encontró camino del bar donde había quedado en reunirse con Sallah. Ésa cita

parecía corresponder ahora a un remoto pasado, a otro mundo, a una vida diferente.

Incluso a un hombre diferente.

Vio el bar, un bar cochambroso. Entró en él, y se vio envuelto por el humo del tabaco y el olor de las bebidas derramadas. Se sentó en un taburete junto a la barra. Pidió un quinto de bourbon, y empezó a beber un vaso detrás de otro, preguntándose, a medida que iba estando cada vez más borracho, qué podría ser lo que hacía que algunas personas funcionaran tan bien, mientras otros estaban como un reloj escacharrado; cuál sería ese mecanismo, imprescindible para alcanzar el éxito, que algunos tenían y otros no. Dejó que la pregunta fuera dando vueltas en su cabeza hasta que perdió su sentido y acabó flotando como un buque fantasma entre los vapores del alcohol.

Iba a beber otro trago cuando sintió que algo le tocaba el brazo, volvió la cabeza, y vio al mono sentado en la barra. Aquél estúpido animal al que Marion le había cogido tanta afición. Luego se acordó de que el bicho ese le había dado un beso a Marion en la cara. Bueno, si a Marion le gustaba, yo podré tolerarte.

—¿Quieres un trago, babuino?

Indy se dio cuenta de que el dueño del bar le miraba como si fuera un loco escapado de algún manicomio. Y luego se dio cuenta de algo más: tres hombres, europeos y, a juzgar por su acento, alemanes, le habían rodeado.

—Hay alguien que desea que le acompañe.

—Estoy tomando unas copas con un amigo.

El mono se movió un poco.

—Es que no le ruega que le acompañe, señor Jones. Se lo manda.

Le levantaron del taburete, y le llevaron a un cuarto trasero. El mono le siguió, dando chillidos. El cuarto estaba medio a oscuras, y a él le picaban los ojos con el humo.

Había alguien sentado en un rincón.

Indy comprendió que aquel encuentro era inevitable.

René Belloq estaba tomando un vaso de vino, y tenía en la mano una cadena de la que colgaba un reloj.

—Un mono —dijo Belloq—. Veo que conservas tu admirable gusto para elegir a los amigos.

—Eres un tipo ridículo, Belloq.

El francés sonrió.

—Siempre me ha desilusionado la idea que tienes de lo que es ingenioso. Ya me pasaba eso cuando éramos estudiantes, Indiana. Te falta gracia.

—Debía matarte ahora mismo…

—Sí, comprendo que tengas prisa. Pero debo recordarte que no fui yo quien metió a la señorita Ravenwood en este asunto más bien sórdido. Y lo que a ti te carcome,

amigo, es saber que tú sí que eres el responsable, ¿no?

Indy se dejó caer en una silla enfrente de Belloq.

Belloq se inclinó hacia adelante.

—Y lo que también te molesta es que puedo ver a través de ti, Jones. Pero la verdad es que nos parecemos mucho.

Indy miró a Belloq con los ojos inyectados en sangre.

—No hace falta ponerse desagradable.

—Piensa en esto —dijo Belloq—. La arqueología ha sido siempre nuestra religión, nuestra fe. Hay que admitir que los dos nos hemos apartado un poco de lo que llaman el buen camino. Los dos tenemos afición a las transacciones un poco aventuradas… dudosas. Nuestros métodos no se diferencian tanto como tú pretendes. Yo, si quieres, soy un pálido reflejo de ti mismo. ¿Qué se necesitaría para hacer de ti otro como yo, profesor? ¿Un ligero retoque? ¿Afilar un poco el instinto de cazador? ¿Qué?

Indy no contestó. Las palabras de Belloq le llegaban como ruidos amortiguados por la niebla. No decía más que tonterías, puras idioteces, pero parecían una gran cosa y daban la impresión de ser verdad porque las decía con un acento francés que sonaba como algo anticuado y divertido. Lo que Indy oía era el silbido de una serpiente oculta.

—¿No me crees, Jones? Piénsalo bien: ¿qué es lo que te ha traído aquí? La codicia del Arca, ¿no es verdad? El viejo sueño de la antigüedad. La reliquia histórica, el afán de saber… podría ser un virus que llevas en la sangre. Sueñas con las cosas del pasado. —Belloq sonreía, y balanceaba el reloj colgado de la cadena—. Mira este reloj. No vale nada. Nada. Llévalo al desierto, déjalo enterrado allí mil años, y se convierte en una joya. Los hombres se matarían por él. Hombres como tú y como yo, Jones. Admito que el Arca es otra cosa. Desde luego, se aparta algo de la idea de sacar provecho. Eso es algo que entendemos tú y yo. Pero la codicia que hay en el corazón es la misma. Es el vicio que tenemos en común.

El francés dejó de sonreír. Tenía una mirada fría, distante. Parecía que estuviera hablando consigo mismo.

—¿Comprendes lo que es el Arca? Es como un transmisor. Como una radio que pudiera ponerle a uno en comunicación con Dios. Y estoy muy cerca de ella. Muy, muy cerca. He esperado años enteros para estar tan cerca. Y de lo que estoy hablando es de algo que va más allá del provecho, más allá del simple deseo de conseguirla. Estoy hablando de comunicarme con lo que hay dentro del Arca.

—¿Y eso se compra, Belloq? ¿Se compra el misticismo? ¿El poder?

Belloq pareció enfadarse. Se echó hacia atrás, y juntó las puntas de los dedos.

—¿Tú no lo haces?

Indy se encogió de hombros.

—¡Ah!, ¿no está seguro, verdad? Ni siquiera tú estás seguro. —Belloq bajó la voz —. Pues yo estoy más que seguro, Jones. Estoy *convencido*. No lo dudo ni por un momento. Mis averiguaciones me han llevado siempre en esta dirección. *Lo sé*.

—Estás mal de la cabeza —dijo Indy.

—Es una pena que tengas que terminar así. A veces me has servido de estímulo, una cosa bien rara en un mundo tan aburrido como éste.

—Ésa idea me hace feliz, Belloq.

—Me alegro. De verdad que me alegro. Pero todo llega a su fin.

—No es el mejor sitio para matar a alguien.

—Eso poco importa. Éstos árabes no se meten en los asuntos de un hombre blanco. No les importa que nos liquidemos el uno al otro.

Belloq se levantó, sonriente. Hizo una pequeña inclinación de cabeza.

Indy, tratando de ganar tiempo, fuera como fuera, dijo:

—Espero que aprendas algo de esa pequeña charla con Dios, Belloq.

—Naturalmente.

Indy trató de mostrarse fuerte. No tenía tiempo de darse la vuelta y sacar la pistola, y menos todavía de coger el látigo. Sus asesinos estaban justo detrás de él.

Belloq miró el reloj.

—¿Quién sabe, Jones? A lo mejor hay una especie de más allá donde las almas como la tuya y la mía vuelven a encontrarse. Y me divierte pensar que allí también voy a demostrar ser más listo que tú.

Se oyó un ruido fuera. Un ruido de lo más inesperado, como el de muchos niños que hablaran al mismo tiempo, un sonido maravilloso que Indy asoció al de la mañana de Navidad. No era lo que esperaba oír en la antesala de la muerte.

Belloq miró sorprendido hacia la puerta. Todos los hijos de Sallah, los nueve, entraron en tromba en el cuarto, gritando el nombre de Indy. Indy se quedó asombrado al verse rodeado por ellos, al ver que los pequeños se le subían en las rodillas, y los otros formaban un círculo a su alrededor, un débil escudo humano. Algunos empezaron a trepar hasta sus hombros, y uno consiguió agarrarse al cuello de Indy y subirse encima de él, mientras otro le cogía las piernas. Belloq estaba furioso.

—¿Te imaginas que vas a salir de aquí? ¿Te imaginas que este ridículo escudo humano va a servir para protegerte?

—No me imagino nada —dijo.

—Qué característico —contestó Belloq.

Le llevaban hacia la puerta, le arrastraban y tiraban de él al mismo tiempo que le protegían. ¡Sallah! Tenía que haber sido idea de Sallah poner en peligro a sus hijos y mandarlos entrar en el bar y sacarle de allí como pudieran. Pero ¿cómo podía haberse arriesgado tanto? Belloq había vuelto a sentarse, y contemplaba la escena con los

brazos cruzados. Tenía la cara de un padre obligado a asistir a una fiesta de colegio. Movió la cabeza a un lado y a otro:

—En la próxima reunión de la Sociedad Arqueológica Internacional divertiré al público contándole que no respetas las leyes que prohíben el trabajo de los niños, Jones.

—No eres ni siquiera miembro de ella.

Belloq sonrió, pero por poco tiempo. Continuó contemplando a los niños, y luego, como si hubiera decidido algo, se volvió hacia sus cómplices. Levantó la mano para indicarles que debían guardar las armas.

—Tengo debilidad por los perros y los niños, Jones. Puedes expresar tu gratitud en forma sencilla, y como mejor te parezca. Pero no van a ser los niños los que te salven cuando volvamos a encontrarnos.

Indy andaba de prisa. Y luego salió a la calle, con los chicos colgados de él como si fuera un juguete. El camión de Sallah estaba esperándolos, un espectáculo que le hizo sentirse feliz, el primer suceso reconfortante del día.

Belloq terminó su vaso de vino. Oyó arrancar el camión. Cuando el ruido se perdió a lo lejos, pensó, con una perspicacia que le sorprendió un poco, que no estaba todavía preparado para matar a Indy. Que no era todavía el momento. No había sido la presencia de los niños, ellos apenas contaban. Lo que sentía, en algún lugar que no llegaba a descubrir, en algún oscuro rincón de su cerebro, era el deseo de conservar a Jones, de dejarle vivir un poco más.

Después de todo, pensó, hay cosas peores que la muerte.

Y le divertía pensar en la agonía, en la angustia por la que iba a pasar Jones: por de pronto estaba la chica, que ya habría sido castigo y tortura más que suficientes. Pero quedaba además otro castigo, otro castigo que podría ser aún peor, y era ver cómo el Arca se le escapaba de las manos.

Belloq echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír a carcajadas; sus cómplices alemanes, que no habían quedado satisfechos al no matar a nadie, le miraron asombrados.

Ya dentro del camión, Indy dijo:

—Tus hijos tienen un sentido de la medida del tiempo que dejaría muy lejos al de los *marines* americanos, Sallah.

—Comprendí la situación. Tenía que actuar de prisa —dijo Sallah.

Indy contempló el camino que tenía delante: oscuridad, débiles luces, gentes que se apartaban al paso del camión. Los chicos iban en la parte de atrás, cantando y riendo. Voces inocentes, que le recordaron a Indy lo que quería olvidar.

—Marion…

—Ya lo sé —dijo Sallah—. Recibí la noticia en seguida. Lo siento. No puedo decir cuánto lo siento. ¿Y qué puedo decir para consolarte? ¿Cómo voy a poder aliviar tu pena?

—Nada puede aliviar mi pena, Sallah.

Sallah movió la cabeza.

—Sí, ya lo comprendo.

—Pero sí puedes ayudarme de otra manera. Puedes ayudarme a cazar a esos malditos.

—Puedes contar con mi ayuda, Indiana —dijo Sallah—. En cualquier momento.

Sallah estuvo callado un momento, mientras recorrían el último trecho que los separaba de su casa.

—Tengo muchas noticias que darte —dijo después.

—Algunas son buenas, pero otras se refieren al Arca.

—Pues dámelas pronto.

—Sí. En cuanto lleguemos a casa. Y luego, si quieres, podemos ir a ver a Imam, que te explicará los signos.

Indy guardó silencio. Empezaba a notar la resaca, sentía fuertes latidos en la cabeza. De haber tenido los sentidos un poco más despiertos, menos atontados por la bebida, habría visto que los seguía una moto desde que salieron del bar. Pero aunque lo hubiera hecho, no habría conocido al conductor, un nombre especializado en amaestrar monos.

Cuando los niños fueron a acostarse, Indy y Sallah salieron al patio. Sallah estuvo primero dando unas vueltas, y luego se paró y le dijo a Indy:

—Belloq tiene el medallón.

—¿Cómo? —Metió la mano en el bolsillo y tocó la pieza con los dedos para cerciorarse—. Estás equivocado.

—Tiene una reproducción, una pieza igual que la tuya, con un cristal en el centro. Y en la pieza están marcados los mismos signos que hay en la tuya.

—No puedo entenderlo —dijo Indy, aterrado—. Siempre he creído que no había ninguna reproducción. Ninguna copia. No lo comprendo.

—Y hay algo más, Indiana.

—Dime.

—Ésta mañana, Belloq entró en la cámara del mapa. Al salir, nos dio instrucciones para que supiéramos dónde teníamos que cavar. Es un sitio nuevo, apartado de la excavación principal.

—El Pozo de las Animas —dijo Indy, con aire de resignación.

—Eso me imagino, si es que hizo los cálculos en la cámara del mapa.

Indy empezó a dar palmadas, se volvió hacia Sallah, y sacó el medallón del bolsillo.

—¿Estás seguro de que es como éste?

—Lo he visto.

—Vuelve a mirarlo, Sallah.

El egipcio se encogió de hombros, cogió la pieza, y estuvo un rato mirándole y dándole vueltas en la mano.

—Puede que haya una diferencia.

—Pues no me la ocultes.

—Yo creo que el medallón de Belloq sólo tiene signos en uno de los lados.

—¿Estás seguro?

—Creo que estoy bastante seguro.

—Pues ahora —dijo Indy—, todo lo que necesito saber es qué significan los signos.

—Entonces tenemos que ir a casa de Imam. Tenemos que ir ahora.

Indy no dijo nada. Seguido de Sallah, salió del patio y empezó a andar por la callejuela. Ahora tenía una prisa terrible. El Arca, sí, pero había algo más que el Arca. Era por Marion. Para que su muerte pudiera tener algún sentido, él tenía que llegar al Pozo de las Ánimas antes que Belloq.

Si es que la muerte podía tener sentido alguna vez, pensó.

Subieron al camión de Sallah y, cuando lo hacían, Indy se dio cuenta de que el mono estaba detrás. Le miró. ¿Pero sería posible perder de una vez a ese bicho? Al paso que iba, no tardaría en aprender a hablar como los hombres y llamarle papá. Y recordó una cosa que le entristeció: la broma de Marion de que el animal se parecía a él.

El mono daba gritos y se frotaba las manos.

Cuando el camión se había alejado un poco, la moto salió de la oscuridad y lo siguió.

La casa de Imam estaba en las afueras de El Cairo, construida sobre una ligera pendiente; era una edificación más bien rara, que a Indy le recordaba un observatorio. Y no estaba equivocado, porque cuando él y Sallah, seguidos por el mono, se dirigían hacia la entrada, Indy vio que había una abertura en el tejado y que de ella salía un telescopio.

—Imam es un hombre que se interesa por muchas cosas, Indiana. Es sacerdote, erudito, astrónomo. Si alguien puede explicar los signos, es él.

La puerta de la casa estaba abierta. Un chico joven los recibió, y saludó con la cabeza cuando entraron.

—Buenas noches, Abu —dijo Sallah—. Éste es Indiana Jones. —Una

presentación breve y cortés—. Indiana, éste es Abu, el aprendiz de Imam.

Indy inclinó la cabeza y sonrió, impaciente por ver a Imam que, en aquel momento, aparecía por el fondo del pasillo. Era un hombre viejo, vestido con ropas muy gastadas, y con unas manos cubiertas de nudos y manchas oscuras por su edad; pero conservaba la mirada viva y llena de curiosidad. Inclinó la cabeza, en un saludo silencioso. Le siguieron hasta su cuarto de trabajo, que era una habitación grande, llena de manuscritos, almohadones, mapas y documentos antiguos. Indy pensó que allí se palpaba lo que había sido la vida de aquel hombre, una vida dedicada a la busca del saber. Ni un momento perdido. Cada minuto del día, una experiencia de la que hay algo que aprender. Indy entregó a Imam el medallón. El viejo no dijo nada, y se lo llevó a una mesa que estaba al fondo de la habitación, y en la que había una lámpara encendida. Se sentó, y empezó a dar vueltas a la pieza entre los dedos, mirándola por todas partes. Indy y Sallah se sentaron también en unos almohadones, y el mono se fue con ellos. Sallah le dio un golpe en el cuello.

Silencio.

El viejo bebió un sorbo de vino, luego escribió algo en un trozo de papel. Indy le miraba y se movía impaciente. Imam parecía estar examinando la pieza como si el tiempo no contara para él.

—Paciencia —dijo Sallah.

Pues lo que tengo es prisa, pensó Indy.

El hombre dejó la moto a cierta distancia de la casa. Se acercó a ella por la parte de atrás, y anduvo mirando por las ventanas hasta que encontró la cocina. Se quedó pegado a la pared, observando a Abu, que estaba lavando unos dátiles en el fregadero. Esperó. Abu puso los dátiles en un plato, y luego dejó el plato encima de la mesa. El hombre continuó sin moverse, como si fuera una sombra más que una persona. El chico cogió una jarra de vino y varios vasos, los puso en una bandeja, y salió de la cocina. En aquel momento, el hombre salió de entre los sombras. Sacó una botella de debajo de la capa, la abrió y, después de echar una ojeada a la cocina, derramó parte del líquido de la botella sobre el plato de dátiles. Se detuvo un momento. Oyó los pasos del chico que volvía y, a toda prisa, con el mismo sigilo con que había entrado, volvió a salir.

Imam no había dicho todavía ni una sola palabra, Indy miraba de cuando en cuando a Sallan, que daba la impresión de ser un hombre acostumbrado a esperar muchísimo y a tener una inagotable paciencia. Se abrió la puerta. Entró Abu con la jarra de vino y los vasos, y dejó la bandeja en la mesa. El vino era una tentación, pero Indy no se movió. Aquél silencio le ponía nervioso. El chico se marchó, y volvió a entrar con varios platos de comida: queso, fruta, un plato de dátiles. Sallah cogió un trozo de queso y empezó a mordisquearlo, con aire muy pensativo. Los dátiles

estaban apetitosos, pero Indy no tenía hambre. El mono se levantó, y se metió debajo de la mesa. Continuaba el silencio. Indy se inclinó un poco hacia adelante, y cogió un dátil. Echó la cabeza para atrás, tiró el dátil al alto y trató de cogerlo con la boca, pero le dio en la cara y salió rodando por el suelo. Abu le dirigió una mirada de extrañeza, como si aquella costumbre occidental fuera un disparate demasiado grande para tenerlo en cuenta, y luego recogió el dátil y lo puso en un cenicero.

¡Demonio!, pensó Indy. ¡Qué mal ando de reflejos!

—Miren. Acérquense y miren —dijo de repente Imam.

Su voz ronca rompió el silencio con la misma solemnidad que si fuera una plegaria. Era una de esas voces a las que uno responde sin pensarlo dos veces.

Por encima de los hombros del viejo, Indy y Sallah contemplaron los signos que Imam les mostraba:

—Esto es una advertencia… nadie perturbe el Arca de la Alianza.

—Justo lo que necesito —dijo Indy.

Se inclinó hacia adelante, casi tocando los hombros de Imam.

—Los otros signos se refieren a la altura del báculo de Ra, en el que debe encajarse este remate. De otra forma, la pieza, por sí misma, no sirve para nada.

Indy observó que el viejo tenía los labios ligeramente ennegrecidos, y que con frecuencia se pasaba la lengua por ellos.

—Entonces Belloq sacó la altura del báculo de la copia que tiene del medallón —dijo Indy.

Sallah asintió con la cabeza.

—¿Qué dicen los signos? —preguntó Indy.

—Son las medidas antiguas. Esto significa seis kadam de alto.

—Un metro y ochenta centímetros —dijo Sallan.

Indy oyó al mono andar junto a la mesa donde estaba la comida, y coger algunos trocitos. Él se acercó también a la mesa, y cogió un dátil antes de que el mono pudiera echarle la zarpa.

—No he terminado —dijo Imam—. Hay más cosas en la otra cara de la pieza. Se las leeré: *«Y entrega un kadam para honrar al Dios de los hebreos, cuya Arca es ésta»*.

La mano de Indy se detuvo a medio camino, antes de llegar a la boca.

—¿Estás seguro de que el medallón de Belloq sólo tiene signos en una de las caras? —preguntó.

—Completamente seguro —contestó Sallah.

Indy soltó una carcajada.

—Pues entonces el báculo de Belloq tiene treinta centímetros de más. ¡Están cavando donde no tenían que hacerlo!

Sallah empezó a reír también. Los dos se abrazaron, mientras Imam los

contemplaba, sin reírse.

—No entiendo quién es ese Belloq —dijo el viejo—. Lo único que puedo decirles es que la advertencia del Arca es una advertencia seria. Y puedo también decirles que está escrito… los que abran el Arca y dejen escapar su fuerza, morirán si la miran. Si se ponen delante de ella. Yo respetaría esas advertencias, amigos míos.

Tendría que haber sido un momento muy solemne, pero Indy estaba demasiado contento al comprobar el error del francés para prestar atención a las palabras del viejo. ¡Un triunfo!, pensó. Maravilloso. Le habría gustado ver la cara de Belloq cuando no encontrara el Pozo de las Animas. Tiró el dátil a lo alto, y abrió la boca.

A ver si esta vez acierto.

Pero la mano de Sallah pescó el dátil en el aire, antes de que pudiera llegar a la boca de Indy.

—¡Mira! —Sallah señalaba hacia el suelo, debajo de la mesa.

El mono estaba allí tumbado, como muerto. A su alrededor había huesos de dátil. El animal se movió un poco, le temblaban las patas. Luego cerró los ojos y no volvió a moverse.

Indy miró a Sallah.

El egipcio levantó los hombros, y dijo:

—Dátiles malos.

9

LAS EXCAVACIONES DE TANIS, EGIPTO

La mañana en el desierto era ardiente, las franjas de arena relumbraban. Un paisaje, pensó Indy, en el que cualquier hombre podría con toda razón decir que veía espejismos. Miró al cielo, mientras el camión corría haciendo ruido por la carretera. Se sentía incómodo con la chilaba que le había prestado Sallah, y no estaba muy seguro de poder pasar por un árabe a pesar del disfraz… pero valía la pena. Se volvía de cuando en cuando para mirar el camión que venía detrás. Lo conducía Omar, el amigo de Sallah; en la parte trasera del camión iban seis obreros árabes. Otros tres iban en el camión de Sallah. Esperemos, pensó Indy, que sean tan de fiar como él dice.

—Estoy nervioso —dijo Sallah—. No me importa confesarlo.

—No te preocupes demasiado.

—Corres un gran peligro —dijo Sallah.

—Éste juego consiste en eso —comentó Indy.

Volvió a mirar al cielo. El sol de primeras horas de la mañana caía sobre al arena con la fuerza de un martillo enfurecido.

—Espero que hayamos acertado con la medida del báculo —suspiró Sallah.

—Lo medimos con todo cuidado.

Indy se acordó del palo de un metro ochenta de largo que estaba en la parte de atrás del camión. La noche anterior se habían pasado varias horas cortándolo, afilando la punta para poder encajar en ella el remate. Una sensación muy extraña, esa de colocar el medallón en el palo. Al hacerlo, se había sentido muy unido al pasado en esos momentos, recordando otras manos que lo habían colocado de la misma manera hacía tantos años.

Los dos camiones se pararon. Indy se bajó, y se acercó al que conducía Omar; el árabe se bajó también; y alzó los brazos para saludarle. Y luego señaló un punto a lo lejos, un sitio en el que el terreno era menos llano, donde se veían algunas dunas.

—Esperaremos allí —dijo Omar.

Indy se pasó la mano por los labios resecos.

—Y buena suerte —dijo el árabe.

Omar volvió a subirse al camión, y arrancó, levantando una tremenda polvareda. Indy le vio marchar. Luego se fue otra vez adonde estaba Sallah y subió al camión. Después de recorrer una distancia como de una milla, volvieron a pararse. Indy y

Sallah se bajaron del camión, atravesaron una franja de arena, y luego se sentaron a contemplar la depresión que se abría delante de ellos.

Las excavaciones de Tanis.

Eran grandes e importantes; a juzgar por el número de obreros y los equipos que tenían, estaba claro que el Führer quería el Arca a toda costa. Había camiones, excavadoras, tiendas de campaña. Cientos de obreros árabes y, al parecer, igual número de supervisores alemanes, que ofrecían un aspecto absurdo, vestidos de uniforme, como si quisieran estar lo más incómodos posible en el desierto. Se había cavado la tierra, se habían abierto grandes hoyos, ahora ya abandonados, lo mismo que algunos cimientos y caminos, desenterrados, pero ya sin interés. Y más allá de las excavaciones se distinguía algo que parecía ser una pista de aterrizaje.

—No había visto nunca unas excavaciones tan grandes —dijo Indy.

Sallah señalaba ahora un punto en el centro de los trabajos, un gran montículo de arena, con un agujero en el medio; habían puesto una cuerda alrededor, sostenida por unos postes.

—La cámara del mapa —dijo.

—¿A qué hora da el sol en ella?

—Justo después de las ocho.

—No tenemos mucho tiempo. —Miró el reloj de pulsera que le había prestado Sallah—. ¿Dónde están buscando los alemanes el Pozo de las Animas?

Sallah señaló otro punto. Algo más allá de la zona en que había más actividad, hacia las dunas, se veían varios camiones y una excavadora. Indy estuvo mirándolo un rato. Luego se levantó, y preguntó a Sallah:

—¿Has traído la cuerda?

—Claro.

—Pues vamos.

Uno de los obreros árabes se puso al volante del camión, y lo condujo despacio hacia las excavaciones. Indy y Sallah cruzaron entre las tiendas de campaña. Se dirigieron hacia la cámara del mapa, tratando de pasar inadvertidos, pero Indy se preguntaba cuánto iban a tardar en descubrirlos, pues llevaba en la mano el báculo, que medía un metro ochenta y era una vara de madera de buen tamaño. Pasaron al lado de varios alemanes uniformados, que apenas les prestaron atención: estaban en grupos, hablando y fumando al sol. Un poco más allá, Sallah dijo a Indy que se parara: habían llegado a la cámara del mapa. Indy echó una mirada a su alrededor y luego, con la mayor naturalidad posible, se acercó al borde de la abertura, el techo de la antigua cámara del mapa. Conteniendo la respiración, se asomó a la cámara, y luego miró a Sallah, que sacó una cuerda que llevaba y ató uno de sus extremos a un barril de petróleo que había allí al lado. Indy dejó caer el báculo por la abertura,

sonrió a Sallah, y agarró la otra punta de la cuerda. Sallah estaba muy nervioso, con la cara cubierta de sudor. Indy empezó a descolgarse por la cámara del mapa.

La cámara del mapa, pensó. En cualquier otro momento se habría sentido sobrecogido sólo de pensar en ese sitio; en cualquier otro momento se habría parado para mirarlo mejor, habría tenido ganas de recrearse, pero ahora no. Llegó al suelo y tiró de la cuerda, que Sallah se encargó de subir en seguida. Le daba pena no poder entusiasmarse con aquella maravillosa habitación, que tenía frescos en las paredes y estaba iluminada por la luz que entraba de arriba. Fue hacia donde estaba la reproducción en miniatura de la ciudad de Tanis: un admirable mapa tallado en piedra, perfecto en todos sus detalles, tan bien hecho, que uno casi podía imaginarse a unos hombres diminutos viviendo en aquellas casas y andando por aquellas calles. Estaba asombrado de la habilidad de quienes hicieron el mapa y de la paciencia que habían necesitado para construirlo.

Todo a lo largo de él corría un friso formado por mosaicos incrustados. En el friso había unas ranuras, colocadas a igual distancia unas de otras, y con un símbolo en cada una de ellas, para las distintas épocas del año. En las ranuras era donde se encajaba la base del báculo. Sacó del bolsillo la pieza del remate, recogió el báculo, y vio que la luz del sol empezaba ya a reflejarse sobre la ciudad en miniatura que tenía a sus pies.

Eran las siete y cincuenta minutos. No tenía mucho tiempo.

Sallah recogió la cuerda, se la enrolló en la mano, y se dispuso a ir hacia el barril de petróleo. Casi no se había dado cuenta de que se acercaba un jeep, y se asustó al oír la voz de un alemán que gritaba:

—¡Eh! ¡Tú!

Sallah trató de poner cara de bobo.

—Sí, tú. ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo el alemán.

—Nada, nada. —Sallah inclinó la cabeza para demostrar su inocencia.

—Trae acá esa cuerda —dijo el alemán—. Éste maldito jeep se ha atascado.

Sallah vaciló un momento, luego desató la cuerda y se acercó al jeep. Había llegado también un camión, que se paró a poca distancia, delante del jeep.

—Ata la cuerda al jeep y al camión —dijo el alemán.

Sallah, sudando, lo hizo. La cuerda, pensó, me quitan mi preciosa cuerda. Oyó que el motor de los dos coches se ponía en marcha, vio cómo las ruedas empezaban a dar vueltas en la arena. La cuerda estaba ya tirante. ¿Qué iba a hacer ahora para sacar a Indy de la cámara del mapa sin tener una cuerda?

Fue detrás del jeep por la arena, y no se dio cuenta de que allí al lado había una hoguera y una olla de comida puesta encima de ella. Varios soldados alemanes estaban sentados alrededor de una mesa, y uno de ellos le llamó para que les llevara

la comida. Sallah, sintiéndose perdido, miró al alemán.

—¿Estás sordo?

Sallah se inclinó con aire servil, cogió la olla y la llevó a la mesa. No podía dejar de acordarse de Indy, atrapado en la cámara del mapa; no podía pensar en nada que no fuera cómo sacar de allí al americano sin una cuerda.

Empezó a servir la comida, tratando de no hacer caso de los insultos de los soldados. Lo hacía a toda prisa. Derramó parte de la comida en la mesa, y recibió un sopapo por sus servicios.

—¡Inútil! ¡Mira cómo me has puesto la camisa!

Sallah bajó la cabeza. Fingió estar muy avergonzado.

—Tráeme agua, corre.

Corrió a buscar el agua.

Indy cogió la pieza del remate y la encajó con todo cuidado en el extremo del báculo. Puso la otra punta en una de las ranuras de los mosaicos, y escuchó el ruido que hacía la madera al penetrar entre las viejas baldosas. La luz daba en la punta del remate, el rayo de sol se acercaba por unos segundos al pequeño agujero de cristal. Esperó. Podía oír las voces de los que andaban por arriba. No quiso hacer caso de ellas. Si hacía falta, ya se preocuparía luego de los alemanes. Pero ahora no.

La luz atravesaba el cristal, formaba una línea brillante a través de la ciudad en miniatura. El prisma de cristal hacía que se quebrara esa línea de luz, y allí, entre las casitas y calles, iba a caer sobre un determinado punto. Luz roja, que brillaba sobre un pequeño edificio que, como si fuera por arte de magia, por algún viejo secreto, empezaba también a brillar. Indy lo contemplaba asombrado y, de pronto, se dio cuenta de que había unas marcas de pintura roja en otros edificios, unas marcas que estaban recién hechas. *Los cálculos de Belloq*.

O los errores de Belloq: el edificio iluminado por el remate estaba unos cuarenta y cinco centímetros más cerca que la última marca roja pintada por el francés.

Sobrecogedor. Perfecto. No podía esperar nada mejor. Indy se puso de rodillas junto a la ciudad en miniatura, y sacó un metro del bolsillo. Midió la distancia entre la última marca de Belloq y el edificio iluminado por la luz. Hizo sus cálculos rápidamente, y los apuntó en un cuadernillo. El sudor le corría por la cara, le goteaba sobre las manos.

Sallah no fue a buscar el agua. Se escabulló entre las tiendas de campaña, con la esperanza de que ningún alemán le detuviese. Muerto de miedo, empezó a buscar una cuerda. No la encontró. No había nada de que echar mano. Anduvo de un lado para otro, resbalando sobre la arena, rogando a Dios que ninguno de los alemanes se fijara

en lo que estaba haciendo o le llamara para encargarle algún trabajo. Tenía que hacer algo en seguida para sacar a Indy de allí. ¿Pero qué?

Se paró. Entre dos de las tiendas, había varias cestas destapadas.

No hay ninguna cuerda; pues en estas circunstancias algo tengo que inventar.

Después de asegurarse de que no le veía nadie, se acercó a las cestas.

Indy partió en dos trozos el báculo de madera, y se guardó la pieza del remate entre sus ropas. Dejó los trozos de madera en un rincón de la cámara del mapa, y luego se colocó debajo de la abertura y miró al cielo. La luz le cegó por un momento.

—Sallah —llamó, con una voz que no se sabía si era un grito o un suspiro.

Nada.

—Sallah.

Nada.

Echó una ojeada a la habitación para ver si podía encontrar algo que sustituyera al egipcio, pero allí no había nada. ¿Dónde estaría Sallah?

—¡Sallah!

Silencio.

Miró el agujero de arriba; cerró los ojos porque le molestaba la luz, esperó.

De repente oyó cierto movimiento arriba. Vio que algo empezaba a caer por el agujero, y en el primer momento creyó que era una cuerda, pero no lo era: lo que bajaba era una ristra de ropas, atadas unas a otras para formar una especie de cuerda: camisas, túnicas, pantalones, capas y, lo más sorprendente de todo, una bandera con la cruz gamada.

Agarró el lío de ropas, se colgó de él, y empezó a trepar. Llegó arriba, y quedó de bruces sobre el suelo, mientras Sallah tiraba de las ropas para sacarlas. Indy se echó a reír al ver que el egipcio lo metía todo en el barril de petróleo. Luego se levantó, y escapó con Sallah por entre las tiendas.

No vieron al alemán que estaba paseando arriba y abajo con claras muestras de impaciencia.

—¡A ver! Que todavía estoy esperando el agua.

Sallah extendió sus manos para disculparse.

El alemán se volvió hacia Indy:

—Tú eres un zángano también. ¿Por qué no estás cavando?

Sallah se acercó al alemán, mientras Indy, después de hacer una reverencia, echaba a correr en dirección contraría.

Andaba de prisa, sacudiendo sus ropajes mientras pasaba entre las tiendas. Desde atrás, como si hubiera levantado alguna sospecha, oía la voz del alemán que gritaba: *¡Espera! ¡Vuelve!* Lo último que podría ocurrírseme es volver, idiota. Pasaba entre las tiendas de campaña, tratando de no despertar sospechas, y luchando al mismo

tiempo con el deseo de echar a correr y empezar a excavar cuanto antes en el Pozo de las Ánimas, cuando aparecieron dos oficiales alemanes. Maldita sea, pensó, al ver que se paraban a hablar y encendían unos cigarrillos. Le habían cerrado el paso.

Se escurrió junto a las tiendas, aprovechando la escasa sombra que podía encontrar, luego vio una que estaba abierta y entró en ella. Podía esperar allí unos minutos hasta que se despejara el camino. Aquéllas dos coles agrias de alemanes no irían a pasarse todo el día allí.

Se limpió el sudor de la frente, y se secó las manos con las ropas. Por primera vez desde que había entrado allí, empezó a pensar en la cámara del mapa: se acordó de aquella extraña sensación de intemporalidad que había tenido, la sensación de estar como suspendido, flotando, como si él mismo se hubiera convertido en un objeto más atrapado por la historia, perfectamente conservado, intacto. La cámara del mapa de Tanis. Hasta cierto punto, era como descubrir que un cuento de hadas tenía cierta base real, la leyenda que tiene un fondo de verdad. Y esa idea le hizo sentirse un poco humilde: vives en el año 1936, con sus aviones y sus radios, y sus grandes máquinas de guerra, y de repente te encuentras con una cosa al mismo tiempo tan complicada y tan sencilla, algo tan primitivo como un mapa en miniatura, en el que hay un edificio que brilla cuando la luz cae sobre él de cierta manera. Puedes llamarlo alquimia, arte o magia, como más te guste, pero el paso de los siglos no ha servido para mejorar nada gran cosa. El tiempo no ha hecho más que recortar las raíces de algún profundo sentido de lo cósmico, lo sobrenatural.

Y ahora tenía a su alcance el Pozo de las Ánimas.

El Arca.

Volvió a limpiarse el sudor con el borde de la túnica. Miró por una rendija de la tienda. Seguían allí, hablando y fumando. ¿Cuándo demonios se decidirían a moverse?

Estaba pensando en la forma de escapar, tratando de descubrir alguna salida, cuando oyó un ruido en el fondo de la tienda. Era como un gruñido, un sonido ahogado. Se dio la vuelta, y miró hacia todas partes, convencido de que la tienda estaba vacía.

Por un momento, no pudo creerlo, tuvo la impresión de estar loco, de que el pulso se le paraba.

Estaba sentada en una silla, atada a ella con unas cuerdas, y con la boca tapada por un pañuelo. Estaba allí sentada, le suplicaba con los ojos, le llamaba, y trataba de hablar a través de los pliegues del pañuelo que le imprimía los labios. Corrió hacia ella y le quitó la mordaza de la boca. La besó, con un beso anhelante, largo y profundo. Cuando apartó la cara, le puso la mano en la mejilla.

Cuando empezó a hablar le temblaba la voz:

—Tenían dos cestos… dos cestos para confundirte. Cuando creías que estaba en

el camión, estaba en el coche…

—Creí que habías muerto —dijo.

¿Y qué era esa insondable sensación de alivio que sentía ahora? ¿La de verse libre de culpa? ¿O era sólo alegría, gratitud al ver que estaba viva?

—Sigo coleando —dijo ella.

—¿Te han hecho daño?

Parecía luchar contra alguna ansiedad interna.

—No, no me han hecho daño. Sólo me preguntaron por ti, querían descubrir qué era lo que sabías.

Indy se frotó la barbilla, le parecía notar cierta vacilación en Marion. Pero estaba demasiado nervioso para pararse a pensarlo.

—Indy, por favor, sácame de aquí. Es muy malo.

—¿Quién?

—El francés.

Estaba ya a punto de desatarle las cuerdas cuando se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Marion.

—Mira, no entenderás nunca lo que siento en este momento. Nunca encontraré palabras para decírtelo. Pero quiero que confíes en mí. Voy a hacer una cosa que no me gustaría hacer.

—Desátame, Indy. Por favor, desátame.

—Si es que ésa es la cosa, precisamente. Si te suelto no van a dejar de revolver ni un solo grano de arena para buscarte, y eso no puedo permitirlo en este momento. Y, como sé dónde está el Arca, tengo que llegar allí antes de que lleguen ellos y, entonces, podré volver a buscarte.

—¡No, Indy!

—Lo único que tienes que hacer es quedarte ahí sentada un poco más de tiempo…

—¡Suéltame, bestia!

Volvió a ponerle la mordaza en la boca, y se la ató. Luego la besó en la frente, sin hacer caso de sus protestas, de sus gruñidos, y se levantó:

—Quédate ahí —dijo—. Volveré.

Volveré, pensó. Ésa palabra era algo muy viejo, recordaba otra de diez años atrás. Y veía la duda en los ojos de ella. Volvió a besarla, y fue hacia la entrada de la puerta.

Marion aporreó el suelo con la silla.

Indy salió afuera; los oficiales alemanes se habían ido.

El sol era ahora más fuerte; caía como fuego.

Viva, pensó: está viva. Y esa idea era algo que parecía encumbrarse en su cabeza. Empezó a andar más de prisa para alejarse de las tiendas y las excavaciones, y llegar a las dunas, al lugar en el que tenía una cita con Omar y sus obreros.

Sacó del camión de Omar el aparato del agrimensor, y lo montó en las dunas. Lo puso en línea con la cámara del mapa y, después de repasar los cálculos que había hecho, fijó la posición en el desierto, en una zona situada a varios kilómetros y bastante más próxima que el sitio donde Belloq, por error, había estado excavando para buscar el Pozo de las Ánimas. *Allí*, pensó. Ése es el sitio.

—¡Ya lo tengo! —gritó, recogió el instrumento y volvió a meterlo en el camión.

El sitio quedaba lejos de las excavaciones de Belloq, y estaba tapado por las dunas. Podían trabajar sin que los vieran.

Al subir al camión, Indy distinguió una figura sobre las dunas. Era Sallah que, con su túnica al viento, venía corriendo hacia el camión.

—Creí que no ibas a llegar nunca —dijo Indy.

—Y he estado a punto de no hacerlo —contestó Sallah, subiéndose al camión.

—Vámonos —dijo Indy al conductor.

Después de pasar las dunas, detuvieron el camión. Era un lugar yermo, en el que no se podía pensar en ir a buscar algo tan emocionante como el Arca. Arriba, el sol era una bola incandescente, como una rosa amarilla a punto de explotar; tenía una fuerza tan grande, que parecía que fuera a estallar de un momento a otro y caer del cielo.

Fueron hacia el sitio que Indy había calculado. Durante un rato, estuvo quieto, mirándolo: nada más que arena seca. No podía uno ni soñar que allí fuera nunca a crecer algo. Era imposible imaginar que aquella tierra pudiera dar nada. Y nadie creería que iba a dar el Arca.

Indy fue al camión a buscar una pala. Los obreros se encaminaban ya al punto señalado. Tenían la cara quemada, como si fuera de cuero. Indy se preguntaba si podrían vivir más de cuarenta años en un sitio como aquél.

Sallah, que llevaba una azada en la mano, iba al lado de Indy.

—Yo creo que aquí sólo pueden venir si Belloq se da cuenta de que está trabajando donde no tenía que hacerlo. De otra forma, no hay razón para venir aquí.

—¿Y quién ha oído nunca que un nazi necesite tener razones?

Sallah sonrió. Luego se dio la vuelta y contempló las dunas; kilómetros y kilómetros en los que no había nada. Estuvo un momento callado, y luego dijo:

—Hasta un nazi necesitaría tener una buena razón para andar por aquí.

Indy dio un golpe en el suelo con la azada: la azada:

—Y encima necesitaría un requisitorio, y que se lo firmaran por triplicado en Berlín. —Miró a los obreros, y dijo—: Venga, manos a la obra.

Empezaron a cavar, a amontonar la arena; trabajaban con furia, y sólo paraban para beber agua, que habían traído en odres de piel de camello, y que estaba ya

caliente. Estuvieron cavando hasta que ya no había luz; pero el calor seguía allí, amarrado a la arena.

Belloq estaba sentado en su tienda, dando golpecitos con los dedos en la mesa donde tenía los mapas, dibujos del Arca, hojas de papel cubiertas de jeroglíficos con sus cálculos. Su estado de ánimo no era nada bueno; estaba nervioso, malhumorado, y la presencia de Dietrich, y del lacayo de Dietrich, Gobler, no contribuía a calmarle. Se levantó, cogió una palangana de agua y se mojó la cara.

Un día perdido —dijo Dietrich—. Un día perdido.

Belloq se secó la cara con una toalla, luego se sirvió un poco de coñac. Miró al alemán, y luego a su subordinado Gobler, que parecía ser sólo una sombra de Dietrich.

Dietrich, incansable, continuó:

—Mis hombres has estado cavando todo el día, y ¿para qué? Dígame, ¿para qué?

Belloq bebió un sorbo de coñac, y dijo:

—De acuerdo con la información que poseo, mis cálculos estaban bien. Pero la arqueología no es la más exacta de las ciencias, Dietrich. Creo que no acaba usted de entenderlo. Es posible que encontremos el Arca en otra cámara contigua. Quizás hay algún detalle esencial que todavía se nos escapa.

Se encogió de hombros y terminó su coñac. Generalmente, la forma en que actuaban los alemanes, aquella manía de estar siempre a su alrededor, como si creyeran que era un vidente o un profeta, le sacaba de quicio. Pero ahora comprendía que no estuvieran contentos.

—El Führer está constantemente pidiendo que se le comuniquen los progresos que se hacen —dijo Dietrich—. No es un hombre paciente.

—Podría usted recordar lo que fue mi conversación con su Führer, Dietrich. Supongo que se acordará de que no hice ninguna promesa. Dije únicamente que las cosas parecían ir bien, y nada más.

Hubo un silencio. Gobler se puso delante de la lámpara de petróleo, y su cuerpo proyectaba una sombra que a Belloq se le antojó muy amenazadora. Gobler dijo:

—La chica podría ayudarnos. Después de todo, ella es quien ha tenido en su poder la pieza original durante años.

—Sí, es verdad —dijo Dietrich.

—Dudo que sepa algo —dijo Belloq.

—Valdría la pena intentarlo —comentó Gobler.

No podía comprender por qué le molestaba tanto la forma que tenían de tratar a la chica. Habían hecho barbaridades con ella, la habían amenazado con toda suerte de torturas, pero daba la impresión de que no tenía nada que decirles. ¿Indicaría eso que tenía algún punto flaco, alguna debilidad hacia ella? La idea le aterraba. Miró un

momento a Dietrich. Qué mala vida llevaban con aquel miedo a su querido Führer. Por la noche, hasta debían verle en sueños, suponiendo que soñaran, cosa que le costaba mucho trabajo creer. Eran hombres desprovistos de imaginación.

—Si no quiere tener nada que ver con la chica, Belloq, yo conozco a alguien que se encargaría de descubrir qué es lo que sabe.

No era momento de mostrar debilidad o dar a entender que le preocupaba la chica. Dietrich salió a la puerta de la tienda y dio una voz. No tardó en aparecer el hombre que se llamaba Arnold Toht, que saludó con el brazo extendido, a estilo nazi. En la palma de la mano tenía la cicatriz, la quemadura en que había quedado grabada la forma de la pieza.

—La mujer —dijo Dietrich—. Creo que ya la conoce, Toht.

—Tenemos una antigua cuenta pendiente.

—Y una antigua cicatriz —añadió Belloq.

Toht, muy serio, bajó la mano.

Cuando se hizo de noche, y había aparecido sobre el horizonte una luna pálida, una luna de un azul desvaído, Indy y sus hombres dejaron de cavar. Habían encendido antorchas, y vieron que la luna empezaba a apagarse al pasar algunas nubes por delante de ella; luego se vieron relámpagos en el cielo, unos extraños relámpagos que eran como fogonazos, una tormenta seca que no se comprendía de dónde había salido.

Los hombres habían cavado un hoyo que puso al descubierto una pesada puerta de piedra, situada al mismo nivel que el fondo del pozo. Durante un buen rato nadie dijo nada. Se trajeron herramientas del camión, y los hombres trabajaron con todas sus fuerzas para abrir la puerta, soltando maldiciones por lo mucho que pesaba.

Retiraron la puerta de piedra. Debajo de ella había una cámara subterránea. *El Pozo de las Animas*. Estaba a unos treinta pies de profundidad, y era una cámara grande, con las paredes cubiertas de jeroglíficos y figuras grabadas. El techo estaba sostenido por grandes estatuas, los guardianes de la cámara. Era una construcción impresionante y, a la luz de las antorchas, daba la impresión de ser algo insondable, un abismo en el que la historia misma hubiera quedado apresada. Los hombres movían las antorchas a un lado y a otro para ver mejor.

Apareció el fondo de la cámara, débilmente iluminado. Había un altar de piedra y un cofre, también de piedra, encima de él; el suelo aparecía cubierto por una extraña cosa oscura.

—El cofre tiene que contener el Arca —dijo Indy—. Lo que no entiendo es qué es esa cosa oscura que cubre el suelo.

Pero luego, de repente, lo comprendió; aterrado, dejó caer la antorcha dentro del pozo, y oyó el silbido de cientos de serpientes.

Al caer la antorcha ardiendo, las serpientes empezaron a moverse para escapar de la llama. No eran cientos, eran miles de serpientes, áspides egipcios, que se agitaban y se retorcían, arrastrándose por el suelo, y respondían a la llama con sus silbidos. El suelo parecía moverse a la luz de la antorcha, pero no era el suelo, eran las serpientes, que se apartaban del fuego. Sólo el altar de piedra estaba libre de ellas. Sólo el altar de piedra parecía inmune a ellas.

—¿Pero por qué tenía que haber serpientes? —preguntó Indy—. Cualquier cosa menos serpientes, cualquier cosa. Habría podido aguantar lo que fuera menos eso.

—Áspides —dijo Sallah—. Muy venenosos.

—Gracias por la información, Sallah.

—Pero ya ves que se apartan de la llama.

Domínate, pensó Indy. Estás tan cerca del Arca que puedes *sentirla*, enfréntate a tu fobia y haz algo para librarte de ella. Un millar de serpientes, ¿y qué? ¿Y qué? Aquél suelo viviente era la encarnación de una vieja pesadilla. Las serpientes le perseguían en sus sueños más negros, estaban enraizadas en sus más íntimos temores. Se volvió hacia los trabajadores y dijo:

—Bien, bien. Unas cuantas serpientes. Hay mucho que hacer. Quiero montones de antorchas. Y petróleo. Necesito una pista de aterrizaje ahí abajo.

Dejaron caer antorchas encendidas dentro del pozo. Se derramaron varias latas de petróleo sobre los sitios donde habían escapado las serpientes. Los obreros empezaron a bajar un gran cajón de madera, que tenía unas asas de cuerda colocadas en los extremos. Indy lo miraba, preguntándose si una fobia era algo que uno podía tragarse, digerirlo, algo de lo que te podías olvidar, como si fuera un dolor de estómago pasajero. A pesar de estar decidido a descolgarse, no dejaba de temblar, y las serpientes, retorciéndose y estirándose, llenaban la oscuridad con sus silbidos, un sonido más amenazador que ninguno de los que había oído. Bajaron una cuerda: se levantó, tragó saliva, se colgó de la cuerda, y saltó al pozo. Sallah le siguió un momento después. Lejos del borde de las llamas, las serpientes se retorcían, se deslizaban, se subían unas sobre otras, montones de serpientes, huevos de serpiente que se abrían y de los que salían pequeños áspides, serpientes que se devoraban unas a otras.

Estuvo un rato allí colgado, con la cuerda balanceándose a un lado y a otro, y Sallah, colgado también, justo encima de él.

—Creo que ésta es la cosa —dijo.

Marion vio que Belloq entraba en la tienda. Avanzó despacio y se quedó mirándola, pero sin hacer ningún movimiento para ir a desatarle el pañuelo de la boca. ¿Qué era lo que tenía aquel hombre? ¿Qué era lo que veía en él y que le producía esa sensación casi de pánico? Podía oír los latidos de su corazón. La miraba fijamente, y hubiera deseado poder cerrar los ojos y apartar la cara. La primera vez

que se encontró con él después de que la capturaran, apenas le había dicho nada, pero se había quedado mirándola igual que lo estaba haciendo ahora. Tenía una mirada fría, pero a ella le parecía, aunque no supiera muy bien por qué, que también podría ser cariñosa en algún momento. Eran unos ojos que daban la impresión de saber mucho, como si hubieran penetrado algún profundo secreto, como si hubieran probado la realidad y la hubieran encontrado incompleta. Era guapo, con esa clase de belleza de los hombres que aparecían en las revistas del corazón europeas, vestidos con trajes blancos y tomando una bebida exótica en la terraza de una casa de campo. Pero no eran ésas las cualidades que le atraían a ella.

Era algo más.

Algo en lo que no quería pensar.

Cerró los ojos. No podía soportar que la mirasen con tanto detenimiento, no podía soportar verse como un objeto de estudio, casi como un fragmento arqueológico, un trozo de arcilla que servía para recomponer alguna antigua vasija de barro. Una cosa inanimada que hay que clasificar.

Al oírle acercarse, abrió los ojos.

Belloq no dijo nada, y ella se sintió aún más molesta. Siguió avanzando, hasta ponerse delante de ella, y entonces alargó la mano muy despacio, y empezó a quitarle el pañuelo de los labios, a despegárselo suavemente de la boca. Y de repente pensó una cosa en la que no quería pensar, que era su mano acariciándole las caderas. No, no es eso. No es nada de eso, se dijo. Pero la imagen no se apartaba de su cabeza. Y la mano de Belloq, con la seguridad de la de un amante, fue subiendo el pañuelo de la boca hacia las mejillas, y luego empezó a desatar el nudo, todo ello muy despacio, con la elegancia despreocupada de un seductor que, por una especie de instinto, nota que la pieza se rinde.

Marion volvió la cabeza a un lado. Quería apartar esos pensamientos, pero se sentía incapaz de hacerlo. No quiero sentirme atraída por este hombre, pensó. No quiero que me toque. Pero luego, cuando le pasó los dedos por debajo de la barbilla y empezó a rozarle la garganta, comprendió que era incapaz de oponerse. No le dejaré que lo vea en mis ojos. No le dejaré que me lo note en la cara. A pesar de sus propósitos, empezó a imaginarse que las manos de Belloq recorrían su cuerpo, unas manos que eran extrañamente suaves, delicadas, muy especiales y prometedoras. Y de pronto comprendió que aquel hombre sería un amante de una generosidad extraordinaria, que le haría sentir una clase de placer que no había conocido hasta entonces.

Lo sabe, pensó. Él también lo sabe.

Acercó su cara a la de ella. Sentía la dulzura de su aliento. No, no, no, pensó. Pero no podía hablar. Sabía que estaba inclinándose hacia adelante, como en una anticipación del beso, parecía que le bailaba la cabeza, sentía un deseo intenso. Pero

el beso no llegó. No hubo beso. Él se había agachado un poco, y estaba empezando a desatar las cuerdas, y lo hacía en la misma forma que antes, dejaba caer las cuerdas al suelo como si se tratara de las más eróticas prendas.

Todavía no había dicho una palabra.

Estaba mirándola. Le parecía ver en sus ojos algo de ese toque de ternura que había imaginado antes, pero no podía decir si era algo real o algo que acostumbraba a emplear, una pieza de su repertorio para casos semejantes.

—Eres muy guapa —dijo por fin.

Marion movió la cabeza.

—Por favor…

Pero no sabía si estaba rogándole que se fuera o si estaba pidiendo que la besara, y se dio cuenta de que en toda su vida había experimentado una emoción tan inexplicable. ¿Por qué demonios no había vuelto Indy? ¿Por qué la había dejado allí?

La repelía, la atraía… ¿pero es que no había una línea bien clara entre esas dos cosas? ¿Alguna señal que pudiera leer? No importaba: no podía establecer distinciones, todo se mezclaba en su cabeza. Veía la contradicción y comprendía, con horror, que lo que quería era que aquel hombre hiciera el amor con ella, que le enseñara lo que ella sentía era su profundo conocimiento del amor físico; y aparte de eso, tenía también la impresión de que podía ser cruel, una sospecha que de momento tampoco le importaba.

Volvió a acercar su cara a la de ella. Marion miró sus labios. Los ojos expresaban conocimiento, una comprensión que no había visto nunca en la cara de un hombre.

Ya desde antes de besarla la conocía, podía ver dentro de ella. Se sentía más desnuda de lo que nunca se había sentido. Y hasta ese sentimiento de vulnerabilidad la atraía. Se acercó. La besó.

Quiso apartarse otra vez.

El beso… cerró los ojos y se entregó al beso, y fue un beso distinto de todos los que había dado en su vida. Iba más allá de los estrechos límites de los labios y la lengua. Creaba espacios de luz en su cabeza, colores, una trama de oro y plata y amarillo y azul, como si estuviera contemplando alguna imposible puesta de sol. Nadie le había producido nunca esa impresión. Nada semejante. Ni siquiera Indy.

Cuando él apartó la cara, se dio cuenta de que estaba agarrándole con fuerza. Le estaba clavando las uñas en el cuerpo. Y el comprobarlo le produjo un gran disgusto y un sentimiento de vergüenza. ¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿Qué era lo que se había apoderado de ella?

Se separó de él.

—Por favor —dijo—. Basta.

Belloq sonrió y dijo por primera vez:

—Quieren hacerte daño.

Era como si el beso no hubiera existido nunca. Era como si la hubieran engañado. La repentina desilusión que sintió fue como la caída de una montaña rusa.

—Conseguí convencerlos para que me dejaran un rato a solas contigo. Después de todo, eres una mujer muy atractiva. Y no quiero ver que te hacen daño. Son unos bárbaros.

Volvió a acercarse a ella. No, pensó Marion. Otra vez, no.

—Tienes que decirme algo para aplacarlos. Darme alguna información.

—No sé nada… ¿cuántas veces voy a tener que decírselo?

Se sentía mareada. Necesitaba sentarse. ¿Por qué no la besaba otra vez?

—¿Qué hay de Jones?

—No sé nada.

—Tu lealtad es admirable. Pero tienes que decirme qué es lo que sabe Jones.

La imagen de Indy se le apareció una vez más.

—No ha hecho más que meterme en líos.

—No lo dudo —dijo Belloq, que le cogió la cara entre sus manos, y se quedó mirándola a los ojos—. Quiero creer que no sabes nada. Pero no puedo controlar a los alemanes. No puedo contenerlos.

—No les deje que me hagan daño.

—Pues entonces, dime algo.

Se abrió la puerta de la tienda. Marion vio allí de pie a Arnold Toht. Detrás de él estaban los dos alemanes que llamaban Dietrich y Gobler. El miedo que sintió era como un sol que ardiera dentro de su cabeza.

—Lo siento —dijo Belloq.

Marion no se movió. Se quedó mirando a Toht, recordando cómo había intentado quemarla con el atizador en la taberna.

—*Fräulein* —dijo Toht—. Hemos hecho un viaje muy largo para venir aquí desde Nepal, ¿no?

Ella dio unos pasos, y movió asustada la cabeza.

Toht avanzó hacia ella. Marion miró a Belloq, como para pedirle ayuda una última vez, pero el francés salía ya de la tienda y desaparecía en la noche.

Cuando ya estaba fuera, se paró. Era una cosa rara sentirse atraído por esa mujer, era extraño que quisiera hacer el amor con ella, aunque todo hubiera nacido del deseo de poder averiguar algo. Pero después de eso, después del primer beso… Metió las manos en los bolsillos y estuvo dudando unos momentos. Tenía ganas de volver a la tienda, y evitar que esos gusanos hicieran lo que pensaban hacer, pero de pronto se sintió intrigado por algo que pasaba allá lejos.

Eran relámpagos, relámpagos incomprensiblemente concentrados en un solo sitio, como si se hubieran reunido allí deliberadamente, dirigidos por algo que tuviera

poder sobre la meteorología. Una concentración de descargas, chispas, relámpagos y resplandores lanzados sobre un mismo sitio. Se mordió el labio inferior, pensativo, y volvió a entrar en la tienda.

Indy avanzó hacia el altar. Trató de no hacer caso del silbido de las serpientes, un ruido como para volverle a uno loco, y que resultaba todavía peor entre las misteriosas sombras que arrojaban las antorchas. Había derramado petróleo en el suelo y le había prendido fuego, para hacer un camino entre las serpientes; y ahora esas llamas, al elevarse, eclipsaban la luz que venía de arriba. Sallah iba detrás de él. Juntos lucharon por retirar la losa de piedra que cubría el cofre; dentro de él, más hermosa de lo que nunca había imaginado, estaba el Arca.

Durante un rato no pudo ni moverse. Miraba los ángeles de oro, colocados el uno frente al otro sobre la tapa, las láminas de oro que cubrían la madera de acacia. Las anillas para llevarla que tenía en las cuatro esquinas brillaban a la luz de la antorcha. Miró a Sallah, que contemplaba el Arca con un silencio reverencial. Indy sentía un inmenso deseo de acercarse a ella y tocarla pero, en el mismo momento en que lo pensaba, Sallah alargó la mano.

—No la toques —gritó Indy—. No se te ocurra tocarla.

Sallah retiró la mano. Fueron a buscar el cajón de madera y sacaron los cuatro varales que tenía colocados en los extremos. Los pasaron por las anillas del Arca y, echando pestes por lo mucho que pesaba, la levantaron, la sacaron del cofre de piedra y la metieron en el cajón. El fuego empezaba ya a agotarse, y las serpientes, con un silbido que parecía una sola voz, iban deslizándose hacia el altar.

—Corre —dijo Indy—. Corre.

Ataron las cuerdas al cajón. Indy tiró de una de ellas y el cajón empezó a subir para arriba. Sallah cogió otra cuerda y trepó rápidamente por ella. Indy quiso hacer lo mismo; tiró de la cuerda para ver si estaba segura, y la cuerda cayó, como si fuera una serpiente más, desde la abertura que había en el techo de la cámara.

—¿Qué demonios…?

Arriba, se oyó la voz inconfundible del francés:

—¿Pero, doctor Jones, qué está usted haciendo en un sitio tan asqueroso como éste?

Se oyó una carcajada.

—Esto ya se está convirtiendo en una costumbre, Belloq —dijo Indy.

Las serpientes silbaban cada vez más cerca. Oía el roce de sus cuerpos contra el suelo.

—Una mala costumbre, tiene razón —dijo Belloq, mirando por el agujero—. Desgraciadamente, ya no le necesito para nada, amigo. Y no me parece pequeña ironía que esté a punto de convertirse para siempre en una pieza más de este hallazgo

arqueológico.

—Me estoy muriendo de risa —gritó Indy.

Siguió mirando para arriba, pensando si habría alguna forma de salir de allí… y estaba todavía pensándolo cuando vio que aparecía Marion al borde del agujero, la empujaban y caía. Se puso debajo para parar el golpe con su cuerpo, y los dos rodaron por el suelo. Ella se agarró como una loca a Indy, que oía la voz de Belloq que decía desde arriba:

—¡Era mía!

—Ya no nos sirve para nada a ninguno de los dos, Belloq. Lo único que cuenta es la misión de Hitler.

—Yo tenía planes para ella.

—No hay más planes que los que dependen de Berlín —contestó Dietrich.

Hubo un silencio. Y luego Belloq se asomó para mirar a Marion.

—No tenía que haber pasado —le dijo a ella. Luego se dirigió a Indy—: ¡Indiana Jones, *adieu*!

Un grupo de soldados alemanes cerró la puerta de piedra de la cámara. Se formó un vacío de aire en el pozo, se apagaron las antorchas, y las serpientes empezaron a retirarse hacia las zonas oscuras.

Marion seguía agarrada a Indy con todas sus fuerzas. Él se soltó, cogió dos antorchas que todavía estaban encendidas, y le dio una a ella.

—Tú no hagas más que poner la antorcha delante de todo lo que se mueva.

—Aquí se mueve *todo* —dijo ella—. La cámara entera serpentea.

—No me lo recuerdes.

Empezó a buscar a tientas en la oscuridad, encontró una de las latas de petróleo, lo derramó junto a la pared, y le prendió fuego. Miró luego a una de las estatuas que sostenían el techo, mientras notaba que las serpientes estaban cada vez más cerca de él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Marion.

Formó un círculo alrededor de ellos con el petróleo que quedaba, y lo prendió también.

—Quédate aquí.

—¿Por qué? ¿Adonde vas?

—En seguida vuelvo. Tú ten los ojos bien abiertos, y estáte preparada para echar a correr.

—¿Correr, adónde?

Indy no contestó. Pasó entre las llamas y fue hacia el centro de la cámara. Las serpientes se movían alrededor de sus pies, y movía desesperadamente la antorcha para espantarlas. Miró a la estatua, que llegaba hasta el techo. Sacó el látigo, y lo lanzó para engancharlo en ella. Dio un tirón para ver si estaba fuerte, y empezó a

trepar con una mano, sosteniendo en la otra la antorcha.

A medio camino, se volvió para mirar a Marion, que estaba de pie, protegida por el cerco de llamas. Parecía asustada, perdida, indefensa. Siguió trepando hasta la cabeza de la estatua, y vio que tenía una serpiente enrollada en la cara, y que le apuntaba directamente a los ojos. Indy le dio un golpe en la cabeza con la antorcha, notó el olor a carne quemada, y vio que la culebra resbalaba por la piedra y caía al suelo.

Se afianzó allí, con los pies apoyados en la pared y la estatua. *Vamos a ver qué pasa*, pensó. Las serpientes trepaban por la estatua, y su antorcha, que se agotaba por momentos, no iba a poder alejarlas durante mucho tiempo. Daba golpes a un lado y a otro, y oía cómo caían al suelo. Luego la antorcha se le escapó de las manos, y se apagó al estrellarse contra las piedras. Justo en el momento en que necesitas una luz, es cuando no la tienes, pensó.

Y sintió que algo se deslizaba por su mano.

Dio un grito de espanto.

Y en el momento en que lo hacía, la estatua se tambaleó, se desprendió de su pedestal y se inclinó de una forma aterradora bajo el techo de la cámara. Allá vamos, pensó Indy, agarrándose a su estatua como si fuera una mula salvaje. Pero era más bien un madero a merced de las olas, y cayó hacia adelante, cayó mientras él luchaba por sostenerse, y fue tomando velocidad, y se desplomó delante de Marion que, desde su cerco de llamas, la vio venirse abajo como si fuera un árbol talado por un leñador, haciéndose pedazos sobre el suelo del pozo, y perdiéndose en la oscuridad. El viaje a lomos de la estatua terminó bruscamente al llegar al suelo. Indy se levantó atontado, frotándose un lado de la cabeza. Anduvo un momento a tientas, buscando la débil luz que se filtraba entre las piedras de un agujero del pozo. Marion estaba llamándole.

—¡Indy! ¿Dónde estás?

Estaba metiéndose por el agujero cuando apareció Marion.

—No cabalgues nunca en una estatua —dijo—. Sigue mi consejo.

—Lo tendré en cuenta.

La cogió de la mano y la ayudó a entrar. Ella levantó la antorcha. Daba ya muy poca luz, pero sí la suficiente para ver que estaban en un laberinto de habitaciones, unidas unas a otras, que corrían por debajo del pozo, catacumbas abiertas en la tierra.

—¿Dónde estamos ahora?

—Me parece que sé tanto como tú. Quizá tuvieran alguna razón para construir el pozo encima de estas catacumbas. No lo sé. Es difícil decir por qué lo harían. Pero lo prefiero a las serpientes.

Una bandada de murciélagos asustados salió volando en la oscuridad, aleteando a su alrededor, batiendo el aire como locos. Se agacharon y pasaron a otro cuarto. Marion se sacudió la cabeza con las manos, y soltó un grito.

—No hagas eso —dijo él—. Me asustas.

—¿Y qué crees que me pasa a *mí*?

Fueron pasando de una habitación a otra.

—Tiene que haber alguna salida —dijo Indy—. Los murciélagos son una buena señal. Tienen que salir al aire para alimentarse.

Entraron en otra cámara, y allí el olor era espantoso Marion levantó la antorcha.

Había varias momias medio deshechas, envueltas en sus vendajes, con trozos de carne podrida que colgaban entre los sudarios amarillentos, montones de cráneos y huesos, que a veces tenían todavía pegados algunos restos de carne. La pared estaba cubierta de escarabajos brillantes…

—No puedo aguantar este olor.

—¿Vas a quejarte ahora?

—Creo que me estoy mareando.

—¡Qué bien! —dijo Indy—. No nos faltaba más que eso.

—Éste es el peor sitio que he visto en mi vida.

—No*, donde estabas antes* sí que era el peor sitio que has visto en tu vida.

—Pero ¿sabes una cosa Indy? Si tuviera que estar aquí con alguien…

—Ya te entiendo —le interrumpió él—. Ya te entiendo.

—Me alegro.

Marion le besó con cariño en los labios. La dulzura con que lo hizo le sorprendió. Echó la cara hacia atrás iba a besarla otra vez, pero Marion señalaba nerviosa algo y, al volverse, a cierta distancia, vio la compasiva luz del sol del desierto, un sol de amanecer, blanco, maravilloso y lleno de promesas.

—Gracias a Dios —dijo ella.

—Da las gracias a quien quieras. Pero todavía no queda mucho que hacer.

10

LAS EXCAVACIONES DE TANIS, EGIPTO

Anduvieron por entre las excavaciones abandonadas, y se acercaron a la pista de aterrizaje que habían construido los alemanes en el desierto. Había dos camiones tanque, una tienda que servía de depósito, y un hombre, un mecánico a juzgar por el mono que llevaba, que estaba al borde de la pista, con los brazos en jarras, y de cara al sol. Luego apareció otro hombre que se acercó al mecánico, y que Marion reconoció en seguida como el ayudante de Dietrich, Gobler.

De repente se oyó un gran ruido en el cielo y, desde el sitio donde estaban, detrás de las excavaciones, vieron un avión que se disponía a aterrizar.

Gobler estaba dando voces al mecánico:

—¡Llena los depósitos en seguida! Tienes que estar preparado para volar inmediatamente con un cargamento importante.

El avión aterrizó, dando botes sobre la pista.

—Van a meter el Arca en ese avión —dijo Indy.

—¿Y qué hacemos entonces? ¿Decirle adiós con la mano?

—No. Cuando ellos carguen el Arca, nosotros ya estaremos dentro.

Ella preguntó con cierta guasa:

—¿Otro de tus planes?

—Si hemos llegado hasta aquí… vamos a seguir adelante.

Se aproximaron sin que los vieran, y fueron a esconderse detrás de la tienda almacén. El mecánico se disponía ya a calzar las ruedas del avión. Luego llevó la manguera del combustible hasta el avión. Las hélices estaban girando, y los motores rugían con un ruido ensordecedor.

Se acercaron más a la pista, y ninguno de los dos vio a otro mecánico alemán, un chico rubio con los brazos tatuados, que venía detrás de ellos. Fue aproximándose, con una llave inglesa en la mano, dispuesto a darle un golpe en la cabeza a Indy. Fue Marion la que vio primero su sombra, la vio aparecer de repente, y soltó un grito. Indy se volvió cuando la llave inglesa iba ya a caer sobre él. Dio un salto, agarró el brazo del alemán, y luchó con él hasta caer los dos al suelo, mientras Marion escapaba y se escondía detrás de unos cajones, preguntándose qué podía hacer, para ayudar.

Indy y el alemán rodaron por la pista. El primer mecánico se apartó del avión, y se acercó a los luchadores, en espera de tener ocasión de pegarle una patada a Indy,

pero Indy se levantó en seguida, se volvió contra el primer hombre, y le tiró al suelo de dos puñetazos. A pesar de todo, el de los brazos tatuados todavía tenía ganas de pelear, y los dos se enzarzaron otra vez, y fueron a parar a la parte trasera del avión, donde las hélices giraban como locas.

Pueden hacerme picadillo de un momento a otro, pensó Indy.

Oía a las malditas aspas cortar el aire como dagas que cortaran mantequilla.

Intentó apartar de allí al alemán, pero el chico era muy fuerte. Indy le agarró por el cuello y apretó con todas sus fuerzas, pero el alemán consiguió soltarse, y se lanzó otra vez sobre él con renovadas energías. Marion, que presenciaba la pelea desde los cajones, vio que el piloto saltaba de la cabina, sacaba una Luger, y apuntaba a Indy, para disparar sobre él en cuanto estuviera a tiro. Echó a correr por la pista, cogió uno de los bloques que calzaban las ruedas, y dio un golpe en la cabeza al piloto, que cayó hacia atrás, dentro de la cabina, y puso en marcha el acelerador, lo que hizo que el motor aumentara sus revoluciones.

El avión empezó a rodar, sin poder más que dar vueltas alrededor de las dos ruedas que estaban todavía bloqueadas. Marion se colgó del borde de la cabina para no caer entre las hélices, y trató de apartar el cuerpo del piloto caído sobre el acelerador.

No consiguió moverlo, pesaba demasiado. El avión amenazaba quedar sin control y volcar, aplastando a Indy o dejándole hecho tiras. Qué cosas tengo que hacer por ti, Indy, pensó Marion. Entró en la cabina, y dio un golpe en la cubierta de plástico, que se cerró sobre ella. El avión seguía moviéndose, y el ala se inclinaba peligrosamente hacia donde estaba Indy luchando con el alemán. Aterrada, vio que le pegaba un puñetazo y le tiraba al suelo, y que el chico volvía a levantarse para recibir un segundo golpe que le lanzó contra…

Las hélices.

Marion cerró los ojos, pero no antes de ver que las aspas enganchaban al alemán y lanzaban al aire un chorro de sangre. Y el avión seguía dando vueltas. Abrió los ojos, intentó salir de la cabina, y comprendió que había quedado encerrada. Aporreó la cubierta sin resultado. *Primero un cesto, y ahora una cabina*, pensó. *¿Cómo va a terminar este asunto?*

Indy corrió hacia el avión, viendo que se inclinaba cada vez más, y asustado de ver a Marion que continuaba dando golpes dentro de la cabina. El ala se clavó en el camión tanque, y lo abrió con la misma destreza que el bisturí de un cirujano, mientras el combustible se derramaba por la pista como la sangre de un paciente anestesiado. Indy resbalaba, luchaba por mantener el equilibrio, cayó al suelo, volvió a levantarse, y empezó a correr otra vez. Se subió a una de las alas, y luego se arrastró hasta la cabina del piloto.

—¡Sal! —gritó—. ¡Éste chisme va a volar por los aires!

Buscó la manecilla que servía para abrir la cabina desde fuera.

Luchó con todas sus fuerzas para abrirla, mientras sentía el olor del combustible que salía del camión.

El cajón de madera, custodiado por tres soldados alemanes, estaba a la puerta de la tienda de Dietrich. Dentro, la actividad era desenfrenada: se recogían papeles, se doblaban mapas, y se desmontaban aparatos de radio. Belloq, que estaba dentro de la tienda, contemplaba los preparativos de marcha con aire distraído. Lo único que realmente le importaba era lo que había dentro del cajón, y no pensaba en nada más que en el momento de examinarlo. Le costaba trabajo dominarse, contener su impaciencia. Recordaba el ritual que había que observar cuando se abriera el Arca. Era extraño pensar cómo, a través de los años, se había preparado para ese momento, y también le parecía extraño ver hasta qué punto había llegado a familiarizarse con los conjuros. A los nazis no les iba a gustar nada todo eso, pero podían hacer lo que quisieran con el Arca después de que él hubiera terminado. Podían llevársela, y guardarla en algún espantoso museo, no le importaba ya nada.

Conjuros hebreos: desde luego no iban a gustarles. Ésa idea le resultaba divertida. Pero la diversión no duró mucho, porque le interesaba demasiado lo que había dentro del cajón. Si todo lo que había aprendido sobre el Arca era verdad, si todas esas viejas historias que hablaban de su poder eran ciertas, él sería el primer hombre que entrara en comunicación con algo que tenía su origen en otro lugar —en un lugar infinito—, que estaba más allá del entendimiento humano.

Salió fuera de la tienda.

A lo lejos, brillante como una columna de fuego que hubiera caído del cielo, se produjo una gran explosión.

Comprendió que había sido en la pista de aterrizaje.

Echó a correr hacia allí, llevado por su ansiedad.

Dietrich corrió detrás de él, seguido de Gobler, que había estado allí unos minutos antes.

Los depósitos de combustible habían explotado y el avión estaba ardiendo.

—Sabotaje —dijo Dietrich—. Pero ¿quién?

—Jones —contestó Belloq.

—¿Jones? —exclamó Dietrich, asombrado.

—Ése hombre tiene más vidas que un gato —dijo Belloq—. Claro que tiene que llegar la hora en que se le terminen, ¿no?

Estuvieron contemplando las llamas en silencio.

—Tenemos que sacar el Arca de aquí —dijo Belloq—. Hay que meterla en un camión y llevarla a El Cairo. Podemos coger un avión allí.

Belloq se quedó un momento más contemplando el desastre, y pensando en el

sentido de la oportunidad de Indiana Jones, y su don singular para la supervivencia. No podía uno menos que admirar la tenacidad de aquel hombre para aferrarse a la vida. Y había que tener en cuenta la astucia y la fortaleza que significaban. Siempre podía uno subestimar a la oposición. Y quizás él había estado subestimando a Indiana Jones toda su vida.

—Necesitamos mucha protección, Dietrich.

—Por supuesto. Eso ya lo arreglaré.

Belloq se dio la vuelta. Lo del vuelo desde El Cairo era una mentira, ya había avisado por radio a la isla, sin que lo supiera Dietrich. Pero eso era algo que solucionaría cuando llegara el momento.

Ahora, lo único que le importaba era poder abrir el Arca antes de que la enviaran a Berlín.

Reinaba gran confusión en las tiendas. Los soldados alemanes que habían acudido a la pista de aterrizaje volvían ahora en pleno desorden. Otro grupo de hombres armados, con las caras ennegrecidas por el humo del incendio, habían empezado a preparar el transporte del Arca en un camión cerrado. Dietrich estaba de supervisor, dando órdenes, y con muestras de gran nerviosismo. No iba a poder respirar a gusto hasta que el dichoso cajón estuviera en Berlín, y tampoco se fiaba de Belloq, porque había descubierto unos propósitos poco claros en los ojos del francés. Y detrás de esos propósitos una expresión extraña, distante, como si el arqueólogo estuviera ensimismado. Era una mirada de loco, pensó, bastante alarmado al comprender que era la misma mirada que había visto en la cara del Führer cuando estuvo con Belloq en Baviera. A lo mejor se parecían este francés y Adolfo Hitler. Tal vez era su fuerza, y también su locura, lo que los separaba del resto de los mortales. Dietrich no podía hacer más que conjeturas. Vio cómo metían la caja en el camión, y pensó en Jones, pero Jones tenía que estar muerto, tenía que estar enterrado en aquella horrible cámara. Por otra parte, el francés parecía convencido de que el americano había intervenido en el sabotaje. Tal vez esa animosidad, esa envidia que existía entre los dos, era un aspecto más de la locura de Belloq.

Tal vez.

Pero ahora no tenía tiempo de pensar en la salud mental del francés. Tenía ante sí el Arca y el camino hasta El Cairo, y el miedo de nuevos sabotajes durante el traslado. Sudando, maldiciendo el calor y el odioso desierto, dio nuevas órdenes a los que cargaban el camión, no sin dejar de sentir cierta pena por ellos. Lo mismo que él, estaban muy lejos de su patria.

Indy y Marion se habían refugiado detrás de unos barriles, y miraban desde allí a

los árabes que corrían desconcertados de un lado a otro, y a los alemanes que estaban cargando el camión. Tenían la cara ennegrecida por el humo y Marion, visiblemente pálida a pesar de los tiznones, parecía estar muy cansada.

—Te tomaste tu tiempo, ¿eh? —dijo Marion.

—Te saqué, ¿no?

—En el último minuto. ¿Por qué tienes que dejar siempre las cosas para el final?

Indy la miró, le pasó los dedos por la cara, miró con detenimiento la suciedad que tenía metida en las rayas de la mano, y luego volvió a ocuparse del camión.

—Van a llevarse el Arca a algún sitio, y eso es lo que más me interesa en este momento.

Unos cuantos árabes pasaron corriendo por delante de ellos. Con gran gusto y sorpresa por su parte, Indy vio a Sallah. Le puso la zancadilla al egipcio, que cayó y volvió a levantarse, lleno de alegría al verlos.

—¡Indy! ¡Marion! Os creía perdidos.

—Nosotros también —dijo Indy—. ¿Qué pasó?

—A los árabes apenas si nos prestan atención, amigo. Dan por hecho que somos tontos, unos pobres ignorantes… y además casi no pueden distinguirnos a unos de otros. Yo me escabullí, pero tampoco se preocupaban gran cosa.

Se escondió detrás de los barriles, jadeando.

—Supongo que fuiste tú quien provocó la explosión.

—Lo has adivinado.

—¿No sabes que están pensando en llevarse el Arca a El Cairo en el camión?

—¿A El Cairo?

—Y supongo que luego a Berlín.

—Lo de Berlín lo pongo en duda —dijo Indy—. No puedo creer que Belloq permita que el Arca llegue a Alemania antes de que él la haya tocado.

Apareció un coche abierto junto al camión. Belloq y Dietrich subieron a él, con el conductor y un guardia armado. Se oyó ruido de pisadas sobre la arena, y unos diez soldados armados montaron también en el camión en que iba el Arca.

—No hay nada que hacer —dijo Marion.

Indy no contestó. Vigila, se dijo. Vigila y concéntrate. *Piensa*. Llegó otro vehículo abierto, con una ametralladora montada en la parte de atrás; un soldado iba sentado detrás de ella. Gobler se puso al volante del coche. Al lado de Gobler iba Arnold Toht.

Marion contuvo la respiración al ver a Toht.

—Es un monstruo.

—Todos ellos son unos monstruos —dijo Sallah.

—Monstruos o no —dijo ella—, yo de momento lo veo cada vez peor.

Ametralladora y soldados armados, pensó Indy. Quizá fuera posible hacer algo.

Quizá la mejor respuesta no fuera darlo todo por perdido. Vio que el convoy se ponía en marcha, y empezaba a alejarse dando tumbos sobre la arena.

—Voy a seguirlos.

—¿Cómo? —preguntó Marion—. ¿Vas a poder correr tanto como ellos?

—Tengo otra idea mejor —contestó Indy—. Vosotros dos volvéis a El Cairo lo antes posible, y buscáis algún medio de transporte para ir a Inglaterra, un barco, un avión, lo que sea, no me importa.

—¿Por qué Inglaterra? —preguntó Marion.

—Allí no hay barreras de idioma y, además, no hay nazis —dijo Indy. Luego miró a Sallah—. ¿Dónde podemos encontrarnos en El Cairo?

Sallah se quedó un momento pensativo.

—Tenemos el garaje de Omar, donde guarda el camión. ¿Sabes dónde está la plaza de las Serpientes?

—¡Qué asco! —dijo Indy—. Pero no corre peligro de que se me olviden las señas.

—En la ciudad vieja —dijo Sallah.

—Allí estaré.

Marion se levantó.

—¿Y cómo puedo yo saber que vas a llegar allí entero?

—Confía en mí.

La besó, mientras ella le agarraba el brazo.

—Me gustaría saber si va a llegar el día en que pares por fin de dejarme.

Indy se escabulló entre los barriles.

—Podemos ir en mi camión —dijo Sallah a Marion—. Es lento pero seguro.

Marion no dijo nada. ¿Qué era lo que tenía Indy que tanto le importaba? No era lo que se dice un amante muy tierno, suponiendo que fuera alguna clase de amante. Y aparecía y desaparecía de su vida como si lo hiciera a salto de mata. ¿Qué demonios era entonces? Alguno de esos insondables misterios que nunca llegas a aclarar. Ni tienes tampoco demasiadas ganas de aclararlos.

Indy había visto que había varios caballos atados a unos postes en un sitio que estaba entre la pista abandonada y las excavaciones: dos de ellos, un caballo árabe blanco y otro negro, estaban protegidos del sol por un toldo de lona verde. Después de dejar a Marion y a Sallah, echó a correr hacia donde estaban los caballos, con la esperanza de que continuaran allí. Allí estaban. Hoy es mi día de suerte, pensó.

Se acercó a ellos con cierto recelo. No había montado desde hacía años, y no estaba seguro de si era verdad que lo de montar a caballo, lo mismo que lo de montar en bicicleta, era algo que no se olvidaba nunca una vez que habías aprendido a hacerlo. Esperaba que fuera verdad. El caballo negro relinchó, escarbó la arena con

los cascos, y se encabritó al acercarse Indy; el blanco, por el contrario, daba la impresión de ser muy dócil. Se montó en él, le agarró de las crines, vio que se movía despacio y que obedecía a las riendas. Vámonos, pensó, y sacó al animal del cobertizo de lona, golpeándole en los costados con los talones. Galopó por dunas, barrancos y cuestas. El animal corría bien, y respondía a sus deseos sin ofrecer resistencia. Tenía que atajar al convoy en alguna parte del camino entre las excavaciones y El Cairo. Y después de eso… ¡qué demonios!

Había que dejar algo a la improvisación.

Y la caza era muy emocionante.

El convoy avanzaba trabajosamente por la estrecha carretera de montaña, que cada vez subía más y tenía unas curvas y unos desfiladeros que daban vértigo. Indy, montado en su caballo lo vigilaba; lo veía seguir su camino despacio, a cierta distancia de él. Y los tíos que iban en los camiones, por muy zoquetes uniformados que fueran, no dejaban de tener rifles, y siempre había que sentir mucho respeto y tomar precauciones ante un hombre armado. Sobre todo si formaba parte de un pequeño ejército, y uno —con más osadía que buen juicio— iba solo, montado en un caballo árabe.

Llevó al animal por una ladera, una ladera cubierta de pequeñas matas, de suelo pizarroso y suelto, donde los cascos del caballo provocaban algunos desprendimientos. Salió luego a la carretera, detrás del coche de escolta, y una vez más con la esperanza de que no le vieran. Buena suerte, pensó.

Pudo desviar al animal en el mismo momento en que el tirador del coche de atrás abría fuego y salpicaba la carretera de balas que hicieron espantarse al animal. Los disparos resonaban en las laderas de los montes. Obligó a correr al caballo hasta casi reventarle, y pasó por delante del coche, ante la cara de asombro de los alemanes que iban en él. El soldado apuntó con la ametralladora, que hizo unos ruidos, y se quedó sin municiones, mientras el alemán disparaba inútilmente sobre el hombre montado en el caballo. Toht, sentado junto al conductor, sacó su pistola, pero Indy ya estaba a cubierto, y galopaba al lado de la cabina del camión. El alemán, a pesar de eso, disparó su pistola. Los tiros atravesaron la lona del camión.

Ahora es cuando tengo que probar suerte, pensó Indy. Saltó del caballo, se colgó de un lado de la cabina, y abrió la puerta, mientras el guardia que viajaba con el conductor intentaba levantar su rifle. Indy luchó por quitarle el arma, torciéndola a un lado y a otro, mientras el guardia gruñía y luchaba en un combate en el que no tenía el privilegio de poder usar su rifle. Indy hizo un último esfuerzo, oyó el crujido de las muñecas del guardia, sus gritos de dolor, y le tiró de un empujón a la carretera.

Faltaba todavía el conductor.

Indy empezó a luchar con él, que era un hombre corpulento con los dientes de

oro, mientras el volante daba vueltas, y el camión se acercaba al precipicio. Indy cogió el volante, hizo torcer al camión, y el conductor le dio un golpe fuerte en la cara.

Indy quedó un momento atontado. El conductor intentó frenar, pero recibió una patada de Indy. Y otra vez empezaron a luchar, mientras el camión iba haciendo eses. Gobler, que venía en el coche de atrás, tuvo que torcer el volante para no chocar con el camión, y el giro fue tan brusco que el soldado que iba detrás cayó del coche y fue a parar al borde de la ladera. Cayó como una cometa cargada de plomo, con los brazos abiertos, el pelo levantado por el viento, y su grito resonó en el desfiladero de abajo.

En el coche que abría la marcha, Belloq se volvió para ver qué era lo que pasaba: tenía que ser Jones, que seguía empeñado en apoderarse del Arca. Éste premio no vas a conseguirlo, pensó. Miró a Dietrich, y volvió la cabeza otra vez, pero la luz del sol le impedía ver lo que pasaba en la cabina.

—Creo que hay algún problema —dijo Belloq, sin darle importancia.

El coche coronó la cuesta, tomó una curva cerrada, chocó contra la débil barrera de protección y la dobló. El conductor pudo torcer a tiempo y enderezar otra vez el coche, mientras el guardia, sentado en la parte de atrás, apuntaba con la metralleta a la cabina del camión.

Belloq le contuvo.

—Si dispara, puede matar al conductor. Y si mata al conductor, la joya egipcia de su Führer es muy probable que vaya a parar al barranco. ¿Qué voy a decirles yo luego en Berlín?

Dietrich, ceñudo y malhumorado, hizo un gesto con la cabeza.

—¿Es otra broma más de su americano, Belloq?

—Lo que espera conseguir en una lucha tan desigual, se me escapa —dijo Belloq —. Pero la verdad es que escama, también.

—Si le sucede algo al Arca… —Dietrich no terminó la frase, pero lo mismo podía haber levantado el dedo y pasárselo por la garganta como si fuera una espada.

—Al Arca no le pasará nada —dijo Belloq.

Indy tenía al conductor agarrado por el cuello, el camión quedó otra vez sin control, rozó la tela metálica de la carretera y levantó una nube de polvo antes de que Indy pudiera coger el volante y apartarlo de la cuneta. En el coche de atrás, Gobler y Toht quedaron cegados por el polvo, Toht todavía con la pistola en la mano, pero sin poder disparar.

Gobler, con la garganta seca por el polvo, empezó a toser. Trató de limpiarse el polvo de los ojos, pero fue demasiado tarde. Lo último que vio fue el pretil roto, y lo último que oyó fue el terrible alarido de Toht. El coche, atraído sin remedio hacia el borde, como un trozo de hierro hacia un imán, saltó el pretil, pareció quedar un

momento colgado, en un desafío a las leyes de la gravedad, y cayó, cayó, y empezó a arder mientras rodaba barranco abajo.

Maldita sea, pensó Indy. Cada vez que enganchaba bien al conductor, el camión estaba a punto de matarlos. Y el tío era fuerte, parecía gordo pero tenía músculos, buenos músculos. De pronto, Indy se dio cuenta de que había algo más. Miró por el espejo retrovisor, y vio que los soldados estaban trepando al camión, empujados por una mezcla de miedo y valor, se colgaban de los lados y avanzaban hacia la cabina. En un esfuerzo desesperado, Indy consiguió abrir la puerta y tirar al conductor del camión. El hombre dio un grito y rebotó en el polvo con los brazos abiertos.

Lo siento, pensó Indy.

Cogió el volante, apretó el acelerador, y se acercó al coche de delante. Luego se encontró de repente en la oscuridad, en un pequeño túnel abierto en la montaña, Empezó a hacer curvas de un lado a otro, a rozar las paredes del túnel, y a oír los gritos de los soldados que se estrellaban contra ellas y caían del camión. Indy no sabía cuántos soldados podrían quedar en la parte de atrás del camión. Pero no era momento de ponerse a contarlos. Ya fuera del túnel, otra vez a plena luz, Indy se acercó al coche, le dio un golpe, y vio la cara del guardia que miraba para arriba y apuntaba… *apuntaba al techo del camión*.

Lo ha echado a perder, pensó Indy. Si hay más soldados en el techo del camión, ese tipo acaba de estropearles el plan. Más vale así, se dijo, apretó el freno y paró el camión de golpe. Vio que los soldados caían del techo del camión y se estrellaban contra los lados de la montaña.

Empezaba ya a bajar el puerto, Indy apretó el acelerador, volvió a acercarse al coche y le dio otro golpe; daba gusto pensar que no podían arriesgarse a matarle a uno porque la carga que llevaba era demasiado valiosa. Disfrutaba con aquella inesperada sensación de libertad, estrellándose una y otra vez contra el parachoques del coche, y viendo a Belloq y a sus amigos alemanes zarandeados. Pero sabía que más pronto o más tarde tenía que pasarlos. Antes de llegar a El Cairo, tenía que ponerse delante de ellos.

Volvió a lanzar el camión contra el coche. La carretera iba siendo más llana a medida que dejaba atrás las montañas: a lo lejos, todavía borrosa, aparecía la ciudad. La parte más peligrosa, lo peor de todo: si no se habían arriesgado a verle estrellarse con el camión y con su carga en el desfiladero, tratarían de matarle ahora, o por lo menos, intentarían sacarle de la carretera.

Como empujado por esa idea, por una especie de traidora telepatía, el guardia abrió fuego. Las balas hicieron polvo los cristales, atravesaron la lona del techo y la caja del camión. Indy las oyó silbar por encima de su cabeza, pero se agachó instintivamente. Tenía que adelantarlos ahora. La carretera torcía otra vez, y ahora venía una curva muy cerrada. Aguanta, se dijo. *Aguanta, y pásalo aquí*. Aceleró todo

lo que pudo, se dispuso a pasar al coche alemán, oyó una nueva ráfaga de disparos, y vio que le había dado un golpe, que se salía de la carretera y se deslizaba por un pequeño talud.

Era un paso más. Pero sabía que volverían a la carretera y que irían tras él. Miró por el espejo retrovisor: así era en efecto. Estaban sacando el coche, daban la vuelta en la carretera, y salían en su persecución. Pisó el pedal a fondo. Corre todo lo que puedas, pensó. Y luego se encontró ya en las afueras de la ciudad, con el coche de los alemanes detrás de él. Calles: un juego distinto.

Calles estrechas. Conducía por ellas a toda velocidad, poniendo en fuga a hombres y animales, volcando los puestos, cestos y frutas de los vendedores, y espantando mendigos. Los peatones se refugiaban en el quicio de las puertas cuando veían venir el camión; anduvo luego perdido por calles y callejuelas aún más estrechas, buscando la plaza donde Omar tenía el garage, tratando de reconstruir en su cabeza el plano de El Cairo. Un mendigo ciego, que había recobrado súbitamente la vista —admirable milagro—, dio un salto para apartarse de su camino, perdió el platillo de las limosnas, y se quitó las gafas oscuras para mirar al camión.

Indy siguió corriendo; con el coche de los alemanes siempre detrás de él.

Torció el volante. Otra calleja. Más burros que escapaban del camión, un hombre que se caía de una escalera, un niño que rompía a llorar en brazos de su madre. Lo siento, pensó Indy. Me gustaría pararme para pedir disculpas, pero creo que no es éste el mejor momento.

No conseguía perder al coche alemán.

Luego se encontró en la plaza. Vio el letrero en el garaje de Ornar, la puerta abierta, y metió a toda prisa el camión. La puerta se cerró inmediatamente, y el camión paró entre chirridos. Luego, unos chicos árabes, provistos de escobas y cepillos, empezaron a borrar las huellas, mientras Indy, sin acabar de creerse lo que había hecho, se quedaba sentado detrás del volante, en la oscuridad del garaje.

El coche alemán frenó la marcha, cruzó la plaza, y siguió su camino. Belloq y Dietrich, sin saber qué hacer, y con expresión de angustia, escudriñaban las calles.

En la parte de atrás del camión, segura dentro de su caja, el Arca empezó a hacer un zumbido casi inaudible. Era como si tuviera oculta una maquinaria que se hubiese puesto en marcha ella sola. Nadie pudo oír el ruido.

Era ya de noche cuando Marion y Sallah llegaron al garaje. Indy se había quedado un rato dormido en un catre que le había proporcionado Omar, y acababa de despertarse, hambriento y perdido en la oscuridad. Se frotó los ojos al encenderse una lámpara que tenía encima de la cama. Marion se había lavado y se había arreglado el

pelo, y a Indy le pareció que estaba *sensacional*. Se inclinó sobre él cuando abrió los ojos:

—Parece que te han dado una buena paliza —dijo.

—Unos cuantos cortes superficiales —contestó Indy, pero en seguida empezó a quejarse al notar que le dolía todo el cuerpo.

Sallah entró luego en la habitación, y a Indy se le olvidaron de repente el cansancio y los dolores.

—Tenemos un barco —dijo Sallah.

—¿De fiar?

—Son piratas, si es que puedo llamarlos así. Pero son gente de fiar. El capitán, Katanga, es un buen hombre… aunque se dedique a empresas más que dudosas.

—¿Nos llevarán a nosotros y nuestra carga?

Sallah asintió con la cabeza.

—Por un precio.

—¿Y qué más? —Indy se levantó—. Vamos a llevar el camión al puerto.

Miró un momento a Marion y dijo:

—Tengo la impresión de que nuestra jornada no ha terminado del todo.

En el ostentoso edificio que albergaba la embajada alemana en El Cairo, Dietrich y Belloq estaban sentados en una habitación que solía ocupar el embajador, un diplomático de carrera que había sobrevivido a las purgas de Hitler, y que les había cedido el cuarto con muchísimo gusto. Llevaban ya un rato en silencio, Belloq mirando el retrato de Hitler, y Dietrich fumando sin parar cigarrillos egipcios.

De cuando en cuando sonaba el teléfono. Dietrich lo cogía, volvía a colgarlo, y meneaba la cabeza.

—Si hemos perdido el Arca… —dijo Dietrich, que encendió otro pitillo.

Belloq se levantó, dio una vuelta por la habitación, e hizo un gesto con la mano.

—No puedo admitir esa idea, Dietrich. ¿Qué ha sido de su maravillosa red de espionaje egipcia? ¿Cómo es que no pueden encontrar lo que sus hombres han perdido de un modo tan tonto?

—La encontrarán. Tengo una confianza absoluta.

—Confianza. Ya me gustaría poder tenerla.

Dietrich cerró los ojos. Estaba harto del humor agresivo de Belloq; y todavía más aterrado ante la idea de volver a Berlín con las manos vacías.

—Me parece imposible tanta incompetencia —dijo Belloq—. ¿Cómo puede un hombre, actuando solo, solo, no lo olvide, cargarse un convoy casi entero, y, por si fuera poco, desaparecer después? Pura estupidez. Me cuesta trabajo creerlo.

—Eso ya lo he oído —dijo Dietrich de mal humor.

Belloq se acercó a la ventana y se puso a contemplar la oscuridad. Allí, en algún

sitio, envuelto en la noche impenetrable de El Cairo, estaba Jones; y Jones tenía el Arca. *Maldito sea*. No podía dejar que se le escapase el Arca; sólo de pensarlo sentía un escalofrío, la sensación de que algo se derrumbaba dentro de él.

Volvió a sonar el teléfono. Dietrich lo cogió, escuchó lo que le decían, y cambió de aspecto. Después de colgarlo, miró al francés con cierta expresión de triunfo en la cara.

—Ya le dije que mi red acabaría por descubrir algo.

—¿Y lo han hecho?

—Un vigilante de los muelles dice que un egipcio llamado Sallah, el amigo de Jones, contrató un barco mercante que lleva el nombre de *Bantu Wind*.

—Puede ser una trampa.

—Es posible. Pero vale la pena comprobarlo.

—Sí, tampoco tenemos otra cosa que hacer —dijo Belloq.

—Entonces, ¿nos vamos?

Salieron a toda prisa de la embajada, y llegaron al muelle para enterarse de que el barco había zarpado una hora antes. Llevaba un destino desconocido.

11

EL MEDITERRÁNEO

En la cabina del capitán del *Bantu Wind*, Indy se había quitado la camisa, y Marion estaba curándole los cortes y las heridas con unas vendas y un frasco de yodo. Indy se fijó en el traje que se había puesto. Era blanco, de cuello alto, más bien ceremonioso. No lo encontraba mal.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

—Si hay un equipo entero en el armario —dijo ella—. Tengo la impresión de que no soy la primera mujer que viaja con estos piratas.

—Me gusta —dijo Indy.

—Me siento como una *ahem*, una virgen.

—Y yo creo que lo pareces.

Le miró un momento, mientras le ponía yodo en una herida. Luego dijo:

—La virginidad es una de esas cosas que se esfuman, hijo. Cuando se ha ido, se ha ido. Tu cuenta ha quedado saldada.

Dejó de curarle, se sentó, y se sirvió un vasito de ron de una botella. Empezó a beberlo despacio, sin dejar de mirarle, como si estuviera tomándole un poco el pelo.

—¿He pedido alguna vez disculpas por haberte quemado la taberna?

—No puedo decir que lo hayas hecho. ¿Y te he dado yo alguna vez las gracias por sacarme de aquel avión en llamas?

Indy dijo que no con la cabeza.

—Estamos en paz. Quizá podríamos considerarlo ya liquidado, ¿no?

Ella estuvo bastante tiempo callada.

—¿Dónde te duele? —preguntó después.

—En todas partes.

Marion le besó en el hombro izquierdo.

—¿Aquí?

Indy dio un pequeño bote en respuesta.

—Sí, ahí.

Marion se inclinó más hacia él.

—¿Y dónde *no* te duele? —Le besó en el codo—. ¿Aquí?

Indy dijo que sí. Ella le besó en la cabeza. Luego él señaló el cuello y le besó también allí. Luego la punta de la nariz, los ojos. Indy se llevó la mano a los labios, y Marion le besó, mordiéndole suavemente.

Estaba distinta; había cambiado. Ya no era la mujer que había encontrado en Nepal.

Algo la había conmovido, la había dulcificado.

Indy pensó qué podría haber sido.

Estaba asombrado del cambio.

El Arca, metida en su caja, descansaba en la bodega del barco. Su presencia ponía nerviosas a las ratas del barco: iban de un lado para otro, temblando, moviendo los bigotes. El mismo zumbido débil, tan suave como un suspiro, volvió a salir de la caja. Sólo las ratas, con su oído hipersensible fueron capaces de notarlo; y se asustaron.

Con las primeras luces del amanecer, el capitán Katanga estaba en el puente, fumando una pipa y mirando la superficie del agua, como si intentara, distinguir algo que un hombre de tierra habría sido incapaz de ver. No le importaba que el sol y la espuma le dieran en la cara, y que la sal dejara unas rayitas blancas sobre su piel negra. Había algo allá lejos, algo que emergía de la oscuridad, pero no estaba seguro de lo que era. Entornó los ojos, miró con más atención, pero no vio nada. Escuchó el chirrido tranquilizador de las máquinas del barco, y pensó en un corazón cansado que se esfuerza por enviar sangre a un cuerpo viejo. Pensó un momento en Indy y en la mujer. Los dos le gustaban y, además, eran amigos de Sallah.

Pero había algo en la carga, algo en aquella caja que le inquietaba. No estaba seguro de qué era; pero lo que sí sabía era que se iba a quedar muy a gusto cuando se viera libre de ella. Era la misma desazón que sentía ahora mientras sus ojos recorrían el océano. Era una sensación vaga. Una cosa que no podía tocarse con los dedos.

Pero había algo allí, algo que se movía. Lo sabía, aunque no pudiera verlo.

Notaba, con la misma seguridad con que olía las chispitas de sal en el aire, el olor especial del peligro.

Siguió mirando, con el cuerpo en equilibrio como el de un hombre que está a punto de saltar de un trampolín. Un hombre que no sabe nadar.

Indy despertó, y estuvo un rato mirando a Marion. Ella estaba todavía dormida, y conservaba un aspecto virginal con su vestido blanco. Tenía la cara vuelta hacia un lado, y la boca un poco abierta. Indy se rascó por encima de las vendas, en las partes en que la piel empezaba a picarle. Sallah había tenido el acierto de recoger sus ropas, y ahora podía volver a ponerse su camisa. Comprobó luego que tenía el látigo, se puso la chaqueta de cuero, y empezó a dar vueltas en la mano a su baqueteado sombrero de fieltro.

A veces pensaba que aquel sombrero le traía suerte. Sin él, se habría sentido desnudo.

Marion se dio la vuelta y abrió los ojos.

—¡Qué agradable espectáculo! —dijo.

—Pues yo no me encuentro nada a gusto.

Ella se quedó mirando los vendajes, y preguntó:

—¿Por qué te metes siempre en esos líos?

Se sentó en la cama, se atusó el pelo, y echó una ojeada a la cabina.

—Me alegro de ver que te has cambiado de ropa. No resultabas muy convincente vestido de árabe.

—Hice lo que pude.

Marion bostezó, se estiró, y se levantó de la cama. Indy pensó que había algo que le encantaba en aquel movimiento, algo que le emocionaba, pero que le emocionaba como de soslayo, no directamente. Marion le cogió la mano, se la besó, y luego empezó a andar por la cabina.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar embarcados?

—¿Es una pregunta literal o metafórica?

—Tómalo como más te guste, Jones.

Indy sonrió.

Y luego se dio cuenta de que algo había pasado: mientras él estaba tan ensimismado, los motores habían dejado de funcionar y el barco no se movía.

Se levantó, fue hacia la puerta, y subió corriendo a la cubierta y luego al puente, donde Katanga seguía mirando al mar. El capitán tenía la pipa apagada, y un aire muy solemne.

—Parece que tiene usted unos amigos muy importantes, señor Jones —dijo.

Indy miró también al mar, pero en el primer momento no pudo distinguir nada. Luego, siguiendo la dirección de la mano del capitán, vio que el *Bantu Wind*, como una solterona asediada por una corte de voraces pretendientes, estaba rodeado por cerca de una docena de submarinos alemanes.

—¡Vaya mierda! —exclamó Indy.

—Pienso exactamente lo mismo —contestó Katanga—. Usted y la chica tienen que desaparecer ahora mismo. Tenemos un sitio en la bodega. ¡Pero corra, vaya por la chica!

Pero era demasiado tarde: había cinco lanchas con hombres armados dispuestos a abordar el barco. Los primeros nazis subían ya por las escalas de cuerda que se habían soltado. Indy echó a correr. Ahora lo que más le preocupaba era Marion. Tenía que ir a buscarla. Pero era ya tarde, por todas partes se oía el ruido de las botas, las voces y las órdenes alemanas. Vio que dos soldados sacaban a Marion de la cabina. Los demás subieron en seguida al barco, y rodearon a la tripulación, apuntándola con

sus armas. Indy se esfumó entre las sombras, escapó por una puerta, y se perdió en el laberinto del barco.

Antes de desaparecer, mientras buscaba desesperadamente una salida, oyó los insultos de Marion a sus asaltantes; a pesar de lo comprometido de la situación, tuvo que sonreír al ver el espíritu que tenía. Una gran mujer, no había quien pudiera con ella. Le gustaba por eso.

Le gustaba muchísimo.

Dietrich subió a bordo, seguido de Belloq. El capitán ya había ordenado a la tripulación que no opusiera resistencia a los invasores. Estaba claro que los hombres deseaban luchar, pero la desigualdad de fuerzas era demasiado grande. Se pusieron en fila, bajo los fusiles alemanes, mientras Belloq y Dietrich pasaban por delante de ellos, dando órdenes y enviando soldados a recorrer el barco para buscar el Arca.

Marion vio acercarse a Belloq. Volvió a sentir algo de lo que ya había sentido otras veces, pero estaba dispuesta a resistir, decidida a no rendirse ante cualquier clase de sensación que aquel hombre pudiera despertar en ella.

—Hija mía, tienes que deleitarme con el relato, que no dudo ha de ser épico, de cómo te las arreglaste para salir del pozo. Pero puedo esperar hasta más tarde.

Marion no contestó. ¿Aquélla sucesión de acontecimientos no iba a tener fin algún día? Indy parecía poseer un fabuloso talento para llevar consigo la destrucción. Miró a Belloq, que le cogió suavemente la barbilla. Marion apartó la cara, y él sonrió.

—Más tarde —dijo, y continuó hasta donde estaba Katanga.

Iba a decir algo cuando oyó un ruido que atrajo su atención, y vio que un grupo de soldados estaba subiendo el Arca de la bodega. Se esforzó por contener la impaciencia que sentía. La vida, con todos sus mundanos detalles, se interponía siempre para estorbar su ambición. Pero eso iba a terminar pronto. Despacio, de mala gana, apartó los ojos del cajón, mientras Dietrich ordenaba que lo metieran en uno de los submarinos.

Miró a Katanga.

—¿Dónde está Jones?

—Muerto.

—¿Muerto? —dijo Belloq.

—¿De qué nos iba a servir a nosotros? Lo matamos. Lo tiramos por la borda. En el mercado en que tratamos nosotros, la chica tiene más valor. A mí un hombre como Jones no me sirve para nada. Si su mercancía era lo que querían, lo único que pido es que se la lleven y que nos dejen a la chica. Servirá para compensar un poco las pérdidas del viaje.

—Me está consumiendo la paciencia —dijo Belloq—. ¿Espera que vaya a creerme que Jones ha muerto?

—Crea lo que le dé la gana. Yo lo único que pido es que nos dejen seguir en paz.

Dietrich había acudido también.

—No está en condiciones de pedir nada, capitán. Nosotros decidiremos lo que mejor nos parezca, y luego ya pensaremos si nos conviene o no hacer volar por los aires este viejo barco.

—La chica va conmigo —dijo Belloq.

Dietrich movió la cabeza, y Belloq añadió:

—Considérela como una parte de lo que se me debe. Estoy seguro de que el Führer estará de acuerdo, ya que hemos conseguido el Arca, Dietrich.

Dietrich pareció dudar.

—Si no me gusta, para lo que a mí me importa, puede echársela a los tiburones.

—Muy bien —dijo Dietrich, que observó cierta expresión de duda en la cara de Belloq, y mandó luego que llevaran a Marion al submarino.

Indy lo observaba todo desde su escondite, acurrucado en un ventilador, y en una postura muy incómoda. Las botas arañaban la cubierta por delante de su cara de la forma más desagradable, pero no le habían descubierto. La mentira de Katanga le parecía bien intencionada, pero era un último recurso muy débil. Sin embargo, había dado resultado. Echó una ojeada a la cubierta. Tenía que irse con el submarino, tenía que ir con Marion y con el Arca. ¿Pero, cómo? ¿Cómo?

Belloq estaba observando al capitán con mucha atención.

—¿Cómo puedo yo saber que es verdad lo que me dice de Jones?

Katanga encogió los hombros.

—Yo no miento —dijo.

Se quedó mirando al francés; era un tipo que no le gustaba nada. Sentía pena por Indy, teniendo un enemigo como Belloq.

—¿Le ha encontrado su gente a bordo? —preguntó.

Belloq no dijo nada, y Dietrich movió la cabeza y dijo:

—Vámonos. Tenemos el Arca. Ahora, vivo o muerto, Jones ya no nos importa nada.

La cara y el cuerpo de Belloq pasaron por un momento de tensión; luego pareció calmarse, y siguió a Dietrich por la cubierta del barco.

Indy oyó a las lanchas alejarse de los costados del *Bantu Wind*. Salió de su escondite, y echó a correr por la cubierta.

Belloq, ya en el submarino, se dirigió a la sala de comunicaciones. Se puso los auriculares, cogió el micrófono e hizo una llamada. Al cabo de un rato escuchó la voz

que se oía muy mal. El acento era alemán.

—Capitán Mohler. Aquí Belloq.

La voz sonaba débil y distante.

—Todo se ha preparado de acuerdo con su última comunicación, Belloq.

—Muy bien.

Se quitó los auriculares. Luego salió de la habitación y fue hacia la pequeña cabina donde estaba la mujer. Entró en el cuarto. Marion estaba sentada en una litera, con aire abatido. No levantó la cabeza al oírle entrar. Belloq se acercó a ella, le cogió la barbilla, y le hizo alzar la cara.

—Tienes unos ojos muy bonitos. No debías ocultarlos.

Ella volvió la cara hacia un lado.

Belloq sonrió.

—Creí que íbamos a poder continuar lo que dejamos a medias.

Marion se levantó de la litera, y fue al otro lado de la litera.

—No hemos dejado nada a medias.

—Yo creo que sí. —Trató de cogerle la mano, pero ella dio un tirón y se soltó—. ¿Te resistes? Pues antes no te resistías. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar?

—Las cosas son ahora un poco distintas —contestó Marion.

Estuvo mirándola un rato en silencio, y luego dijo:

—¿Sientes algo por Jones? ¿Es eso?

Ella volvió la cabeza, con la vista fija en el otro lado del cuarto.

—Pobre Jones —dijo Belloq—. Me temo que está destinado a no ganar nunca.

—¿Qué quiere decir con eso?

Belloq fue hacia la puerta. Desde allí, cuando iba a salir, dijo:

—Ni siquiera sabes si está vivo o muerto. ¿No es verdad?

Luego cerró la puerta y se marchó por el pasillo. Varios marineros se cruzaron con él. Detrás de ellos iba Dietrich, con cara de muy mal humor. A Belloq le divertía verle enfadado: cuando se ponía furioso, ofrecía un aspecto absurdo, parecía un maestro de escuela incapaz de castigar a un alumno recalcitrante.

—Tal vez tenga usted la amabilidad de dar una explicación, Belloq.

—¿Y qué es lo que tengo que explicar?

Dietrich parecía estar luchando con el deseo de atizarle un puñetazo al francés.

—Ha dado órdenes específicas al capitán de este barco de dirigirse a una determinada base, una isla que está situada frente a las costas de África. Yo tenía entendido que volveríamos a El Cairo, y enviaríamos el Arca a Berlín en el primer avión disponible. ¿Por qué se ha tomado la libertad de cambiar los planes, Belloq? ¿Es que ahora de repente se cree un almirante de la flota alemana? ¿Es eso? ¿Sus delirios de grandeza le han llevado hasta ahí?

—Delirios de grandeza —dijo Belloq, que continuaba divirtiéndose con la furia

del alemán—. Me cuesta trabajo creerlo, Dietrich. Lo que yo quiero es abrir el Arca antes de llevarla a Berlín. ¿Qué le parecería, amigo mío, que el Führer se encontrara con que el Arca está vacía? ¿No quiere estar seguro de que el Arca contiene unas sagradas reliquias *antes* de volver a Alemania? Yo estoy tratando de imaginarme la espantosa desilusión que mostraría la cara de Hitler si no encuentra nada dentro del Arca.

Dietrich miró al francés; ya no estaba tan furioso, pero tenía una expresión de duda, de incredulidad.

—No me fío de usted, Belloq. Nunca me he fiado de usted.

—Muchas gracias.

Dietrich esperó un momento antes de añadir:

—Me parece muy curioso que quiera abrir el Arca en una isla perdida, en lugar de seguir el camino más conveniente, es decir, El Cairo. ¿Por qué no puede ver lo que hay dentro de su bendita caja en Egipto, Belloq?

—No sería el lugar adecuado.

—¿Podría explicarme por qué?

—Podría hacerlo, pero me temo que no iba a entenderlo.

Dietrich volvió a enfadarse; le parecía que su autoridad había quedado socavada una vez más, pero el francés tenía de aliado al Führer. ¿Qué podía hacer él frente a eso?

Dio media vuelta y se marchó. El francés se quedó mirándole. Durante un buen rato no se movió. De repente, sintió una gran impaciencia al pensar en la isla. El Arca podría haberse abierto casi en cualquier sitio. En ese sentido, Dietrich tenía razón. Pero Belloq creía que era mejor abrirla en la isla. Había que abrirla en un sitio en el que se respirara el paso del tiempo, un lugar cargado de historia. Sí, dijo Belloq. El escenario tenía que ser digno del momento. Debía existir una correspondencia entre el Arca y el ambiente que la rodeaba. De otra forma, la cosa no podía funcionar.

Fue a la pequeña cabina de utensilios donde estaba el cajón.

Se quedó un rato mirándolo, sin pensar en nada. ¿Qué secretos tienes? ¿Qué es lo que puedes decirme? Alargó la mano y tocó el cajón. ¿Se imaginó simplemente que sentía una vibración que salía de la caja? ¿Creyó simplemente oír un sonido débil? Cerró los ojos, sin levantar la mano de la caja de madera. Un momento de verdadero pavor: podía ver un gran vacío, una sublime oscuridad, un límite que iba a cruzar para entrar en un lugar que estaba más allá de la palabra y del tiempo. Abrió los ojos; sentía un hormigueo en las puntas de los dedos.

Pronto, se dijo.

Pronto.

El mar estaba frío, y la marcha del submarino hacía que se formaran pequeños

remolinos alrededor de su cuerpo. Indy estaba colgado de la barandilla, le dolían los músculos, y el látigo, que había encogido al mojarse, le apretaba demasiado. Podría ahogarme, pensó, y trató de recordar si el morir ahogado no era una forma muy mala de morir. Era posible que fuese mejor que quedarse colgado de la barandilla de un submarino que podía hundirse en las profundidades sin previo aviso. Y en cualquier momento, también. Se preguntaba si los héroes tendrían derecho a percibir un retiro. Subió a pulso, y se agarró a la cubierta. Fue entonces cuando se dio cuenta.

El sombrero. Había perdido el sombrero. No vayas a ser supersticioso ahora. No tienes tiempo de lamentar la desaparición de un sombrero que te traía buena suerte.

El submarino empezó a sumergirse. Se notaba que iba hundiéndose como un enorme pez de hierro. Echó a correr por la cubierta, con el agua hasta la cintura. Llegó hasta la torreta, y empezó a subir la escalerilla. Al llegar a lo alto de la torreta, miró hacia abajo: el submarino continuaba hundiéndose. El agua subía, levantando remolinos de espuma hacia él. El agua estaba ya a punto de tragarse la torreta, y luego el mástil de la radio desaparecía también. Andando por el agua fue hacia el periscopio. Se colgó de él, mientras el submarino continuaba hundiéndose. Si se sumergía del todo estaba perdido. El periscopio empezó a sumergirse también. Cada vez más abajo, más abajo. Por favor, por favor, no te hundas más. Pero esto es lo que te pasa si te empeñas en esconderte en un submarino alemán. No puedes esperar que te reciban con una alfombra roja, ¿no?

Congelado, tiritando, se colgó del periscopio; y luego, como si alguna misericordiosa divinidad del océano hubiera escuchado las plegarias que no había llegado a pronunciar, el submarino dejó de sumergirse. Sólo un metro del periscopio quedaban fuera del agua. Pero un metro ya era algo por lo que había que dar gracias. Un metro era todo lo que necesitaba para sobrevivir. *No te hundas más*, pensó. Luego se dio cuenta de que no estaba pensando, estaba hablando en voz alta. En otras circunstancias, podría haber resultado divertido: tratar de mantener una conversación con varias toneladas de excelente metal alemán. *He perdido la cabeza. Eso es lo que me pasa. Y todo esto no son más que alucinaciones. Un trastorno mental náutico.*

Indy sacó el látigo y se ató al periscopio, con la esperanza de que, en caso de dormirse, no despertara en el fondo del mar o, lo que todavía era peor, sirviendo de comida a los peces.

El frío le calaba hasta los huesos. Trató de no castañetear los dientes. Y el látigo, empapado de agua, se le clavaba en la piel. Intentaba permanecer despierto, atento a todo lo que pudiera ocurrir, pero el cansancio le pesaba en todo su cuerpo, y el sueño parecía ser lo más prometedor.

Cerró los ojos. Trató de pensar en algo, en cualquier cosa, con tal de que le impidiera dormirse, pero se le hacía muy difícil. Le habría gustado saber adonde se dirigía el submarino. Se entretuvo cantando algunas cancioncillas. Intentó recordar

todos los números de teléfono que había aprendido en su vida. Se acordó de una chica que se llamaba Rita, y con la que había estado a punto de casarse: ¿dónde estaría ahora? Tuve suerte, pensó.

Pero estaba agotado, y la cabeza le daba vueltas.

Y fue quedándose dormido, a pesar del frío, a pesar de la incomodidad. Se quedó dormido, sin soñar, como muerto.

Cuando despertó era ya de día, y no estaba seguro de cuánto tiempo había estado durmiendo, si habría sido un día entero. Ya no sentía su cuerpo: estaba completamente entumecido. Y al haber estado tanto tiempo dentro del agua, tenía la piel y las puntas de los dedos arrugados. Se ajustó el látigo y miró a su alrededor. Se distinguía una masa de tierra, una isla, que parecía casi tropical y muy tranquila. Estaba cubierta de vegetación, una isla de un verde profundo y maravilloso. El submarino se acercó a la costa, y se metió en lo que parecía una cueva. Dentro de ella, los alemanes habían construido una base subterránea y un puerto para submarinos. *Y en el muelle se veían más nazis uniformados de los que podían encontrarse en las manifestaciones que Hitler organizaba en Nüremberg*.

¿Cómo iban a dejar de verle?

Se desprendió del látigo, y se dejó caer al agua. Al sumergirse, se dio cuenta de que había dejado el látigo atado al periscopio. El látigo y el sombrero: era el día de decir adiós a los tesoros más queridos.

Nadó hacia la isla, tratando de permanecer debajo del agua el mayor tiempo posible. Vio emerger al submarino cuando se acercaba al puerto. Y luego llegó a la playa, contento de volver a sentir la tierra bajo los pies, aunque fuera la tierra de algún paraíso nazi. Fue andando por la arena hasta alcanzar un punto más elevado, desde el que podía ver bien el puerto. Izaron la caja de madera, vigilados por Belloq, que parecía muy nervioso ante la idea de que alguien pudiera dejar caer su preciosa reliquia. Daba vueltas alrededor de la caja como un cirujano ante un paciente moribundo.

Y luego apareció Marion, rodeada por un grupo de hombres que la empujaban hacia adelante.

Se sentó en la arena, oculto entre los juncos que crecían al borde de las dunas.

Inspiración. Eso es lo que necesito ahora, pensó.

Y en una dosis respetable.

12

UNA ISLA DEL MEDITERRÁNEO

Era ya por la tarde cuando Belloq se reunió con Mohler. La idea de que Dietrich asistiera a la conversación no acababa de gustarle. Era seguro que aquel condenado haría algunas preguntas, y su impaciencia, como si fuera contagiosa, ya había empezado a poner nervioso a Belloq.

—Se ha preparado todo de acuerdo con sus instrucciones, Belloq —dijo el capitán Mohler.

—¿No han olvidado nada?

—Nada.

—Pues entonces, ahora hay que llevar el Arca a ese sitio.

Mohler miró un momento a Dietrich. Luego se apartó de ellos para vigilar a un grupo de soldados que estaban cargando el cajón en un jeep.

Dietrich, que no había hablado en todo el tiempo, estaba malhumorado.

—¿Qué es lo que ha querido decir? ¿Qué preparativos son esos de que hablan?

—No tiene nada que ver con usted, Dietrich.

—Todo lo que tenga que ver con la maldita Arca, me concierne.

—Voy a abrir el Arca —dijo Belloq—. Pero hay algunas… algunas condiciones previas relacionadas con ese momento.

—¿Condiciones previas? ¿Cuáles?

—No creo que deban preocuparle, amigo. No quiero ser yo el responsable de que aumenten los muchos quebraderos de cabeza que ya tiene en este momento.

—Puede ahorrarse el sarcasmo, Belloq. A veces me parece que se olvida de quién es el que manda aquí.

Belloq se quedó mirando el cajón.

—Dietrich, tiene usted que comprender que no se trata simplemente de abrir una caja. Hay toda una serie de ritos que deben acompañar ese acto. Lo que estamos manejando no es precisamente una caja de granadas de mano, ¿comprende? Éste no es un trabajo cualquiera.

—¿Y qué ritos son ésos?

—Ya lo verá a su debido tiempo, Dietrich. Pero repito que no tiene que alarmarse.

—Si le pasa algo al Arca, Belloq, si le pasa *algo*, me encargaré personalmente de tirar de la cuerda cuando suba al patíbulo. ¿Comprende?

Belloq asintió con la cabeza.

—Su interés por el Arca resulta conmovedor. Pero no necesita preocuparse. Llegará sana y salva a Berlín, y su Führer tendrá una reliquia más que añadir a su preciosa colección. ¿Estamos?

—Más le valdrá cumplir su palabra.

—Lo haré. Lo haré.

Belloq contempló una vez más el Arca encajonada, antes de mirar a la selva que se extendía más allá de la zona del puerto. Allí era donde se encontraba el sitio en que debía abrirse el Arca.

—¿Y la chica? —dijo Dietrich—. Detesto no dejar bien atados todos los cabos. ¿Qué hacemos con la chica?

—Creo que eso puedo dejarlo a su discreción —dijo Belloq—. A mí no me sirve para nada.

Para nada, pensó. Ya no hay nada que signifique algo para mí, a no ser el Arca. ¿Cómo podía haberse molestado en sentir algo por la chica? ¿Cómo podía habérsele pasado por la cabeza la idea de protegerla? Los sentimientos humanos no eran nada comparados con el Arca. Toda experiencia humana se esfumaba ante ella. ¿Qué importancia podía tener que la chica estuviera viva o muerta?

Volvió a sentir la misma maravillosa impaciencia que había sentido antes: era difícil, muy difícil, apartar los ojos de la caja. Estaba en la parte de atrás del jeep, y parecía hechizarle. Conoceré tus secretos, pensó.

Conoceré todos tus secretos.

Indy dio un rodeo entre los árboles que había junto a la zona del muelle. Vio a Marion, rodeada de su escolta nazi, meterse en un jeep. El jeep arrancó en dirección a la selva. Belloq y el alemán subieron a otro jeep y, sin perder de vista el vehículo que llevaba el Arca, siguieron la misma dirección que había tomado Marion. ¿Adonde demonios irán?, pensó Indy. Y luego empezó a andar sin hacer ruido entre los árboles.

El alemán apareció delante de él, fue como una amenaza que se materializara allí mismo. Echó mano a la funda de la pistola, pero antes de que pudiera sacarla, Indy cogió una rama de un árbol, una rama desgajada, y se la clavó en la garganta. El alemán, un chico joven, se llevó las manos al cuello, sorprendido, y empezó a echar sangre por la boca. Puso los ojos en blanco, y cayó de rodillas. Indy le dio un golpe en la cabeza, y el alemán cayó al suelo. ¿Qué es lo que se hace con un nazi inconsciente?, se preguntó Indy.

Estuvo mirándole un rato antes de que se le ocurriera la idea.

—¿Por qué no?

¿Por qué no realmente?

El jeep en que iban Belloq y Dietrich cruzaba despacio un desfiladero.

—No me gusta nada toda esta ceremonia —dijo Dietrich.

Pues todavía te va a gustar menos dentro de un rato, pensó Belloq. Cuando veas los arreos que acompañan a lo que tú tan a la ligera llamas ceremonia, se te va a hacer un nudo en la garganta.

—¿Es esencial?

—Sí —contestó Belloq.

Dietrich se limitó a contemplar la caja que iba en el jeep delante de ellos.

—Puede servirle de consuelo pensar que mañana el Arca estará en manos de su Führer.

Dietrich dejó escapar un suspiro.

Estaba convencido de que el francés se había vuelto loco. Por el camino, el Arca le había sorbido el poco juicio que pudiera quedarle. Se le veía en los ojos, se le notaba en la forma entrecortada de hablar que había sacado en los últimos días, y en los extraños gestos que hacía continuamente.

Dietrich no iba a sentirse feliz hasta que estuviera de vuelta en Berlín, con la misión cumplida.

El jeep llegó a un claro del bosque, un campo lleno de tiendas de campaña, refugios camuflados, barracones, vehículos y antenas de radio; estaba en plena actividad, con soldados que entraban y salían por todas partes. Dietrich contempló el despliegue con orgullo, pero Belloq no prestó la menor atención. El francés tenía los ojos fijos en un promontorio de piedra que había algo más allá, una elevación de unos diez metros coronada por una gran losa de piedra. A los lados del promontorio, alguna tribu antigua, ya desaparecida, había excavado unos primitivos escalones en la roca. Parecía un altar, y era eso lo que había llevado hasta allí a Belloq. Un altar, una disposición natural de rocas, que podía haber sido designada por Dios para que se abriera allí el Arca.

Durante un rato no pudo ni hablar. Continuó mirando la roca hasta que el capitán Mohler se acercó a él y le dio un golpecito en el hombro.

—¿Quiere prepararse ya? —preguntó el alemán.

Belloq dijo que sí con la cabeza, y siguió al alemán hasta una de las tiendas. Estaba pensando en la tribu perdida que había excavado aquellos escalones, y que había dejado sus propias reliquias esparcidas por la isla, en forma de estatuas rotas que recordaban divinidades ya olvidadas. Las connotaciones religiosas del lugar eran las que convenían: el Arca había encontrado el escenario que le correspondía. Estaba muy bien: ningún otro sitio hubiera sido mejor que aquél.

—La tienda de seda blanca —dijo Belloq, tocando la tela.

—Como usted lo ordenó —contestó Mohler.

—Muy bien, muy bien.

Belloq entró en la tienda. En el suelo había un cofre. Levantó la tapa y miró en su interior. La túnica de ceremonia estaba profusamente bordada. Admirado, se inclinó para tocarla. Luego miró al alemán.

—Ha cumplido mis órdenes perfectamente. Estoy contento.

El alemán tenía algo en la mano: una vara de marfil de un metro ochenta de largo. Se la entregó a Belloq, que pasó los dedos por los relieves de la vara.

—Perfecto —dijo Belloq—. De acuerdo con los ritos sagrados, el Arca ha de abrirse con una vara de marfil. Y la persona que abra el Arca tiene que vestir estas ropas. Lo ha hecho usted muy bien.

El alemán sonrió.

—No se olvidará de nuestro pequeño acuerdo.

—Se lo prometo —contestó Belloq—. Cuando vuelva a Berlín, le hablaré al Führer de usted en los mejores términos.

—Muchas gracias.

—Gracias a usted —dijo Belloq.

El alemán se quedó mirando las ropas.

—Hacen pensar en algo judío, ¿no?

—Tienen que hacerlo, amigo. Son judías.

—Pues se va a hacer usted muy popular andando por aquí con esas cosas encima.

—No es un campeonato de popularidad lo que busco, Mohler.

Mohler se quedó mirando a Belloq, mientras se metía las ropas por la cabeza, contemplando los bordados que colgaban de su cuerpo. Era una transformación total: el hombre empezaba a tener ya un aire sagrado. Bueno, pensó Mohler, los hay para todos los gustos. Y aparte de eso, aunque Belloq estuviera loco, tenía acceso hasta Hitler, y eso era lo único que importaba.

—¿Ha anochecido ya? —preguntó Belloq.

Se sentía distinto, alejado de sí mismo, como si su identidad hubiera empezado a borrarse, y él se hubiera transformado en un extraño metido dentro de un cuerpo que le era vagamente familiar.

—No tardará en anochecer —dijo el alemán.

—Tenemos que empezar cuando se ponga el sol. Es importante.

—Han llevado el Arca a la losa de piedra, como usted dijo, Belloq.

—Muy bien.

Se tocó las ropas, los bordados que sobresalían en la tela. Belloq… hasta su propio nombre le sonaba raro. Era como si algo espiritual, inmaterial, hubiera empezado a consumirle. Estaba como flotando fuera de sí mismo, una sensación tan intensa, y al mismo tiempo tan vaga, como la producida por un narcótico.

Cogió la vara de marfil y salió de la tienda.

Casi todos los soldados alemanes interrumpieron sus trabajos y se volvieron a

mirarle. Percibió hasta cierto punto el ambiente de rechazo, la animosidad que despertaban sus ropas. Pero una vez más esa impresión parecía llegarle de muy lejos. Dietrich, que iba a su lado, dijo algo. Y Belloq tuvo que hacer un esfuerzo para entenderle.

—¿Un rito *judío*? ¿Pero está usted loco, hombre?

Belloq no contestó. Se dirigió al pie de las escaleras; el sol, una orgía de color al ocultarse, se ponía a lo lejos, y teñía todas las cosas con unos asombrosos tonos anaranjados, rojos y amarillos.

Llegó hasta el primer escalón, y echó una ojeada a los soldados alemanes que le rodeaban. Se habían colocado focos que iluminaban las escaleras y el Arca. Belloq al mirarla, tuvo la seguridad de que oía un murmullo. Y estaba casi seguro de que había empezado a despedir un cierto resplandor. Pero luego ocurrió algo, algo que le distrajo, que le hizo volver a la tierra; un movimiento, una sombra, no estaba seguro. Se volvió, y vio qué uno de los soldados se comportaba de una forma muy extraña, y andaba como encorvado. Llevaba el casco torcido, como si quisiera ocultar su cara. Pero no fue sólo eso lo que atrajo la atención de Belloq, fue el misterioso aire de familiaridad que tenía.

¿Cómo podía ser? Volvió a mirar, y se dio cuenta de que el soldado llevaba un lanzagranadas, que él al principio no había visto por la falta de luz. ¿Pero qué podía ser aquella sensación extraña que le inquietaba? No lo comprendía. Y sólo pudo comprenderlo cuando el soldado se quitó el casco y apuntó con el lanzagranadas a lo alto de las escaleras, al Arca… el Arca, que ya estaba fuera de la caja y parecía muy vulnerable colocada encima del altar.

—¡Quietos todos! —gritó Indy—. Si alguien se mueve, hago volar la caja esa y se la mando otra vez a Moisés.

—Jones, su insistencia me sorprende —dijo Belloq—. Va hacer que los mercenarios tengan muy mala fama.

Dietrich intervino también:

—Doctor Jones, ¿no creerá que va a poder escapar de esta isla?

—Eso depende de lo razonables que estemos dispuestos a ser. Todo lo que yo quiero es la chica. Tendremos en nuestro poder el Arca hasta que nos proporcionen un medio seguro para trasladarnos a Inglaterra. A partir de ese momento, es suya.

—¿Y si nos negamos? —preguntó Dietrich.

—Pues entonces el Arca y algunos de nosotros vamos a salir volando por los aires. Y no creo que eso vaya a gustarle nada a Hitler.

Indy empezó a aproximarse a Marion, que estaba luchando por liberarse de sus ataduras.

—Está usted muy guapo con el uniforme alemán, Jones —dijo Belloq.

—A usted también le favorecen mucho esas ropas —contestó Indy.

Pero alguien más se había movido también, y estaba acercándose por detrás a Indy. Y en el momento en que Marion gritaba para avisarle, Belloq reconoció a Mohler. El capitán se lanzó sobre Indy, le quitó el arma de las manos y le tiró al suelo. Jones —un gran tipo, pensó Belloq, con un valor a toda prueba— pegó un puñetazo al alemán, y luego le dio un golpe con la rodilla en la ingle. El capitán cayó rodando, pero Indy ya estaba rodeado por los soldados y, aunque luchó con ellos y se defendió a patadas entre un montón de cascos y botas, eran demasiados enemigos, Belloq movió la cabeza y sonrió un poco.

—Una gran demostración, Jones. Un notable esfuerzo.

Dietrich avanzó también entre los soldados.

—Una locura, una locura —dijo—. No comprendo cómo puede ser tan insensato.

—Estoy tratando de dejar de serlo —contestó Indy. Seguía luchando con los soldados que le sujetaban, pero no podía hacer nada.

—Yo sé cómo arreglarlo —dijo Dietrich, y sacó la pistola de la funda.

Indy miró el arma y luego miró a Marion, que tenía los ojos cerrados y estaba sollozando.

Dietrich levantó la pistola y le apuntó.

—¡Espere!

La voz de Belloq sonó como un trueno; infundía terror y tenía una expresión maligna a la luz de los focos Dietrich bajó la mano.

—Éste hombre ha estado irritándome durante años, coronel Dietrich. Algunas veces, confieso que me ha divertido. Y, aunque también me gustaría mucho presenciar su fin, querría verle sufrir una última derrota. Déjele vivir hasta que yo haya abierto el Arca. Déjele vivir hasta entonces. Se le negará cualquier tesoro que pueda haber en el Arca. No se le permitirá ver nada de lo que hay en ella. Disfruto con esa idea. Éste es un premio con el que ha soñado durante años… y nunca volverá a tenerlo más cerca que ahora. Cuando yo haya abierto el Arca, pueden hacer lo que quieran con él. Por ahora, sugiero que le aten junto a la chica.

Belloq soltó luego una carcajada que resonó en la oscuridad.

Los soldados llevaron a Indy hasta donde estaba la estatua y le ataron a ella al lado de Marion.

—Tengo miedo, Indy —dijo ella.

—No ha habido nunca tan buen momento para tenerlo.

El Arca empezó a hacer un murmullo, mientras Indy volvía la cabeza para ver a Belloq subir las escaleras del altar. Sentía una rabia tremenda al pensar que las manos de Belloq iban a tocar el Arca, que iban a abrirla. *El premio*. Y ni siquiera iba a verlo. Te pasas la vida entera con la obsesión de conseguir una cosa, y luego, cuando ya la tienes, cuando está delante de ti, *¡zas!*… y todo lo que te queda es la amargura de la derrota. ¿Cómo iba a poder resistir ver a aquel loco de francés, vestido como una

especie de rabino medieval, subir las escaleras hacia el Arca?

¿Y cómo iba a poder no mirarle?

—Yo creo que vamos a morir, Indy —dijo Marion—. A menos que se te haya ocurrido algo.

Indy, que casi no la escuchaba, no dijo nada: ahora lo que le tenía intrigado era algo nuevo, algo que estaba empezando a metérsele en la cabeza, un sonido, un murmullo bajo y constante que parecía salir del Arca. ¿Qué podía ser eso? Miró a Belloq, que subía con sus ropas hacia el altar.

—Entonces, ¿cómo vamos a salir de ésta? —volvió a preguntar Marion.

—Sabe Dios.

—¿Es un juego de palabras?

—A lo mejor.

—Pues es el peor momento para dedicarse a hacer bromas, Jones. —Le miró; tenía ojeras de cansancio—. A pesar de todo, te quiero precisamente por eso.

—¿Ah sí?

—¿Qué si te quiero? Claro que sí.

—Me parece que es recíproco —dijo Indy, un poco sorprendido de haberlo hecho.

—Y parece que también es algo que está condenado.

—Ya veremos.

Belloq recordó las palabras de un viejo cántico hebreo, palabras que había aprendido en el pergamino donde estaba el dibujo del remate, y empezó a cantar en un tono bajo y monótono. Cantaba al subir las escaleras, y oía el sonido del Arca que acompañaba su voz, el sonido que parecía un murmullo. Iba haciéndose cada vez más fuerte, retumbaba, llenaba la oscuridad. El poder del Arca, el gran poder del Arca. Corría por la sangre de Belloq, desconcertante, pidiendo ser entendido. El poder. El conocimiento. Se paró en los últimos escalones; seguía cantando, pero ya no podía oír su propia voz. El murmullo, el murmullo, iba creciendo, se apoderaba de la noche, cubría el silencio. Subió un poco más, llegó arriba, miró el Arca. A pesar del polvo de los siglos y del descuido en que había estado, era la cosa más hermosa que Belloq había visto nunca. Y brillaba, brillaba, al principio con un resplandor débil, y luego cada vez más fuerte. Estaba asombrado, mirando a los ángeles, el brillo de oro, la luz interior. Y el ruido también se apoderaba de él, le sacudía y le dejaba asombrado. Y notó que él mismo empezaba a vibrar, como si el temblor fuera a desintegrarle y llevarle por el espacio como un torbellino. Pero no había espacio, no existía el tiempo: todo su ser estaba limitado por el Arca, absorbido por ese testimonio de la comunicación del hombre con Dios.

Háblame.

Dime lo que sabes, dime cuáles son los secretos de la existencia.

Su propia voz parecía salir ahora por todos los puntos de su cuerpo, por la boca, por los poros, por las células. Y se elevaba, flotaba, separado de la rigidez del mundo que le rodeaba, desafiando todas las leyes del universo. *Háblame*. *Dime*. Levantó la vara de marfil, la puso debajo de la tapa, y trató de abrirla. El murmullo se hizo más fuerte, lo cubrió todo. No oyó que estallaban los focos, que los cristales caían como una lluvia de diamantes sin valor en la oscuridad. El murmullo, la voz de Dios, pensó. *Háblame*. *Háblame*. Y luego, mientras hacía fuerza con la vara, se sintió repentinamente vacío, como si no hubiera existido hasta aquel momento, como si todos sus recuerdos se hubieran borrado, vacío y extrañamente tranquilo, en paz, sintiéndose uno con la noche que le rodeaba, unido por toda suerte de lazos al universo. Formando parte del cosmos, de todo lo que flotaba y se extendía hasta los puntos más lejanos del espacio, hasta las estrellas, los planetas que giraban, e incluso la insondable oscuridad del infinito. Dejó de existir. Quienquiera que hubiera sido Belloq, ya no lo era. Ahora ya no era nada: existía únicamente como el sonido que salía del Arca. El sonido de Dios.

—Va a abrirla —dijo Indy.

—Ése ruido. Me gustaría poder taparme los oídos. ¿Qué ruido es ése? —preguntó Marion.

—El Arca.

—¿El Arca?

Indy estaba pensando en algo, un recuerdo medio perdido, algo que parecía vagar por su mente. ¿Qué podía ser? Algo que había oído hacía poco. *¿Qué?* El Arca. Algo que tenía que ver con el Arca. *¿Pero qué, qué?*

El Arca, el Arca… trata de acordarte.

Sobre la losa de piedra, en lo alto de los escalones, Belloq estaba intentando levantar la tapa. Los focos estallaban y caían hechos añicos. Hasta la luna, que ya había aparecido en el cielo, parecía un mundo a punto de explotar. La noche, la noche entera, era como una inmensa bomba unida al extremo de una mecha, una mecha encendida, pensó Indy. ¿Pero qué es? ¿Qué es lo que estoy tratando de recordar?

La tapa se estaba abriendo.

Belloq, sudando, ahogado por sus pesadas ropas, metió la vara de marfil y siguió cantando, aunque su cántico fuera imposible de oír entre el ruido del Arca. El momento. El momento de la verdad. La revelación. Las misteriosas redes de lo divino. Dio un grito y levantó la tapa. Se abrió de golpe, y la luz que salió de ella le cegó. Pero no se apartó, no dio un paso atrás, no se movió. La luz le hipnotizaba con la misma fuerza con que le atraía el sonido. Había perdido la capacidad de moverse.

Tenía los músculos helados. Su cuerpo había dejado de funcionar. *La tapa*.

Fue la última cosa que vio.

Porque luego la noche se llenó de cohetes de fuego que salían del Arca, columnas de fuego que dejaban aturdida la oscuridad, llamaradas que abrasaban los cielos. Un círculo blanco de luz formó un anillo deslumbrante alrededor de la isla, una luz que hizo brillar el océano y le arrancó corrientes de espuma, haciendo subir la marea en la oscuridad. *La luz, era la luz del primer día del universo, la luz de lo nuevo, de las cosas que acaban de nacer, era la luz que hizo Dios: la luz de la creación*. Y se le clavó a Belloq con el brillo de un diamante inconcebible, una luz que sobrepasaba los tristes límites de cualquier piedra preciosa. Se le clavó en el corazón, le destrozó. Y era algo más que una luz, era un arma, una fuerza, que traspasó a Belloq y le hizo arder con la potencia de un billón de velas: estaba blanco, anaranjado, azul, abrasado por aquella electricidad que despedía el Arca.

Y sonreía.

Sonreía, porque, por un momento, él *era* el poder. El poder le absorbía. No existía distinción alguna entre el hombre y la fuerza. Luego el momento pasó. Luego, sus ojos se desintegraron dentro de las órbitas, dejando unos agujeros negros y ciegos, y su piel empezó a desprenderse de los huesos, a caerse a pedazos como si tuviera lepra, podrida, ardiendo, chamuscada, negra. Y él seguía sonriendo. No dejó de sonreír ni cuando empezó a transformarse de algo humano en algo tocado por la mano de Dios, herido por la ira de Dios, algo que, en silencio, fue convirtiéndose en una capa de polvo.

Cuando las luces empezaron a alancear la oscuridad, cuando el cielo entero se llenaba con la fuerza del Arca, Indy, involuntariamente, había cerrado los ojos, cegado por aquella fuerza. Y de pronto recordó, recordó lo que no había podido recordar antes, la noche pasada en casa de Imam: *Los que abran el Arca y dejen salir la fuerza que hay en ella, morirán si la miran*… Y en medio del ruido, de las cegadoras columnas blancas que habían hecho palidecer a las estrellas, gritó a Marion: *¡No mires! ¡No abras los ojos!*

Marion había vuelto la cara al salir la primera llamarada, el estallido de fuego, y luego, aunque le extrañaba lo que decía Indy, cerró los ojos aún con más fuerza. Estaba aterrada, sobrecogida. Y al mismo tiempo quería mirar. Se sentía atraída por el gran fuego celestial, por la terrible destrucción de la noche.

No mires, seguía diciendo Indy cuando ella empezaba a flaquear.

Lo repetía una y otra vez, a voces.

La noche, como si fuera una máquina, ululaba, rugía, bramaba; las luces de fuego parecían aullar.

¡No mires, no mires, no mires!

La columna de llamas lo devastó todo. Estaba suspendida en el cielo como la sombra de una deidad, una sombra ardiente, cambiante, compuesta no de oscuridad sino de luz, de pura luz. Quedó allí suspendida, bella y monstruosa a la vez, y cegó a todos los que la miraron. Arrancó los ojos de la cara de los soldados. Los convirtió de hombres en esqueletos uniformados, cubrió el suelo de huesos, de manchas negras y de restos humanos. Abrasó la isla, derribó árboles, hundió barcos, y destruyó los muelles. Hizo que todas las cosas cambiaran. Luz y fuego. Lo destruyó todo como si fuera una ira que nunca pudiera aplacarse.

Destrozó la estatua a la que estaban atados Indy y Marion; la estatua se hizo pedazos y dejó de existir. Y luego la tapa del Arca se cerró de golpe, y la noche volvió a ser oscura, y el mar quedó en silencio. Indy esperó mucho tiempo antes de abrir los ojos.

El Arca relumbraba allá arriba.

Relumbraba con una fuerza que hacía pensar en un silencio gozoso; y en un aviso, un aviso lleno de amenazas.

Indy miró a Marion.

Ella también estaba mirando, sin hablar, contemplando lo que había hecho el Arca. Destrucción, ruina, muerte. Abrió la boca, pero no dijo nada.

No había nada que decir.

Nada.

El trozo de tierra en que ellos estaban no se había quemado. Estaba intacto.

Levantó los ojos hacia el Arca.

Alargó su mano despacio para buscar la de Indy, y la agarró con fuerza.

13

EPILOGO: WASHINGTON, D.C.

El sol entraba por las ventanas del despacho del coronel Musgrove. Fuera, en una pradera, había un grupo de cerezos, y el cielo estaba despejado, de un azul pálido. Musgrove estaba sentado en su mesa de despacho. Eaton ocupaba una silla al lado de la mesa. Había además otro hombre, un hombre que estaba apoyado en la pared, y no había dicho ni una palabra; tenía el siniestro aire anónimo de un burócrata. Indy pensó que podían haberle estampado en la frente un letrero que dijera: *Poderoso funcionario civil*.

—Apreciamos sus servicios —dijo Musgrove—. Y suponemos que la indemnización ha sido satisfactoria, ¿no es así?

Indy dijo que sí con la cabeza, y miró primero a Marion y luego a Marcus Brody.

—No acabo de comprender por qué el museo no puede tener el Arca —dijo Brody.

—Es un lugar muy seguro —contestó Eaton, sin responder a su pregunta.

—Es una fuerza muy poderosa —le dijo Indy—. Hay que conocerla. Analizarla. No crean que se trata de un juego.

Musgrove movió la cabeza.

—En este mismo momento, tenemos a nuestros mejores hombres trabajando en ella.

—Nómbrelos —dijo Indy.

—Por razones de seguridad, no puedo hacerlo.

—El Arca estaba destinada al museo. Ustedes se mostraron de acuerdo en eso. Y ahora nos salen con eso de sus mejores hombres. Aquí está Brody, que es uno de los mejores hombres que hay en este campo. ¿Por qué no le permiten trabajar con sus *mejores hombres?*

—Indy —dijo Brody—. Déjalo. No hables más de ello.

—No quiero dejarlo. Para empezar, este asunto me costó mi sombrero favorito.

—Jones, le aseguro que el Arca está bien protegida. Y que su poder, si es que podemos aceptar la descripción que hace de él, será analizado a su debido tiempo.

—A su debido tiempo. Me recuerda usted las cartas que recibo de mis abogados.

—Mire —dijo Brody, que parecía ya un poco cansado—, todo lo que queremos es que el Arca vaya al museo. Queremos también algunas seguridades de que no sufrirá ningún daño mientras esté en su poder.

—Las seguridades ya las tienen —dijo Eaton—. En cuanto a lo de que el Arca vaya a su museo, me temo que vamos a tener que reconsiderar nuestra postura.

Hubo un silencio. Un reloj dio la hora. El burócrata anónimo se puso a jugar con los gemelos de su camisa.

Indy habló por fin, y dijo con mucha tranquilidad:

—Ustedes no saben lo que tienen en las manos, ¿no es verdad?

Se levantó, y ayudó a Marion a levantarse de su silla.

—Estaremos en contacto con ustedes, naturalmente —dijo Eaton—. Les agradecemos que hayan venido. Apreciamos sus servicios.

Fuera, al calor del sol, Marion cogió a Indy del brazo. Brody iba cabizbajo al lado de ellos. Marion dijo:

—Bueno, como no van a decirte nada, sería mejor que olvidases el Arca y te dedicaras a vivir, Jones.

Indy miró a Brody. Sabía que le habían quitado con engaños algo que debía ser suyo.

—Ya se que tienen buenas razones para quedarse con el Arca —dijo Brody—. Pero no deja de ser una amarga decepción.

Marion se paró, levantó una pierna y se rascó el tobillo. Luego le dijo:

—Ponte a pensar en otra cosa, aunque sólo sea por cambiar.

—¿En qué, por ejemplo?

—Por ejemplo en esto —dijo Marion y le besó.

—Bueno, no es el Arca, pero habrá que conformarse con eso.

En uno de los lados del cajón de madera había grabadas unas letras: ALTO SECRETO, INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO, 9906753, NO ABRIR. Estaba puesto en una carretilla, que iba empujando el encargado del almacén. El hombre apenas prestó atención a la caja. Su mundo estaba lleno de cajas como ésa, todas ellas marcadas con unos letreros que no entendía. Números, números y códigos secretos. Había llegado a quedar totalmente inmunizado ante esos jeroglíficos. Lo único que le importaba era su paga semanal. Era un hombre viejo, encorvado, y eran ya pocas las cosas que podían entusiasmarle. Y, desde luego, ninguna de aquellas cajas era capaz de hacerlo. Las había a cientos en el almacén, y no sentía la menor curiosidad por ninguna de ellas. Nadie parecía sentirla. Por lo que él sabía, nadie se había molestado nunca en abrir alguna de ellas. Se almacenaban allí, y se ponían unas encima de otras, hasta llegar al techo. Cajas y más cajas, cientos y cientos de ellas. Criando polvo y telarañas. El hombre empujó la carretilla y suspiró. ¿Qué importaba una caja más? Buscó un sitio para ella, la colocó allí, se detuvo un momento, metió un dedo en el oído, y lo movió con fuerza. ¡Vaya por Dios!, pensó. Tengo que ir a que me miren los oídos.

Estaba convencido de haber escuchado como un pequeño zumbido.